



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE POSTGRADO



**LA IDEOLOGÍA NEOLIBERAL Y LA INTELECTUALIDAD DEL CICLO
PROGRESISTA LATINOAMERICANO (2000-2015)**

Ensayo de interpretación sociológica a partir de la obra de Álvaro García Linera y Marco
Aurélio García

Tesis para optar al grado de Magister en Estudios Latinoamericanos

Autor: Sebastián Caviedes Hamuy

Profesor Guía: Grínor Rojo de la Rosa

Santiago, junio 2019

PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

El texto resultante de este estudio ha sido enriquecido mediante la presentación de avances de investigación en diferentes instancias de debate académico. Particularmente, se nutre de la ponencia “El posneoliberalismo como concepto y proyecto político”, presentado en las XV Jornadas de Estudiantes de Postgrado partes de esta Memoria fueron antes presentadas en las XIV Jornadas de Estudiantes de Postgrado en Humanidades, Artes, Ciencias Sociales y Educación organizadas por el CECLA de la Universidad de Chile en Santiago, el 2017; del mismo modo, de la ponencia “Neoliberalismo y posneoliberalismo en América Latina: tres puntos ciegos del debate”, presentada en la VIII Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales, organizada por CLACSO en Buenos Aires, Argentina, el 2018. En ese sentido, agradezco los comentarios y observaciones surgidos en tales actividades, pues contribuyeron a la mejora de lo aquí presentado.

De todas maneras, buena parte de las tesis presentadas a continuación han sido elaboradas al calor de la reflexión y el debate llevado adelante con varias compañeras y compañeros de la Fundación Nodo XXI, con los cuales comparto el interés por las experiencias de construcción de los pueblos de América Latina.

Quisiera agradecer, por último, al profesor Grínor Rojo, guía de esta tesis, quien, pese a lo accidentada de su trayectoria, siempre se mostró dispuesto a dar una mano con lo necesario para sacarla adelante. En ese sentido, extiendo el agradecimiento a Marieta Alarcón, secretaria del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, quien tuvo la paciencia permanente para resolver cada una de las muchas dudas administrativas que se presentaron en el camino.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS	3
RESUMEN	6
INTRODUCCIÓN	7
EL NEOLIBERALISMO Y LOS INTELLECTUALES	10
1.1. El neoliberalismo como ideología y programa político	10
1.1.1. Bases político-intelectuales y puesta en marcha. Su irrupción en el siglo XX	10
1.1.2. Nueva concepción del hombre y racionalidad mercantil. Su dimensión cultural	18
1.2. El neoliberalismo histórico en América Latina. Proceso social y proceso político ...	21
1.2.1. La larga agonía desarrollista y el vínculo entre democracia y neoliberalismo	21
1.2.2. El “progresismo neoliberal” en la región: el giro ideológico fundamental	27
1.2.3. El ciclo progresista latinoamericano	31
1.3. El giro neoliberal y la intelectualidad latinoamericana	34
1.3.1. Política, sociedad y la función de los intelectuales	35
1.3.2. El giro intelectual: pérdida de referencias sociales y naturalización del orden	40
1.4. Posneoliberalismo y hegemonía neoliberal	47
1.4.1. Crisis de las promesas del neoliberalismo y permanencia de la mirada transicional	48
1.4.2. El posneoliberalismo como discurso de legitimación	52
1.5. El problema: la imaginación política en el proceso latinoamericano del siglo XXI.	56
BOLIVIA Y ÁLVARO GARCIA LINERA	61
2.1. El desembarco neoliberal en la irresuelta crisis estatal boliviana	61
2.2. Los intelectuales en la Bolivia reciente y el debate estratégico del Movimiento al Socialismo	70
2.3. Nación, Estado y comunidad: el vicepresidente Álvaro García Linera	78
2.3.1. La muerte del siglo XX boliviano y el surgimiento de un nuevo sujeto	79
2.3.2. Crisis estatal, plurinacionalidad y el “evismo” como proyecto	87
2.3.3. El Estado en transición: consolidación de la fuerza política	95
2.3.4. El “socialismo comunitario” o un intento de consolidación hegemónica	100
2.4. Crisis de la “alianza plebeya” y tensiones ideológicas	107
BRASIL Y MARCO AURÉLIO GARCIA	111
3.1. El atemperado giro neoliberal en la historia reciente brasileña	111
3.2. El crisol intelectual tras la conformación del Partido de los Trabajadores	119

3.3. Integración regional, soberanía y desarrollo nacional: el asesor Marco Aurélio Garcia	125
3.3.1. Del “socialismo petista” a la inflexión “liberal-desarrollista”	125
3.3.2. La política exterior como articulación de soberanías: el lugar de Brasil en el mundo	135
3.3.3. La opción sudamericana: entre integración regional de nuevo tipo y renovación del subimperialismo	143
3.4. Vaciamiento ideológico y deterioro de la alianza “petista”	150
INTELECTUALIDAD Y CICLO PROGRESISTA LATINOAMERICANO: ELEMENTOS DE INTERPRETACIÓN SOCIOLÓGICA	153
BIBLIOGRAFÍA	156
5.1. Fuente primarias	156
5.1.1. Textos citados de Álvaro García Linera	156
5.1.2. Textos citados de Marco Aurélio Garcia	158
5.2. Fuente secundarias	160

RESUMEN

A la transformación neoliberal que afecta a la América Latina de las últimas décadas, le sigue un “giro intelectual” que reestructura el carácter y los modos de acción de su intelectualidad, afectando su característica imbricación con el proceso social y político de la región.

Un rumbo que, sin embargo, parece quebrarse desde inicios del siglo XXI, en tanto el ascenso de los llamados “gobiernos progresistas”, que dominan la escena política por más de una década, repone el vínculo entre intelectualidad y sociedad en América Latina. Un hecho que se manifiesta, sobre todo, en la centralidad que asumen los intelectuales orgánicos en tales experiencias, encabezando en sus países —y a nivel regional— la producción ideológica, de crítica y legitimación, que marca el curso de este ciclo que hoy muestra agotarse. Un relanzamiento de la dimensión proyectual o imaginativa de la política que, justamente experimenta dicho deterioro, entre otras razones, porque se forja sin lograr superar las bases ideológicas del neoliberalismo.

El presente trabajo aborda dicho derrotero, valiéndose para ello de la indagación en la producción teórica y política de dos intelectuales orgánicos fundamentales del período: el sociólogo y dirigente del MAS boliviano, Álvaro García Linera, y el historiador y dirigente del PT brasileño, Marco Aurélio García. Reconstruyendo el soporte ideológico que proveyeron a los procesos políticos en los que participaron, entre los años 2000 y 2015, se busca avanzar en la realización tanto de una interpretación específica sobre la dimensión ideológica de cada experiencia nacional analizada, como de un balance general dicha dimensión para el conjunto del reciente ciclo progresista latinoamericano.

Palabras clave: Neoliberalismo, intelectualidad, Álvaro García Linera, Marco Aurélio García, América Latina.

INTRODUCCIÓN

Por un lustro se extiende la crisis del ciclo de los denominados “gobiernos progresistas” en América Latina. Gatillada por el agotamiento del rumbo económico favorable que permitió impulsar importantes políticas sociales y económicas, deriva en un deterioro creciente de las alianzas de clase que los sustentaran y en un desfonde que, en varios países, afecta a gobernantes y agrupaciones políticas emblemáticas, que sufren derrotas en las urnas y por la vía autoritaria. Lo incierto de este panorama no ha hecho sino mantener abierto el debate en torno a las lecciones posibles de extraer de dichas experiencias de gobierno, en el sentido de cómo, a partir de un balance de estas, comprender tanto la situación política actual, marcada por una amenaza de radicalización de una derecha neoliberal y conservadora, como vislumbrar opciones que permitan su superación.

Con no poca razón se ha insistido en remarcar la importancia de las políticas de inclusión social llevadas a cabo por estos gobiernos, tanto en términos de redistribución del ingreso como del reconocimiento de culturas, etnias y géneros diversos. En particular, los intelectuales más directamente vinculados a dichos gobiernos han tendido a desplegar dos tipos de interpretación para la defensa de su legado: por un lado, una que califica al actual “giro conservador” o de “restauración neoliberal” como un paréntesis dentro de un proceso histórico que aún persistiría, cuya pausa o entrapamiento actual sería fruto de resabios neoliberales no atribuibles a las experiencias progresistas recientes, sino a una etapa neoliberal previa. Es decir, sindicando lo neoliberal de sus gobiernos como algo ajeno a las intenciones de estos, propio de las herencias económicas de los años noventa.

Por su parte, quienes, partiendo de la autocrítica, ven un vínculo entre lo que hoy ocurre y los límites exhibidos por los gobiernos en que participaron, sugieren explicaciones que, no obstante, endosan los reveses electorales a los efectos no deseados de una redistribución “sin cambio cultural”, que no habría logrado transformar el conservadurismo latente de la población beneficiada (especialmente de aquella de origen popular), del mismo modo que otros achacan tales derrotas a la incomprensión mostrada por los gobiernos frente a los cambios que sus propias políticas de redistribución provocan en la estructura social de sus

respectivos países. Algunos, por último, y en un sentido más general, divisan el inicio de un ciclo de soluciones autoritarias tras desatarse la crisis de 2008, en pos de derribar la institucionalidad que las propias clases dominantes antes defendieran.

Siendo estas opciones parte del debate en curso, en lo que respecta al panorama político latinoamericano la huella de la crisis política y social es el signo predominante en casi todos los países asociados al ciclo progresista reciente.

En efecto, en Venezuela, la agudización de los elementos autoritarios del chavismo bajo el gobierno de Maduro, avanza en paralelo a una crisis humanitaria que alcanza altura de tragedia mundial; en circunstancias de un escenario político en alto riesgo de no resolverse ni soberana ni democráticamente, en tanto, a cambio de diluirse el peligro de una intervención militar estadounidense, se profundiza el poder de determinación de los militares, el actor político menos sometido a la deliberación democrática.

En Argentina, el fracaso económico del gobierno de Macri, cuya aparición releva la omnipresencia de los Kirchner desde inicios del siglo XXI, constituye un aviso no sólo de que la agonía económica e institucional argentina persistirá, sino de que sobre ella mantiene un poder decisor la cultura política peronista que hoy vuelve a rearticularse.

En Brasil, por su parte, el ascenso al poder de un improbable Presidente como Jair Bolsonaro, fruto, ante todo, del desfonde del sistema de partidos surgido de la democratización brasileña, si bien sugiere la eventual profundización del neoliberalismo y conservadurismo en el país, hoy también muestra las dificultades que, para dichas intenciones, impone la especificidad política brasileña, caracterizada por las transformaciones atemperadas y no radicales.

En el caso de Ecuador, el fracaso de una experiencia de gobierno que no logra superar el caudillismo ni la dependencia extractiva (petrolera y minera), se expresa tanto en el giro que Lenin Moreno, el candidato a la Presidencia de la República de Rafael Correa, da contra el proyecto “correísta”, como en las acusaciones de corrupción que actualmente

inundan el sistema político ecuatoriano, y que alertan sobre la posibilidad de un regreso a la olvidable política de los años noventa.

Finalmente, Bolivia, con un Evo Morales aún como huésped principal de Palacio Quemado, se erige como el último bastión de este ciclo, en un proceso ampliamente destacado por los niveles de crecimiento económico que alcanza el país, pero que también muestra, de modo cada vez más nítido, las obvias grietas del desgaste de un proceso político que ha sido incapaz de relevar la centralidad de su principal líder y primer Presidente indígena del país.

En definitiva, cuando parecen desplomarse las certezas que animaban, hasta hace poco, el rumbo de la política en la región, vale la pena un estudio que indague en la dimensión ideológica que marcó a tal proceso reciente, confrontando la ideología del neoliberalismo a los relatos de transformación que le rodearon. Y es que, si en cada nuevo ciclo histórico surgen nuevas ideologías con las que los políticos e intelectuales buscan explicar las dimensiones del desarrollo nacional, bien vale la aproximación al cómo dichos argumentos dan forma, por una parte, a un discurso y, por otra, a una práctica política, ambos ligados a la trayectoria de los sistemas políticos y a la acción de los movimientos sociales¹.

De aquello trata la presente investigación que se organiza en cuatro partes. En la primera de ellas, se aborda el neoliberalismo como doctrina y su especificidad en América Latina, distinguiendo, además, su relación con la intelectualidad de la región, cuya función en la sociedad también es singular. El segundo capítulo aborda el caso boliviano y la contribución intelectual de Álvaro García Linera a los gobiernos del Movimiento Al Socialismo, plataforma política que proyecta a la presidencia a Evo Morales. En el tercer capítulo, por su parte, se apunta ahora a la experiencia brasileña, abordando la contribución de Marco Aurélio Garcia, uno de los organizadores históricos del Partido de los Trabajadores y asesor de todos los gobiernos que este partido encabeza. En el cuarto y último capítulo se establece un balance general sobre la dimensión ideológica del ciclo progresista latinoamericano, como elementos de interpretación sociológica que sirven para próximas investigaciones al respecto.

¹ Zapata, F. *Ideología y política en América Latina*. México D.F.: El Colegio de México, 1990.

EL NEOLIBERALISMO Y LOS INTELLECTUALES

1.1.El neoliberalismo como ideología y programa político

1.1.1. Bases político-intelectuales y puesta en marcha. Su irrupción en el siglo XX

El neoliberalismo acompaña al último giro histórico del capitalismo. Como programa político, su especificidad radica en el predominio del capital financiero transnacional y en el abandono, por parte del Estado, de sus funciones y propósitos “protectores” — productivos y redistributivos—, aunque sin dejar de lado el papel de agente económico que desempeñara en el siglo pasado. Ese rol se reorienta, esta vez, a la privatización de las industrias y los servicios estatales y a la transferencia del excedente económico hacia quienes ostentan las mayores riquezas, en desmedro de los no propietarios². El neoliberalismo, en ese sentido, se erige sobre un patrón de acumulación “por desposesión”, signado por la privatización y mercantilización de recursos vitales en un grado inédito en la historia mundial; por una financierización de la economía mundial que excede las fronteras nacionales y sus controles; por una gestión y manipulación de las crisis cuyo uso permite transferir activos de la periferia al centro del capitalismo; y por unas redistribuciones estatales mediante las cuales los Estados operan como agentes de una de las restauraciones plutocráticas de mayor magnitud en la historia del capitalismo³.

Como ideología, el neoliberalismo justifica este programa de transformación en base a un ideario radical, cuyo contenido permea, por una parte, la visión de mundo de las élites políticas e intelectuales de los países capitalistas y, por otro, deviene en un sentido común que, considerando la resistencia individual y organizada que de todos modos genera, establece una hegemonía de una magnitud territorial y política inédita. En el ámbito

² Anderson, P. “Neoliberalismo: un balance provisorio”. En Sader, E. y Gentili, P. (eds.). *La trama del neoliberalismo: mercado, crisis y exclusión social*. Buenos Aires: EUDEBA-CLACSO, 2003, pp. 25-38.

³ Harvey, D. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2005.

intelectual, esta ideología se empeña en asegurar, desde una perspectiva científicista y como dique de contención frente a visiones alternativas, que el todo del objeto de la “ciencia económica” es el todo del objeto capitalista, cuyas prioridades habría que desarrollar e inclusive innovar, pero sin pretender eliminarlo⁴, lo que implica, de un lado, naturalizar al capitalismo como único modo de producción posible y a la “ciencia económica” como único medio de comprensión de la sociedad. Esto, acompañado del hedonismo del consumo y el individualismo, propicia, ahora en el ámbito del sentido común, una desconfianza creciente en la política y en la acción colectiva, y, en general, la eleva como principio constituyente de todo el resto de las relaciones sociales⁵.

De ahí que no debiese considerarse al neoliberalismo como un fenómeno frágil y anacrónico, ni a su ideología como un “pensamiento débil” o mera sabiduría convencional⁶. Pese a su convencionalismo aparente, la fuerza de la ideología neoliberal radica menos en su agudeza para interpretar la realidad que en su emergencia como relato de legitimación del proceso de transformación histórica que acompaña: la imposición de un programa que, con intensidad variada a lo largo y ancho del mundo, impulsa la deflación económica, el aumento de las tasas de ganancia capitalista, el desempleo y un aumento de la desigualdad por la vía de una menor tributación de la riqueza y un congelamiento de los salarios, resultado de la destrucción sistemática de las organizaciones sindicales, de su identidad y medios de subsistencia⁷. Es decir, se olvida que encubre, bajo el ropaje del discurso científico, el programa político-ideológico más agresivo que se pudo llevar adelante contra la intervención del Estado y de todas las conquistas sociales alcanzadas en el siglo XX.

La ideología neoliberal no surge como una doctrina coherente y monolítica, sino que es resultado de una serie de aproximaciones sucesivas entre corrientes de pensamiento aparentemente disímiles, que resultó en una convergencia de relativamente larga duración

⁴ Rojo, G. “Sobre la crisis actual del capitalismo globalizado”. *Casa de las Américas*, (282), enero-marzo de 2016, pp. 62-68.

⁵ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo. Experiencias latinoamericanas*. Santiago: Lom Ediciones, 2019.

⁶ Dumenil, G., y Levy, D. *The Crisis of Neoliberalism*. Cambridge: Harvard University Press, 2011.

⁷ Anderson, P. *Op. Cit.*

tras el fin de la Segunda Guerra Mundial⁸. Su novedad histórica es partir del diagnóstico de que ya no es posible ser liberal en un sentido clásico, pues no existe la sociedad civil libre (o burguesa) que lo ha permitido. De este modo, el problema es restaurarla⁹, tarea en la que se empeña un selecto grupo de intelectuales y políticos, del norte y centro de Europa y de los Estados Unidos, que, aunque ya venían reuniéndose desde fines de los años treinta con el fin de elaborar las bases para un nuevo liberalismo, sólo tras el fin del conflicto van a cohesionarse con determinación, fundamentalmente en torno a la Sociedad Mont Pèlerin fundada en 1947¹⁰. Eso sí, esta vez el foco estará puesto ya no sólo en la amenaza del comunismo y el totalitarismo, sino, sobre todo, del intervencionismo propugnado por el keynesianismo y solidarismo triunfantes, cristalizados en el Estado de Bienestar europeo y el *New Deal* estadounidense.

En efecto, la *revolución keynesiana* se impone sobre los economistas liberales seguidores de la “escuela austríaca” de economía, corriente vinculada al liberalismo gradualista promovido por Hayek y el economista Ludwig Von Mises, cuya crítica centrada en la planificación estatal defiende la idea de un orden social espontáneo o no constructivista¹¹. Sin embargo, si Hayek, en los años de entreguerras, alegaba la necesidad de garantizar las condiciones para un equilibrio entre producción de bienes y consumo —en la idea de que en los precios anida la posibilidad de un conocimiento racional del mercado por los individuos, invocando la “mano invisible” de Smith como fuente de orden estable—, Keynes, en lugar de partir de tal estabilidad —regida por la libre competencia y la confianza en el curso espontáneo del mercado—, formula una economía de la crisis. Invierte los términos de los austríacos, alega que el mercado es incapaz de resolver por sí sólo los desajustes que genera, lo que plantea la necesidad de una instancia externa que

⁸ Harvey, D. *Op. Cit.*

⁹ Hoevel, C. “Las contradicciones culturales del neoliberalismo”. *Economía y política*, 1 (2), 2014, pp. 39-72.

¹⁰ Álvarez-Uría, F. “Sociología y libertad: el debate entre Friedrich Hayek y Karl Mannheim sobre el estatuto del mercado en la sociedad”. *Arxius de Sociologia*, (12-13), 2005, pp. 13-40.

¹¹ Hoevel, C. *Op. Cit.*

introduzca desde fuera del mercado la regulación económica. Crítica, entonces, a Von Mises por una aversión a la política y al Estado; es decir, al intervencionismo¹².

Esta formulación keynesiana para legitimar, en nombre del interés general y a partir de las categorías económicas, el recurso del intervencionismo es lo que reorienta los embates de este naciente liberalismo, dirigidos inicialmente contra el marxismo ortodoxo. La clave técnica usada es el mecanismo de los precios. La imposibilidad del cálculo económico en el socialismo y en las economías planificadas se plantea ahora en torno a este mecanismo¹³. Una decisión fundamental que, además de establecer un punto de confrontación con el keynesianismo, permite consolidar la alianza programática de la “escuela austriaca” con otras corrientes de pensamiento que convergen en este programa de reinversión liberal. Por una parte, los “economistas neoclásicos”, ligados a la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago, quienes apelan a la realización de una completa reingeniería del Estado, con el fin de orientarlo hacia la desregulación del mercado usando los nuevos instrumentos econométricos y estadísticos que proporciona la “ciencia económica”. Por otra, los “ordoliberales” alemanes, que, pese a coincidir con las demás corrientes en la necesidad de refundar las libertades —especialmente la de mercado— por medio de una nueva política estatal, entienden tal intervención como algo diferente tanto de las regulaciones sobre la base de normas generales y abstractas surgidas de la evolución social (austriacos), como de un orden jurídico y regulatorio basado en la teoría neoclásica de la elección racional —cuyas leyes y regulaciones deben ser analizadas y adaptadas al punto de vista económico (neoclásicos)—, declarándose partidarios de un ‘Estado fuerte’ (“intervencionismo liberal”) en defensa de una regulación antimonopólica que favorezca la competencia¹⁴.

¹² Ruiz, C. “Incongruencias en los usos de los idearios de libertad e igualdad”. *Estudios Públicos*, (147), 2017, pp. 169-197.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Liderada por Alexander Rüstow y Wilhelm Röpke, esta corriente proporcionó la única experiencia de aplicación exitosa de un primitivo programa neoliberal en pleno auge del keynesianismo: la “economía social de mercado”, política que acompañó la reconstrucción de la Alemania de posguerra. Hoewel, C. *Op. Cit.*

En extenso, la unidad de esta alianza se fragua en relación con cuatro principios programáticos. En primer lugar, el restablecimiento del mercado como base de la organización social, contra la intervención estatal excesiva que habría causado la decadencia de la sociedad liberal; segundo, el recurso al Estado para restablecer las reglas del juego de la sociedad liberal, puesto que el mercado, en la medida que no puede conjurar naturalmente las condiciones para su florecimiento, necesita del poder estatal para incentivarlo; tercero, el restablecimiento de la libertad como idea ética central, así como otros “valores centrales de la civilización” como la responsabilidad individual, la propiedad privada, el respeto a los contratos y la subordinación a la ley; y cuarto, el rechazo a los totalitarismos y a la separación de las libertades económicas de las políticas¹⁵.

La larga fase de auge experimentada por el capitalismo europeo tras la Segunda Guerra Mundial, y la hegemonía keynesiana que ella impuso al interior de la economía, marginó a este programa, que permaneció latente sólo como teoría, recluida en los campos universitarios. La crisis del modelo económico de posguerra, empero, vino a sacarlo de ese letargo. En principio, porque el principal dilema que a principios de los años setenta enfrentan las autoridades de las potencias centrales es el *trade off* entre inflación y desempleo. En efecto, no existiendo registro de la convivencia simultánea de una alta inflación y un estancamiento en la producción (*estanflación*), los países de la Organización para el Desarrollo Económico y el Comercio van a poner en marcha, durante una década, una serie de remedios keynesianos que, sin embargo, fallarán estruendosamente¹⁶.

Así pues, a fines de la década del setenta, y como consecuencia de este fracaso, se abre la oportunidad política para que entren en escena los neoliberales. La elección de Margaret Thatcher en Gran Bretaña en 1979 y de Ronald Reagan en los Estados Unidos en 1980, puso a la cabeza de las dos principales potencias mundiales a gobiernos empeñados en aplicar este programa de refundación capitalista. Mientras tanto, aunque sin esa pretensión refundacional, se producía un giro a la derecha en el norte de Europa Occidental —con

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Anderson, P. *Op. Cit.*

excepción de Suecia y Austria—, contrastando con el ascenso de gobiernos de izquierda en el sur europeo, donde habían dominado hasta allí los regímenes conservadores¹⁷.

Con todo, es en los años ochenta cuando se producen los primeros anclajes globales relevantes del neoliberalismo en políticas estatales¹⁸. Ante la evidencia de que las políticas monetarias de control de la inflación reducen irremediabilmente la actividad económica, las autoridades políticas deben elegir: o se implementan políticas contra la inflación a costa del empleo o bien se activa la economía con un gasto fiscal inflacionario¹⁹. Dada la afinidad política de la nueva derecha -como ocurre también en América Latina- se elige el control de la inflación, apelando a poner término a la pugna distributiva que tras ella se esconde. Y, así, amparados en el halo científicista de un monetarismo transformado en receta — formulación técnica del programa neoliberal desarrollada en Chicago por Milton Friedman, economista que, pese al predominio keynesiano, siguió insistiendo en la necesidad de limitar la incidencia de la política en la sociedad²⁰— se imponen medidas que culpan al Estado por ineficiente y que impulsan la limitación de los gastos gubernamentales; que asumen que el sector privado destina sus ingresos a fines más rentables para la sociedad, por lo que limitan los impuestos; que sostienen que sólo mediante el libre mercado es posible la óptima asignación de recursos, por lo que eliminan los controles sobre precios y salarios, extendiéndolo al comercio internacional; y que asumen que la libertad de mercado debe ampliarse a casi toda la vida social, tras recortar las regulaciones²¹. Se consolida, por tanto, una ofensiva que, a diferencia de los años de nacimiento de la respuesta keynesiana a la Gran Crisis de fines de los años veinte, no supone una revolución científica que reemplace al paradigma anterior, sino una contrarrevolución por la vía del retorno a la ortodoxia “neoclásica”, aunque bajo los potentes ropajes de un nuevo dispositivo técnico.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

¹⁹ Villarreal, R. *La contrarrevolución monetarista. Teoría, política económica e ideología del neoliberalismo*. México D. F.: FCE, 1986.

²⁰ Ruiz, C. “Incongruencias en los usos de los idearios...”, *Op. Cit.*

²¹ Villarreal, R. *Op. Cit.*

Si bien es cierto que la experiencia chilena es la transformación neoliberal pionera —no sólo regional sino prácticamente universal²²— y más estable, también lo es que la ideología neoliberal alcanza su proyección global sólo tras la aplicación de su programa en las dos potencias anglosajonas. Esta aplicación, sin embargo, fue disímil, dando lugar a procesos distintivos a uno y otro lado del Atlántico. En efecto, por una parte, en Gran Bretaña, Thatcher asumió que la mejor terapia contra la inflación sería la recesión, por lo que estuvo dispuesta a pagar el costo político del ajuste —para lograr el beneficio de largo plazo de quebrar las bases electorales del Laborismo—, que incluyó una política monetaria favorable a los flujos financieros y a los ingresos altos, el aplastamiento de las huelgas y de las organizaciones sindicales, y un tardío —pero amplio— paquete de privatizaciones²³. Por su parte, en Estados Unidos, casi sin existir un Estado de Bienestar del tipo europeo, la prioridad se concentró en la competencia militar contra la URSS y en quebrar su economía, lo que hizo que Reagan no respetara la disciplina presupuestaria, produciendo con ello un déficit masivo en la balanza de pagos²⁴.

Pero lo que en esa coyuntura dio ventaja al neoliberalismo como una suerte de proyecto político superior al keynesianismo y al comunismo soviético, fue la síntesis ideológica propiciada, en esos lares, con el pensamiento conservador local. Así, si en los comienzos de las grandes reformas se esgrimían argumentos económicos sobre la mayor eficiencia de los mercados, la fuerza del neoliberalismo y su aceptación en la sociedad inglesa y estadounidense se logró mediante una justificación ética. En el caso de los thatcheristas, vinculando las consideraciones económicas a la regeneración moral del individuo, las familias y la comunidad nacional²⁵, por lo que el neoliberalismo entra en Gran Bretaña bajo la máscara ética de una regeneración conservadora y no tanto como un proyecto de ingeniería social de mercado. Por su parte, en Estados Unidos, la idea central del neoconservadurismo radicó en el logro de un “cambio de régimen”, es decir, no sólo de las instituciones formales y estructuras de autoridad de la sociedad, sino también de las reglas

²² Harvey, D. *Op. Cit.*

²³ *Ibid.*

²⁴ Anderson, P. “La segunda fórmula a prueba”. *New Left Review* (en español), (8), 2001, pp. 5-23.

²⁵ Giddens, A. *Más allá de la izquierda y la derecha*. Madrid: Cátedra, 1994.

no escritas por las cuales la gente se mueve, basadas en la religión, el parentesco y la experiencia histórica compartida. A ello se suma la percepción de la decadencia de Estados Unidos, ante lo cual el neoconservadurismo propone una regeneración moral no a través del mercado, sino de un Estado renovado por una impronta ética fuerte²⁶.

En este último país se encuentran, además, los grupos de la nueva derecha que empujan más decididamente la transformación neoliberal en el mundo, pues, preocupados por difundir sus ideas a nivel internacional, impactan en los sectores identificados con el proyecto capitalista en el Caribe, Centroamérica y Sudamérica. Disímiles en sus orígenes y actividad, esos círculos conquistan posiciones y edifican una hegemonía cultural de la que históricamente estuvieron privados. Parten como reacción contra los embates de la nueva izquierda y la acción de los grupos pacifistas y radicales de fines de los años sesenta, para luego afianzar una supremacía que los erige, al terminar los setenta y a medida que se profundiza la crisis capitalista, como la corriente ideológica más dinámica de la nación. Entre ellos, además de la Escuela de Economía de Chicago, destacan los neoconservadores de la élite académica estadounidense y de los medios de comunicación social, el fundamentalismo evangélico y los círculos de pensamiento geopolítico que articulan una política exterior bajo la idea de una confrontación entre civilizaciones²⁷.

Ahora bien, no habrían estado completamente desarrolladas las condiciones para esta contrarrevolución neoliberal sin el adecuamiento ideológico de parte importante de las identidades de izquierda en Europa. Y es que, pese a los genuinos intentos de gobiernos como los de Mitterrand y Papandreu, en Francia y Grecia, por favorecer políticas keynesianas de pleno empleo, la crisis económica y la presión de los mercados financieros internacionales los lleva a torcer su trayectoria hacia una mayor austeridad y sometimiento de las clases populares. Esto, mientras en casi toda Europa los gobiernos socialdemócratas y socialistas se convierten en los más decididos impulsores de las medidas neoliberales²⁸.

²⁶ Hoevel, C. *Op. Cit.*

²⁷ Maira, L. "Nota preliminar sobre la influencia (creciente) del pensamiento de la nueva derecha norteamericana en América Latina". *Revista Mexicana de Sociología*, (43), 1981, pp. 1923-1943.

²⁸ Anderson, P. "La segunda fórmula a prueba...", *Op. Cit.*

1.1.2. Nueva concepción del hombre y racionalidad mercantil. Su dimensión cultural

La transformación capitalista neoliberal, en su dimensión cultural, implica una nueva concepción del ser humano de talante mercantil, que desplaza el horizonte de autodeterminación racional de la sociedad, relegando el sitio de la deliberación, de lo público y de la democracia²⁹.

Un primer paso para ello es la reelaboración de los conceptos de libertad, justicia e igualdad. Bajo la tradición de la centralidad del “hombre económico”, este nuevo liberalismo hace de la elección del consumidor un factor psicológico inherente a la condición humana, que está en la base de la economía, y en especial del sistema de precios, trazando una naturalización de las relaciones de mercado que tiene una enorme expansión desde mediados del siglo XX. En particular, Hayek, fruto de la síntesis de derecha que elabora en los años cincuenta en los Estados Unidos, proyecta una idea de libertad que opone la tradición empirista británica —que asume la evolución política como un curso espontáneo de gradual progreso institucional, asociable al de la economía de mercado o del derecho consuetudinario— al racionalismo francés, donde las instituciones sociales son susceptibles de construcción premeditada. Si la primera línea lleva a la libertad, la segunda la niega. Así pues, Hayek advierte que la igualdad ante la ley es un principio distinto al de la igualdad en la elaboración de la ley, en cuya confusión el segundo aplasta al primer, pues la idea de soberanía popular cobija la posibilidad de que el derecho público de las mayorías legislativas anule saberes heredados del derecho consuetudinario privado, transgrediendo los límites en torno a la propiedad individual y la persona. De ahí que, para garantizar el gobierno basado en el rigor de la ley, no en la licencia del consentimiento, sea preciso limitar la capacidad de injerencia general de estas asambleas³⁰.

Del mismo modo, en relación a su vehemente crítica a la planificación, Hayek desestima la idea de justicia social por considerarla una derivación de aquella y, por ende, estar asociada

²⁹ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

³⁰ Hayek, F. *Derecho, legislación y libertad*. Madrid: Unión Editorial, 1978.

al colectivismo que está al centro de su crítica³¹. En efecto, si el elemento común del colectivismo es una organización deliberada de los esfuerzos de la sociedad en favor de un objetivo común, se caería en un error, puesto que lo único intencional puede ser buscar el beneficio propio. La “mano invisible” es justamente la metáfora de cómo el mercado, en tanto institución, toma esas intencionalidades y, paradójicamente, como un efecto no intencionado, las coordina (a través de los precios). Así, lo que derive de una economía de mercado no puede ser ni justo ni injusto, pues es imprevisible: no existe una regla para determinar lo “socialmente justo”, esa utopía esconde la pretensión de un planificador omnisciente, pero eso no existe. Sólo existe la regla de “a igual trabajo, igual paga”, la que es reforzada por la libre competencia. Más aún, la competencia es un procedimiento para descubrir hechos que, de lo contrario, serían desconocidos y no utilizados³². Por todo esto, para Hayek, querer definir lo que es justo es un acto autoritario.

En relación con esto último, Anderson ha destacado cómo en la ideología neoliberal el valor de la igualdad se significa como uniformidad y no como el fundamento de la auténtica diversidad³³. Esto tiene que ver, nuevamente, con el problema de la planificación, la cual, en un exceso teórico, se asocia inmediatamente con los regímenes totalitarios, a razón de lo expuesto en la nota anterior: una epistemología que asume como imposible que la planificación racional y arbitraria de algo tenga éxito. Por otro lado, esto también tiene que ver con el problema de la democracia representativa: esta ideología tuvo la audacia de cuestionarla como valor, al considerarla un instrumento falible e incompatible con la libertad, si es que la mayoría democrática decide interferir en los derechos incondicionales de cada agente económico para disponer de su renta y sus propiedades. En ese sentido, la libertad sólo puede ser libertad económica o mercantil, principio que, a través de un nuevo exceso teórico, se asume como condición de posibilidad para la libertad política³⁴.

³¹ Hayek, F. “El atavismo de la justicia social”. *Estudios Públicos*, (36), 1989 [1976], pp. 181-193.

³² Hayek, F. “La competencia como proceso de descubrimiento”. *Estudios Públicos*, (50), 1993 [1968].

³³ Anderson, P. “Neoliberalismo: un balance provisorio...”, *Op. Cit.*

³⁴ Friedman, M. *Capitalismo y Libertad*. Madrid: Rialp, 1966.

Un segundo elemento de la dimensión cultural del neoliberalismo es que, a diferencia del liberalismo clásico o político, no retoma la cuestión de los límites del gobierno, ni se pregunta por el tipo de límite que se debe asignar al gobierno político. Por el contrario, solamente se pregunta por cómo hacer del mercado el principio del gobierno de sí, en tanto subjetividad³⁵. En consecuencia, la extensión de esa racionalidad efectúa una desactivación del carácter normativo del gobierno. Esto lo ejemplifica la noción de “gobernanza”, propia del discurso de la gestión. En torno a esta noción toda reflexión sobre la administración resulta tecnificada, en detrimento de las consideraciones políticas y sociales que permitirían poner de manifiesto el contexto de la acción pública y la pluralidad de las opciones posibles. Ello afecta la concepción de los bienes públicos y los principios de su distribución³⁶.

En relación con lo anterior, este nuevo liberalismo también implica la proliferación de modos de vida que reorganizan las nociones de libertad, cálculo y obediencia, proyectando una nueva racionalidad y afectividad colectiva. La reestructuración del consumo (individualización de los clientes y productos) destinada a restaurar la dinámica de acumulación capitalista tras la crisis de los años setenta propició y fomentó actitudes y expectativas que comenzaron a extenderse inexorablemente a lo que quedaba de la esfera pública. Los gobiernos comenzaron a reconocer la supuesta superioridad intrínseca del sector privado sobre el público, alentando a los ciudadanos a concebirse a sí mismos como clientes en sus relaciones con la burocracia estatal. Lo mismo se enseñó a los funcionarios del Estado en contacto con lo público, ya no como representantes de la ley y el derecho, de la autoridad política legítima o de la voluntad general, sino sobre el supuesto de que eran administradores de servicios en un mercado competitivo, impulsado tanto por los deseos de sus clientes como por las presiones de la competencia³⁷.

³⁵ Laval, C. y Dardot, P. *La nueva razón del mundo*. Barcelona: Gedisa, 2013.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Streeck, W. “Los ciudadanos como clientes. Consideraciones sobre la nueva política de consumo”. *New Left Review* (en español), (76), 2014, pp. 23-41.

Ello ha generado un problema, pues no es posible evaluar a la ciudadanía con los criterios del cliente. No es posible restaurar la legitimidad de la política en competencia con el atractivo de los mercados privados, sin que eso traiga un perjuicio para la esfera pública³⁸. El que se horade la ciudadanía tiene efectos concretos en la relación con la política. Así, especialmente entre aquellas franjas sociales cuya reproducción se produce cada vez más en el mercado, la pregunta no es si una política específica se adecúa o no a un proyecto colectivo general, sino si tienen que *comprar* o no determinado bien público, producido por dirigentes políticos e impuesto a la ciudadanía por la autoridad. Es así como se incuba un tipo de participación en política abrumadoramente negativa.

Se produce la penetración de los hábitos de consumo en la esfera pública. La incoherencia de la política contemporánea, así, es semejante a la aleatoriedad e irresponsabilidad colectiva del consumo privado. Los actos de participación política se convierten en una suerte de actos de consumo o de maximización hedonística de las preferencias individuales. Pasan a ser una preferencia personal como cualquier otra, más que una obligación colectiva. Las decisiones políticas individuales, en lugar de relacionarse con una visión potencialmente coherente respecto a cómo se debe o se quiere organizar la sociedad en su conjunto, son compradas o rechazadas por los ciudadanos de una en una³⁹. En fin, al desvirtuarse la deliberación, lo público y la democracia se niega, en la práctica, a la política como experiencia social donde se concreta la libertad humana para proyectar su futuro como especie, como sociedad.

1.2.El neoliberalismo histórico en América Latina. Proceso social y proceso político

1.2.1. La larga agonía desarrollista y el vínculo entre democracia y neoliberalismo

Las coordenadas globales mencionadas tienen su manifestación específica en América Latina de la mano de la larga agonía experimentada por la alianza pluriclasista que, desde la

³⁸ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

³⁹ Streeck, W. *Op. Cit.*

década de 1930, permitió el desarrollo “hacia adentro” de los países latinoamericanos y un precario e inestable equilibrio social y político. Aun cuando en torno a esa alianza existieron procesos concretos de democratización fundamental —movilidad social y capacidad de demanda política—, los sectores medios y obreros organizados disfrutaron, en lo sustantivo, de una democracia centrada en sus aspectos socioeconómicos y no en aquellos ligados al sistema democrático formal. Ello determinó, en consecuencia, que aquel pacto pluriclasista, que originó el denominado “Estado de Compromiso”, estuviera permanentemente afectado por los reajustes políticos de unos sectores dominantes afanados en mantener su control sobre las masas populares integradas a los beneficios económicos⁴⁰.

Al tornarse cada vez más difícil la reproducción de estos beneficios desde fines de los años cuarenta, se agudizan las contradicciones, iniciándose en la política una profundización de sus rasgos excluyentes, que se vuelve constante y cada vez más necesaria para el dominio de los sectores dominantes, aun cuando la misma radicalice la movilización popular que busca mantener su participación en la orientación del Estado. En ese deterioro paulatino de la economía y de la activación social, estalla la última oleada de golpes militares en la región, tras agudizarse la contradicción entre una demanda creciente por participación en la renta nacional de los sectores subalternos y las aspiraciones de acumulación de capital y de conservación de las rentas de los grupos dominantes⁴¹.

La irrupción popular choca con una articulación de intereses que se niega a entregar concesiones, al tiempo que se revela la inadecuación de las estructuras existentes para viabilizar formas de participación y de control en la política y la economía⁴². La crisis del Estado de Compromiso, por tanto, se manifiesta antes como una crisis de dominación que una crisis de la democracia, en tanto se trata de uno más de los tantos intentos por manejar

⁴⁰ Weffort, F. *Clases populares y desarrollo social*. Santiago: ILPES, 1968.

⁴¹ Faletto, E., y Kirkwood, J. *Política y comportamientos sociales en América Latina*. Santiago: Flacso-Chile, 1976.

⁴² Cardoso, F., y Faletto, E. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1969.

la endémica crisis política del inestable orden social latinoamericano. El rasgo que distingue a las dictaduras militares que ascienden al poder es, por lo mismo, el de levantarse como “regímenes antipopulares”, cuyo objetivo es barrer con la dinámica de la política nacional-popular y, de ese modo, acabar con la injerencia de los sectores populares en la orientación estatal⁴³. No se trata, por tanto —salvo en Chile, donde sí parte con los militares— del inicio de la transformación neoliberal, sino de reconfigurar el modelo de industrialización nacional, quebrantando, a través de la desocialización de la economía, la capacidad de determinación alcanzada por los sectores populares a lo largo de tres décadas⁴⁴.

En lo inmediato, esta mantención del modelo de desarrollo con renovadas credenciales de exclusión social define el origen de los cambios en el carácter social —o de clase— de la política y, en específico, del Estado. La cuestión dictatorial, en ese sentido, se instala como consecuencia necesaria del carácter concentrador y excluyente que se buscó adoptar para el desarrollo capitalista latinoamericano, renunciando con ello a una dominación basada en formas de “pacto social” que incluyeran grados de participación popular, al no permitirse, estructuralmente, un esquema de satisfacción de demandas. Así, las dictaduras desarticulan las formas de democracia social alcanzadas, en pos de despolitizar las relaciones sociales para eliminar toda forma de intervención estatal en la regulación de éstas últimas.

Pero la intervención autoritaria no logra poner fin a las contradicciones sociales y políticas previas, sino que sólo replantea el problema de la conducción política cuando toca el turno de transitar hacia las democracias. Bajo estas condiciones, la despolitización forzada autoritariamente deja el camino libre para que las nuevas élites en el poder fijen el objetivo político de “retornar a la democracia” en una modalidad que, convenientemente, posterga las aspiraciones de democratización social que perviven. Se redefinen, de allí en adelante, los integrantes de la alianza en el poder, otorgando membresía, en primera instancia, al sector económico controlado por el Estado, a los grupos monopólicos locales y a las

⁴³ Touraine, A. *América Latina. Política y sociedad*. Madrid: Espasa-Calpe, 1989.

⁴⁴ Cardoso, F. y Faletto, E. *Op. Cit.*

empresas multinacionales⁴⁵. La razón: los grupos locales que forman la alianza con el capital extranjero buscan profundizar el capitalismo bajo nuevas formas dominantes, para lo cual promueven la configuración de un Estado capaz de reordenar y controlar a la sociedad, eliminando cualquier contrapeso al interés monopólico que, desde la nueva alianza, se busca imprimir a la orientación estatal.

El ámbito económico se ve directamente transformado en medio de esta reconfiguración de la alianza dominante y del carácter social del Estado, constituyendo la transformación de las economías latinoamericanas el punto de llegada de un largo proceso que va a sentenciar la suerte de la modalidad nacional-popular de desarrollo⁴⁶. Se manifiesta en la forma de una crisis estructural, económica, social y política, que extiende hasta mediados de los años ochenta el agotamiento del modelo de desarrollo “hacia adentro”, sólo para que, “crisis de la deuda” mediante, se sellen las condiciones de irrupción del giro neoliberal en la región. Ello determina que, paradójicamente, mientras la mayoría de los regímenes militares coinciden con ciclos de crecimiento económico en sus respectivos países —lo que explica la mantención de la modalidad nacional-popular de desarrollo—, el tránsito a las democracias se haga en medio de sendas crisis económicas.

Entre los factores que originan este cuadro sintomático del fin de una etapa, que es a la vez financiero (deuda externa) y estructural, se encuentran elementos internos y externos. Entre los últimos, se encuentra el aumento de la tasa internacional de interés, que proviene del déficit fiscal norteamericano; el deterioro de los términos de intercambio; las restricciones de los países centrales a la entrada de productos de la periferia; y la pérdida de poder de compra de estos países. Por su parte, internamente se desata la histórica inflación de los

⁴⁵ O'Donnell, G. “Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario”. *Revista Mexicana de Sociología*, 39 (1), enero-marzo de 1977, pp. 9-59; y Cardoso, F., y Faletto, E. “Post scriptum a ‘Dependencia y desarrollo en América Latina’”. *Desarrollo Económico*, 17(66), julio-septiembre de 1977, pp. 273-299.

⁴⁶ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

años ochenta, vinculada al consumo excesivo de los más ricos y a la creciente intervención del Estado, a raíz de la presión de diversos grupos integrados a su orientación⁴⁷.

El fin definitivo del modelo de desarrollo nacional-popular, tal como se lo conoció en el siglo pasado, es capitalizado por las reformas de extrema apertura en las economías nacionales⁴⁸, que dan inicio al giro neoliberal latinoamericano. Sin embargo, su irrupción se vale de cursos de privatización previos, no atribuibles a aquél. Primero, los que involucran a las estructuras productivas, corresponden al arranque del proceso, mientras que la privatización de servicios sociales es posterior y mucho menos extendida, salvo en el caso chileno. Segundo, los grupos tecnocráticos tienen un origen anterior a este proceso, por más que durante él experimenten sucesivas etapas de ascenso. Finalmente, la propia internacionalización de las economías locales tiene un origen previo que se anticipa en la pérdida del control nacional sobre la política económica⁴⁹.

Por lo anterior, cabe precisar que los ajustes llevados a cabo previamente⁵⁰ no pueden ser entendidos como propiamente neoliberales, aunque sí como precursores de aquello⁵¹. Los

⁴⁷ Los países del Norte responsabilizan de su pobreza a las economías del Tercer Mundo, apuntando a malos manejos de sus economías y a su crecimiento demográfico descontrolado. Así, en la Cumbre de Ottawa, los grandes países industrializados proponen como respuesta a la crisis el “monetarismo”. Ya en 1981 se había decidido que la ayuda gubernamental a países en desarrollo debía sustituirse por inversiones privadas directas y créditos. Impiden, además, que el Fondo Monetario Internacional (FMI) dé créditos bajo condiciones especiales, pues subsidia en forma indebida el déficit externo de estos países. Véase Villarreal, R. *Op. Cit.*

⁴⁸ Incluida la eliminación de las barreras arancelarias y los subsidios a la industria nacional, la reducción del gasto social y la privatización de una parte significativa del sector productivo estatal. Véase Baño, R., y Faletto, E. *Transformaciones sociales y económicas en América Latina*. Santiago: Cuadernos del Departamento de Sociología, Universidad de Chile, 1999.

⁴⁹ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

⁵⁰ Estos ajustes parciales son de tres tipos: ligados a la modalidad “burocrático-autoritaria”, a la de “desarrollo dependiente-asociado” y a los cursos de renegociación de la deuda externa a los que se someten las economías locales durante los años ochenta (planes Baker y Brady). Con estos últimos, los países, después de mucho tiempo, vuelve a aceptar una mano externa para reformular el sentido de sus políticas públicas, adoptando procedimientos jurídicos internacionales cuyos protagonistas fueron los organismos multilaterales y los gobiernos nacionales, y cada vez menos las economías locales. Véase CEPAL. *América Latina y el Caribe*

años ochenta, por lo mismo, son años de pugnas de refundación, dada la crisis de la industrialización nacional y las presiones económicas externas, pero no de neoliberalismo. En realidad, el momento programático de este giro, para el conjunto de América Latina — con la excepción de Chile—, se fija en el “Consenso de Washington” de 1989, en donde se establecen los objetivos de largo plazo con que se busca, a nivel global, abrir mayor espacio para los actores privados nacionales y extranjeros, al tiempo que forjar nuevas relaciones de los países con los mercados mundiales⁵². Particularmente, de allí en adelante se buscó rehacer la práctica económica local para dar espacio a la expansión internacionalizada de los mercados que lideran algunas empresas privadas, sobrepasando los cauces nacionales que las limitaban. Ello, por cierto, sacrificó la soberanía nacional respecto a la toma de decisiones económicas y sociales, a la vez que profundizó la concentración económica y, como efecto social general, reconfiguró la división internacional del trabajo. Las economías latinoamericanas adoptan una posición geopolíticamente nueva en el mercado mundial, por la vía de ceder control sobre el crecimiento de áreas de desarrollo como la alimentaria, energética, financiera y de producción científica y tecnológica. Así, se redefine la participación de los gobiernos locales en las decisiones que articulan los mercados locales y mundial⁵³, afectando la nueva división social del trabajo a las condiciones de vida de sus poblaciones.

Esta transformación cambia profundamente la fisionomía social regional. El neoliberalismo irrumpe desestructurando las antiguas identidades sociales de la etapa nacional-popular, especialmente sectores medios y obreros, y sus formas de organización y acción colectiva. Mutan con ello las condiciones de existencia de estas poblaciones, reconfigurándose el mapa de clases y grupos sociales que dieron vida a la dinámica social durante la centuria

quinze años después. de la década perdida a la transformación económica, 1980-1995. Santiago: CEPAL-FCE, 1996.

⁵¹ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

⁵² Williamson, J. “What Washington Means by Policy Reform”. En Williamson, J. (comp.). *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?* Washington: Institute of International Economics, 1990.

⁵³ Acevedo, M. “América Latina mundializada. Geopolítica, mercados y estructuras sociales”. En Acevedo, M. y Sotelo, A. (coords.). *Reestructuración económica y desarrollo en América Latina*. México D.F.: UNAM - Siglo XXI Editores, 2004.

pasada. Políticamente, además, la debilidad de estas identidades y la orientación conservadora que le imprime la nueva alianza dominante al Estado aumenta los requerimientos de administración política, perfilando el carácter restringido de las “nuevas democracias”. Se impone, en este sentido, una elitización en la disputa política, mientras los sistemas de participación y de representación se tornan crecientemente formales y espurios: diversos grupos de presión (empresariado, eclesiásticos, medios de comunicación) monopolizan la capacidad de condicionar el desenvolvimiento económico y cultural de la sociedad, dejando en un segundo plano al sistema de partidos y al Parlamento, mientras se fortalece la figura presidencial.

1.2.2. El “progresismo neoliberal” en la región: el giro ideológico fundamental

Si bien la crisis terminal de la modalidad de desarrollo de la etapa nacional-popular es condición de posibilidad para el giro neoliberal regional, éste no desembarca sino tras el cambio ideológico que experimentan las fuerzas progresistas que lideran los procesos de democratización locales. De ahí el vínculo latinoamericano característico —salvo en el caso chileno, donde se produce por el impulso autoritario— entre democracia y neoliberalismo, y el carácter social excluyente de la democratización social y política impulsada⁵⁴.

El neoliberalismo no se instala en América Latina con la crisis económica de los años ochenta; su hegemonía, por tanto, no es atribuible a esos inestables años, por más que en este período se sucedan intentos, en su mayoría frustrados, por reformular las alianzas sociales de dominio. Las dictaduras no fueron capaces de resolver el problema de la crisis de control social y del orden político para el que habían sido convocadas originalmente⁵⁵. En los años ochenta se genera la construcción y emergencia de las capacidades hegemónicas y la consolidación de las tecnocracias neoliberales, pero los distintos grados de realización de ese poder y de condicionamiento sobre los modelos de desarrollo y de la acción estatal son visibles sólo en la década siguiente. En ese sentido, es distinto el proceso

⁵⁴ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

⁵⁵ Touraine, A. *Op. Cit.*

por el cual se forman las nuevas alianzas sociales dominantes de aquel propio de la realización de su dominio efectivo⁵⁶.

El giro neoliberal, además, sin ser consecuencia mecánica de una globalización naturalizada, pues está ligado a los procesos de poder interno y sus articulaciones externas, las complejas tensiones de reorganización —frustradas o exitosas— y las distintas fisionomías a que da lugar en América Latina, se vincula al proceso “externo” de avance del neoliberalismo a nivel mundial⁵⁷.

En Europa, pese al éxito innegable del neoliberalismo en cuanto a detener la inflación de los años setenta, recuperar las tasas de ganancia, aumentar el desempleo y el grado de desigualdad del conjunto de los países de la OCDE, no hubo ningún cambio significativo en la tasa media de crecimiento ni disminuyó el peso del Estado de Bienestar, contra todas las medidas tomadas para disminuir el gasto social⁵⁸. Así, al iniciarse los años noventa, la deuda pública de casi todos los países occidentales vuelve a asumir dimensiones alarmantes, inclusive en Gran Bretaña y Estados Unidos, a causa del endeudamiento privado de las familias y las empresas. Ello, empero, no generó en las sociedades del capitalismo avanzado la reacción contra el neoliberalismo que se esperaba, sino un segundo aliento anclado a la conversión neoliberal de los partidos y gobiernos que formalmente se definían como opositores a este proyecto⁵⁹.

La victoria de Occidente en la Guerra Fría consolidó el triunfo del capitalismo liderado por Thatcher y Reagan en los años ochenta. Pero, si con su impulso el programa neoliberal adquiere resonancia mundial, es recién en la década de los noventa cuando éste adquiere dimensiones globales —ideológica y políticamente hablando, con medidas estatales—, llegando a Rusia (y los ex países comunistas de Europa Oriental), India, China y la propia

⁵⁶ Caviedes, S. *Neoliberalismo e intelectualidad en América Latina, 1980-2003. Argentina y Chile*. Memoria de Título en Sociología, Universidad de Chile, 2018.

⁵⁷ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

⁵⁸ Anderson, P. “Neoliberalismo: un balance provisorio...”, *Op. Cit.*

⁵⁹ Anderson, P. “La segunda fórmula a prueba...”, *Op. Cit.*

África, los cuales son incluidos en los nuevos términos de la economía mundial⁶⁰. Esa expansión global, que lleva a la “izquierda democrática” a incorporar medidas neoliberales a sus programas, es liderada por los gobiernos de Bill Clinton y Tony Blair en Estados Unidos y Gran Bretaña, respectivamente. Con ello, se extienden los procesos de mercantilización sobre áreas de tradicional protección social, de la mano de programas de apoyo financiero a la demanda concretados en *vouchers*. Hay, además, un ajuste ideológico: Blair habla de “nuevo socialismo”, al referirse a la meta de conseguir “el avance social a través del logro individual” (esto es, un crecimiento económico con impulso privado). Surge, así, la “Tercera Vía” —como la denomina Anthony Giddens, impulsor de sus bases intelectuales⁶¹—, programa ideológico para superar los programas de la vieja izquierda keynesiana y de la nueva derecha thatcheriana. Una mutación que, empeñada en remover los basamentos clásicos —particularmente del viejo carácter obrero—, termina por tornar irreconocible a la propia socialdemocracia⁶².

La operación política más importante de Clinton y Blair es despojar al neoliberalismo inicial de sus ribetes neoconservadores. La razón es viabilizar su consolidación mundial, pues si en los años ochenta esa dimensión moral le había granjeado a este programa un apoyo interno necesario para su implementación, en la década siguiente ello se convierte en un lastre indefendible. Así, se busca suprimir el militarismo inicial, el poco racional apego a los “valores familiares” anticuados, el desdén por la multiculturalidad que impide forjar una hegemonía global, el desprecio por los problemas ecológicos y el patriotismo desafiante que está en las antípodas de un discurso global capaz de proyectarse más allá del puro imperio de la fuerza⁶³.

Lo anterior da origen a un “progresismo neoliberal” que acompaña a unos regímenes de centroizquierda que se levantan con la aspiración de evitar todo extremismo, dando cuenta del nuevo talante ideológico de la década: armonizar cuestiones que habitualmente

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ Giddens, A. *The Third Way. The renewal of social democracy*. Cambridge: Polity Press, 1998.

⁶² Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

⁶³ Anderson, P. “La segunda fórmula a prueba...”, *Op. Cit.*

estuvieron en las antípodas⁶⁴. Es así como se puede postular la interdependencia entre responsabilidad individual y comunidad, la compatibilidad entre competencia económica y cohesión social, una impensada relación entre la eficacia del mercado y la solidaridad cívica, y el supuesto vínculo entre elevados niveles de consumo y una caridad en la medida de las posibilidades. Se trata, en consecuencia, de un marco ideológico en el que se replantea la seguridad social en torno al éxito individual, situando a este último como eje de una nueva racionalidad social dominante⁶⁵.

En el caso de América Latina, éste sirve como marco externo sobre el cual se acomodan las viejas fuerzas políticas nacionalistas latinoamericanas⁶⁶ y buena parte de los “nuevos movimientos sociales” y un variopinto enjambre de ONG’s y fuerzas de la “sociedad civil”. Y es que, a la salida de la larga noche autoritaria, se encuentra en esta alternativa de refundación capitalista el carácter posible de las “nuevas democracias”. Una reorganización económica que parece frustrar el desplome del desarrollismo y el vacío que dejara el caos de la “década perdida” de los años ochenta. El nuevo sello ideológico de la impronta neoliberal permite encarar los conservadurismos provenientes de la etapa autoritaria anterior, y operar las reformas sobre los modelos de desarrollo sin contradicción aparente con las bases democráticas formales con las que despunta esta nueva etapa en la región. Se trata de un “discurso sin enemigos” que, sin embargo, choca al poco tiempo con una especificidad latinoamericana en la que democratización social y democratización política no siempre van de la mano, entrando a menudo en contradicción. Esto provoca que, al contrario de las experiencias de consolidación que adopta el curso internacional, en la década de los noventa se imponga la inestabilidad en la región, pese a la cual se consolida el matrimonio entre neoliberalismo y democracia gracias a los ajustes iniciales de Menem, Fujimori y Cardoso, y de la mano de la experiencia chilena, nuevamente pionera, así como del curso boliviano iniciado una década más tarde⁶⁷.

⁶⁴ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

⁶⁵ Laval, C. y Dardot, P., *Op. Cit.*

⁶⁶ En particular, el PRI mexicano, el APRA peruano, el MNR boliviano, el PS chileno, el peronismo argentino y los ADECO y COPEI venezolanas.

⁶⁷ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

En definitiva, el marco externo para las aventuras locales de reformulación capitalista no es el de aquella primera dominación neoliberal, que política y culturalmente resultaba conservadora. Estampa que no era propicia para unas fuerzas que encabezan los procesos de democratización y enfrentamiento al autoritarismo en América Latina. Es, más bien, en una segunda dominación neoliberal que, a fuerza de ser su impulso de consolidación, se extiende globalmente⁶⁸. Se despliega, con ello, un curso de expansión capitalista de tipo neoliberal que implica la mercantilización de esferas de la vida social que, antaño, habían logrado considerarse —tras largos cursos de luchas populares— como derechos sociales.

Lo que aterriza es la prédica neoliberal de control de la inflación y su promesa de ascensión de los ingresos. Una prédica economicista sobre la inflación y los ingresos que nubla el hecho de que se trata de construcciones sociales, y que corre a manos de unas tecnocracias cuyo poder se acrecienta en medio de la redefinición de las viejas fuerzas políticas, principalmente nacionalistas y, en menor medida, socialdemócratas y de izquierda. Unas tecnocracias tardías de la etapa-nacional popular, que se abren de sus alianzas sociales fundantes y que contribuyen activamente a la separación de lo social y lo político que caracteriza al período de instalación neoliberal en la región, intentando proyectarse como restauradoras del orden al apelar a medidas nuevas, y privilegiando la hegemonía del capital financiero sobre otras ramas del capital menos conectadas con el exterior⁶⁹.

1.2.3. El ciclo progresista latinoamericano

El ciclo neoliberal latinoamericano, que coincide con la recepción de la renovada dominación neoliberal propugnada por la “nueva izquierda” mundial, y que en la región se alimenta del reacomodo ideológico de las viejas fuerzas políticas nacionalistas de la etapa nacional-popular al transitarse a la democracia, entra en crisis a fines de los años noventa por el incumplimiento de las promesas de control de la inflación y de crecimiento de los ingresos con que se justifica su arribo. Ante la evidencia de unos agudos costos sociales

⁶⁸ *Ibid.*

⁶⁹ Caviedes, S. *Op. Cit.*

transcurrida cerca de una década del desembarco neoliberal regional, en varios países se potencia la oposición en soledad de unos “nuevos movimientos sociales” que se enfrentan a los gobiernos neoliberales hasta su deposición en agudas crisis políticas. Es la crisis de las promesas neoliberales —aunque no del neoliberalismo como modo de dominio y modelo de desarrollo— y el desplome de sus gobiernos, lo que determina las incertidumbres y dilemas con que América Latina se asoma abruptamente al nuevo milenio.

En tal contexto, y dado lo decisivas que resultan para la historia inmediata por la relevancia que tienen para la proyección de alternativas populares dados sus anclajes sociales de larga data, son las escisiones de los viejos nacionalismos convertidos al neoliberalismo las que apuran la constitución de nuevas fuerzas —como ocurre en Argentina, Ecuador y Perú— hasta encabezar políticamente la nueva etapa. Estas ocupan el sitio de representación nacional que las resistencias sociales de los movimientos contra el neoliberalismo dejan vacante por su reticencia a la política institucional y, salvo excepciones, pasan a acaudillar la formación de alternativas políticas nacionales y multisectoriales⁷⁰.

Los movimientos sociales, en su mayoría, no se constituyen en alternativas capaces de llenar los vacíos de poder que sus propias luchas contra el neoliberalismo propician. La nueva “unidad nacional” contra el neoliberalismo queda, de este modo, en manos de esas viejas fuerzas renovadas que se ajustan rápidamente a las nuevas condiciones, y otras que emergen de aglutinamientos nuevos y heterogéneos de fuerzas (como sucede en Brasil, Bolivia, Uruguay y Venezuela). En su interior, se entrecruzan filas de los viejos nacionalismos en las plazas cimeras, junto a tradiciones socialdemócratas y de izquierda criollas que, pese a ser profusamente invocados, no son dominantes.

Estos acaudillamientos políticos⁷¹ impulsan olas de extensión distributiva, de redistribución de ingresos y políticas de reconocimiento que abarcan a grandes franjas de población. Una

⁷⁰ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

⁷¹ Los gobiernos incluidos en el ciclo progresista latinoamericano son los de Hugo Chávez en Venezuela, Lula da Silva y Dilma Rousseff en Brasil, Néstor Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador. También suelen incluirse los de Fernando Lugo en Paraguay y Daniel Ortega en Nicaragua.

oleada que, no obstante configurar un tipo de acción estatal y gubernamental de mayor calado, se hace sin implicar una reversión del neoliberalismo instalado en los años noventa, toda vez que tales esfuerzos se despliegan dejando intactos los fundamentos del modelo de desarrollo heredado, de tintes extractivistas y primario-dependientes⁷².

Con todo, el ciclo progresista latinoamericano constituye un proceso de recuperación de la democratización social, que cobija avances significativos en la reducción de la pobreza y la ampliación del acceso al consumo, aunque esto se haga bajo la forma de un distributismo clientelar estrechamente atado al ciclo de alza externa de los *commodities*. Un clientelismo que, si bien socorre las urgencias sociales más dramáticas, no logra resolver esos dilemas de integración social de un modo capaz de proyectarse, al estar sujeto a otorgamientos de las burocracias vigentes.

Esto impide la profundización de la democratización política, rasgo que esta vez habría podido sentar su distinción histórica. No se constituye un sistema de partidos fuertes a la salida de las dictaduras durante este período. Por el contrario, lo que acrecienta su anclaje social es la dependencia de liderazgos caudillistas y burocracias estatales, en lugar de formas participativas ligadas al desarrollo de actores sociales relevantes⁷³ y de otras formas de organización de la sociedad⁷⁴. Ocurre, así, que, bajo estas extendidas formas de clientelismo y burocratismo, un cambio en el signo favorable de la economía internacional

⁷² *Ibid.*

⁷³ Modonesi, M. “Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo”. En Modonesi, M. (coord.). *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*. México D.F.: FCPyS-UNAM, 2013.

⁷⁴ En estas experiencias hay un característico interés por corroborar permanentemente su poder mediante plebiscitos. Se trata de una vocación que, a medida que avancen los años, tendrá cada vez menos que ver con una real incidencia de los movimientos sociales sobre el rumbo de estos gobiernos y más con una corroboración de la hegemonía de las fuerzas políticas que los apoyan. Pese a ello, es uno de los rasgos más destacados por los defensores de este ciclo, como contrapunto al pasado autoritario de la izquierda del siglo XX y al las dictaduras militares iniciadas en los años sesenta en el subcontinente. Véase, por ejemplo, Ominami, C. *Clarooscuro de los gobiernos progresistas*. Santiago: Editorial Catalonia, 2017.

agudiza inmediatamente el desacople entre las fuerzas políticas y los movimientos sociales, pueblos y comunidades que llevan al poder a estos gobiernos⁷⁵.

1.3.El giro neoliberal y la intelectualidad latinoamericana

Siendo sus condiciones de origen la inestabilidad de los intentos de refundación capitalista neoliberal en la región, la tarea inmediata de estos nuevos gobiernos es el procesamiento de tal crisis. Embarcarse en otras iniciativas de más largo aliento es un dilema secundario. Por ello, superada tal coyuntura, uno de sus principales desafíos políticos es dar vida a signos y discursos que arraiguen su legitimidad en proyectos políticos de mayor calado. Y es que la recurrencia nacionalista al antiimperialismo y antioligarquismo, así como contra los “males de la globalización”, útiles en la primera hora, no alcanzan a copar el horizonte de posibilidades abierto.

En tal empresa se embarcan los intelectuales más orgánicamente ligados a estas experiencias, generalmente dando continuidad a esfuerzos provenientes desde la etapa de resistencia social al ajuste neoliberal o, inclusive antes, que arrancan en la oposición a las dictaduras militares. Con énfasis diversos, sobre todo dependiendo del tipo de colaboración mantenida con los gobiernos, tales esfuerzos buscan asociar la gestión de estos últimos —y de las fuerzas políticas que los soportan— a rumbos de transición hacia modelos de sociedad y de desarrollo distintos al neoliberal.

Ahora bien, esta intervención de los intelectuales políticos ligados a los gobiernos latinoamericanos de inicios del siglo XXI tiene rasgos de cambio y continuidad respecto a la función que los intelectuales cumplen históricamente en las sociedades latinoamericanas del siglo pasado. Particularmente, la novedad radica en el condicionamiento que sobre el pensamiento y la intelectualidad crítica ejerce la hegemonía neoliberal, que se establece

⁷⁵ Lander, E. “El Estado en los actuales procesos de cambio en América Latina: proyectos complementarios/divergentes en sociedades heterogéneas”. En VV. AA. *Más allá del desarrollo*. Buenos Aires: Abya Yala – Fundación Rosa Luxemburgo – América Libre, 2012, pp. 121-143.

como marco ideológico general, pese a lo disímil de la instalación del neoliberalismo en cada uno de los países del subcontinente.

1.3.1. Política, sociedad y la función de los intelectuales

Antonio Gramsci ha dicho que, en cualquier trabajo físico, aun siendo el más mecánico o el menos calificado, existe un mínimo de calidad técnica, esto es, un mínimo de actividad intelectual creadora⁷⁶. Según su acepción, todos los hombres son intelectuales, pero no todos desempeñan en la sociedad la función de intelectuales. Y es que, al margen de su ocupación, todos participan de una concepción de mundo, observan una consecuente línea de conducta moral y, por consiguiente, contribuyen a mantener o modificar visiones universales y a suscitar nuevas ideas. En ese sentido, el modo de ser del intelectual “no consiste en la elocuencia como motor externo y momentáneo de afectos y pasiones, sino en enlazarse activamente en la vida práctica como constructor, organizador y persuasor constante”. El intelectual, así, es aquella categoría que va “de la técnica-trabajo a la ciencia técnica y a la concepción humanística-histórica sin la cual se es ‘especialista’, pero no se es ‘dirigente’”⁷⁷.

En esta última distinción radica un problema fundamental: en las sociedades modernas, como consecuencia del avance del capitalismo y de la división social del trabajo, no sólo existen intelectuales, sino también trabajadores intelectuales. Ambos, ligados a las tareas intelectuales que impone la sociedad, se diferencian en el hecho de que, mientras los trabajadores intelectuales reproducen un conocimiento técnico, político, cultural o moral, los intelectuales articulan una visión de conjunto, en cuyo afán está implicada la intención de dar una explicación general sobre la sociedad y sobre el rumbo que ella debiese seguir. Ahora bien, el conjunto de esta masa crítica es lo que constituye a la *intelectualidad*.

Los *intelectuales*, por su parte, constituyen un grupo social específico, un sustantivo que rebasa la simple actividad intelectual y la pura condición contemplativa del pensamiento,

⁷⁶ Gramsci, A. *La formación de los intelectuales*. México D.F.: Grijalbo, 1967.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 27.

puesto que su formación, prestigio y legitimidad se ubica en su íntimo vínculo con la práctica social. Su visión global y orientación estratégica hacia la política los constituye, por definición, en una élite social dentro del conjunto general de “productores culturales” en una sociedad moderna determinada. Una característica que en América Latina es reforzada, además, por la concentración del poder y de las decisiones políticas que históricamente predomina, y que en condiciones de neoliberalismo avanzado se profundiza⁷⁸.

Ciertamente, sólo el estudio de la intelectualidad como grupo o de los intelectuales como individuos no basta para formular una interpretación general de la organización de la cultura en una sociedad. Más bien, como principio analítico, es necesario considerar los diversos grados de imbricación existentes entre las relaciones sociales culturales y el marco de relaciones sociales generales en cada sociedad, en un tiempo determinado⁷⁹. Esto implica entender que la función social de los intelectuales depende de las condiciones generales de la organización social y del modo de producción dominante, variando, por tanto, de una sociedad a otra en diferentes tiempos históricos. En el caso de este trabajo, el modo de organización social es moderno y el modo de producción capitalista. Siendo así, se debe asumir que cualquier producción cultural o aspecto del terreno de la cultura nunca podrá declararse ajeno al terreno de lo político: la intelectualidad en general y los intelectuales en particular, por más que puedan estar alejados de la política, nunca lo estarán de lo político⁸⁰.

Con todo, en América Latina esto debe precisarse. En principio, especificando su modo de producción como un capitalismo dependiente, cuya modernidad asume un carácter subalterno frente a los polos culturales del capitalismo “original”. En tal relación, lo propio de la producción cultural regional es que el pensamiento social y político se funda en una

⁷⁸ Estrada, J. (comp.). *Intelectuales, tecnócratas y reformas neoliberales en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2005.

⁷⁹ Gramsci, A. “Apuntes y notas dispersas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales”. En *Cuadernos de la Cárcel*. México D.F.: Ediciones Era, 1999, pp. 351-382.

⁸⁰ Williams, R. *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós, 1994.

práctica que se apropia de ideas provenientes de estos polos, mezclándolas con inquietudes y preguntas propias que luego dan vida a una producción peculiar y, a menudo, innovadora⁸¹. Pero, además, por el carácter dependiente de su desarrollo, es también propio de la región una estrecha relación entre la intelectualidad y el Estado, este último determinante en la conformación de las relaciones sociales y, en general, del tipo de conformación del orden societal latinoamericano⁸². Es por ello por lo que la intelectualidad en general y los intelectuales en particular, como otros actores sociales regionales, han necesitado de la política —particularmente de aquella orientada al y desde el Estado— para influir en sus sociedades y en su propia condición. Tal soporte, por cierto, no se reduce a la política institucional, sino, en un sentido más amplio, a la orientada a disputar el espacio de la toma de decisiones⁸³, haciéndose parte de la pugna por obtener los recursos sociales y políticos que el Estado ofrece.

A causa de los rasgos de su estructura de poder, en América Latina se mezclan aspectos formales del poder con otras modalidades clientelísticas o familísticas de ejercerlo⁸⁴. Esta especificidad histórica sobre la que se asienta la acción social y política en la región tiene como consecuencia, para el caso de la intelectualidad y los intelectuales, el reconfigurar las tensiones propias de la autonomía y de la distancia relativa entre el proceso social general, así como también las de la producción cultural y reproducción social de los componentes de tal sujeto. En tal sentido, y dada su influencia, cabe mencionar que, para América Latina, tiene poco asidero el énfasis que Bourdieu pone en el funcionamiento del campo intelectual para caracterizar a los intelectuales, más allá de que sea necesario considerar su lucha dentro de este terreno por monopolizar las oportunidades y el mercado de posiciones⁸⁵. Y es que la influencia de la intelectualidad y los intelectuales en la región tiene menos que ver

⁸¹ Subercaseaux, B. “La apropiación cultural en el pensamiento y la cultura de América Latina”. *Estudios Públicos*, (30), 1988, pp. 125-135.

⁸² Faletto, E. “La especificidad del Estado en América Latina”. *Revista de la CEPAL*, (38), 1989, pp. 161-200.

⁸³ La noción de poder político que adopta esta investigación es la propuesta por Max Weber, para quien aquél implica la posibilidad de dirigir o influir en la dirección de una asociación política, de preferencia el Estado en las sociedades modernas. Véase Weber, M. *Economía y sociedad*. México D.F.: FCE, 2008.

⁸⁴ González Casanova, P. *La democracia en México*. México D.F.: Ediciones Era, 1969.

⁸⁵ Bourdieu, P. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, 1976.

con la autoridad científica alcanzada en este subcampo o en el campo intelectual general, que con el tipo de vínculo mantenido con la política. Esto es lo que varias interpretaciones critican, asumiéndolo como un lastre del subdesarrollo⁸⁶ y no como un rasgo específico.

Así como nada de lo producido intelectualmente es algo enteramente original, prácticamente ningún proyecto político lo es. A menudo lo que hay es una reinterpretación o instrumentalización de ideas —sociales, políticas y económicas— ya existentes, y, sólo en algunos casos, alguna innovación sustantiva. En realidad, siendo determinantes las necesidades del presente en política, cualquier proyecto histórico, teniendo ciertas bases intelectuales previas, siempre es construido en la práctica. En tales procesos, el papel que juegan la intelectualidad y los intelectuales en una sociedad pocas veces es visible masivamente. Ellos, por sí mismos, no tienen la capacidad suficiente para empujar la implementación de sus ideas y menos para hacerlas dominantes. De modo que el paso del proyecto al programa político, tanto para quienes combaten el orden social como para quienes lo defienden, sólo es posible en base a la acción de una fuerza social y políticamente organizada que dé sentido al uso de tales ideas y las empuje racionalmente: los genios solitarios y sus voces descollantes no pueden contribuir al proceso histórico valiéndose solamente de su propio prestigio.

La penetración e implementación de las ideas en cualquier sociedad compleja es un problema de poder. Sin la venia de lo político, los proyectos intelectuales orientados a ese campo podrán tener un valor en sí mismos, pero no necesariamente incidirán en la realidad. Y es que, si la actividad intelectual no se piensa con esta proyección política, se estanca en el propio mundo de referencia de las élites intelectuales, valorizándose en sí mismas y haciendo sentido solamente a los miembros de este grupo. No se trata, entonces, de que la *ciudad letrada* se politice —pues siempre lo está, por acción u omisión—, sino que se politicen los proyectos. Ello implica que el empuje de éstos se asocie a fuerzas sociales y

⁸⁶ Véase, entre otros, Marsal, J. “Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social”. *Desarrollo Económico*, 6 (22-23), julio-diciembre de 1966, pp. 295-317; Sigal, S. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Ediciones Puntosur, 1991; y Brunner, J., y Flisfisch, A. *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*. Santiago: Ediciones UDP, 2014.

políticas que los vuelvan programas potencialmente realizables. El estudio de los intelectuales políticos, entonces, necesariamente remite al problema de la organización, así como al viejo problema del paso de lo social a lo político.

Respecto a esto último, si es que hablar de una estructuración del campo intelectual latinoamericano por fuera del campo político no es acertado, tampoco lo es negar la tendencia histórica a que las ideas se proyecten hacia ideologías políticas de más largo aliento. Y es que dicotomizar las funciones del intelectual como “hombre de ideas” u “hombre de acción” no tiene asidero en América Latina. Lo demuestran el pensador del siglo XIX que toma en sus manos la doble tarea de “inventar” la nación y de gobernar⁸⁷; el ideólogo del desarrollo económico que, resultado de la especialización y profesionalización de las funciones intelectuales y de la tecnificación con que se asocia la trayectoria de la modernización⁸⁸, lidera la transformación de las estructuras que contribuyen al “atraso” latinoamericano desde la segunda mitad del siglo XX⁸⁹; y el ideólogo político que, producto histórico de la política moderna, expresa la colaboración del intelectual con fuerzas sociales organizadas, generalmente populares, sea a través de la mediación de los partidos políticos o, en el caso de regímenes populistas, de un modo directo junto al “pueblo” y sus sindicatos⁹⁰.

En efecto, todas son figuras que encarnan el vínculo entre pensamiento y acción. Todas, además, encarnan la ligazón entre lo político y lo intelectual. Y es que se trata de la modalidad en que los intelectuales latinoamericanos, por su estrecho vínculo con la política, se han hecho cargo de las siempre exigentes tareas intelectuales de la política; aquellas que abordan una dimensión ineludible de esta última: la elaboración de idearios y de contenidos programáticos que se impulsen como legítimos y deseables, sea que éstos tengan una

⁸⁷ Zermeño, G. “El concepto intelectual en Hispanoamérica: génesis y evolución”. *Historia Contemporánea*, (27), 2003, pp. 777-798.

⁸⁸ Marsal, J. *Op. Cit.*

⁸⁹ Medina Echavarría, J. *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*. Bélgica: UNESCO, 1963.

⁹⁰ Uricoechea, F. “Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades”. *Revista Mexicana de Sociología*, 29 (4), octubre-diciembre de 1967, pp. 787-830.

orientación transformadora o conservadora del orden vigente. Es decir, se trata de aquella dimensión de lo político y la política que desarrolla la dimensión proyectual de ella, asomándose los debates sustantivos acerca del tipo de sociedad que se espera hacia el futuro. La vieja función del intelectual de imaginar más allá —y con— del presente.

1.3.2. El giro intelectual: pérdida de referencias sociales y naturalización del orden

En un contexto de hegemonía de la ideología neoliberal, no obstante, tal imaginación política entra en crisis. Del mismo modo, y ante la profundidad de las transformaciones sociales y económicas que produce el desembarco neoliberal en la región, queda en entredicho la mencionada imbricación de la intelectualidad con la sociedad que acompañó a la función de los intelectuales en la América Latina del siglo XX.

En efecto, la resolución de la crisis que defenestra el modelo de industrialización nacional y el cambio ideológico que anima el giro neoliberal trae aparejada una transformación en las condiciones de producción y en los contenidos del conocimiento social y político de la región. Toca ello a la intelectualidad latinoamericana, si bien en concordancia con la crisis global que experimentan las ciencias sociales y las humanidades, en una modalidad asociada a marcos propiamente locales. Efectivamente, los cambios estructurales provocan un giro intelectual que propicia que una parte importante de quienes engrosan las filas de este sujeto, queriéndolo o no, contribuyan, en los años ochenta y noventa, a la realización de las capacidades hegemónicas que este poder venía construyendo previamente. Así pues, en tanto entra en crisis el modo y sentido con que se produce conocimiento sobre la sociedad, la reestructuración capitalista y la derrota de la izquierda profundizan la desconexión entre lo social y lo político y, con ello, la separación entre lo político y lo intelectual⁹¹.

Con el fin de la etapa nacional-popular, el pensamiento regional transita paulatinamente desde una cultura intelectual preocupada por los problemas latinoamericanos y sus alternativas, a un control basado en la exaltación del método por sobre la reflexión teórica y

⁹¹ Faletto, E. “Las relaciones entre lo social y lo político”. *Revista de Sociología*, (17), 2003, pp. 23-30.

práctica⁹². El autoritarismo —presente en prácticamente todos los países sudamericanos desde fines de los años setenta, pese a variantes “progresistas” que rápidamente se tornan conservadoras— y la crisis social y económica de este período producen un silenciamiento de la originalidad del pensamiento latinoamericano, al ser intervenidos los centros académicos⁹³. Ello deriva en una disgregación de los roles y funciones que cumplieran los miembros de la intelectualidad, repercutiendo en una renovación sustantiva de sus formas de inserción profesional, las cuales se amplían desde espacios tradicionales como la academia y el Estado, a otros privados como los medios de comunicación y las empresas⁹⁴.

La reconfiguración de la estructura social que se produce en las sociedades latinoamericanas —incluso antes de la instalación neoliberal, a causa del deterioro social y político de los años ochenta— es, sin embargo, en términos estructurales, lo que mayormente condiciona la separación entre lo social y lo político, y, de paso, entre lo político y lo intelectual. Y es que la debilidad o franca desaparición de las antiguas identidades nacional-populares nublan el sentido práctico de la producción intelectual vinculada al conjunto del campo cultural latinoamericano. Desaparecen las referencias sociales —fundamentalmente las identidades sociales mesocráticas y populares del siglo XX— en torno a las cuales el pensamiento local había proyectado su práctica intelectual, en tanto comprensión y formulación de soluciones a problemas experimentados por sujetos con un sustrato social, político y cultural definido⁹⁵.

Esta regresión pone en entredicho la perspectiva de totalidad de los análisis sociales, afectando no sólo la mirada con que se observa la dinámica política, sino también el espacio y el tiempo, razón por la cual, por ejemplo, se cuestiona la antes arraigada idea de

⁹² Hinkelammert, F. “La libertad académica bajo control en América Latina”. *Nueva Sociedad*, (107), mayo-junio de 1990, pp. 131-137.

⁹³ Faletto, E. “La dependencia y lo nacional popular”. *Nueva Sociedad*, (40), enero-febrero de 1979, pp. 40-49.

⁹⁴ Hopenhayn, M. “Los intelectuales latinoamericanos descritos por sus (im) pares”. *Estudios Públicos*, (82), 2001, pp. 203-215.

⁹⁵ Zerán, F. “Enzo Faletto rompe tres décadas de silencio: ‘Necesitamos una nueva ética del comportamiento’”. *Rocinante. Arte, Cultura y Sociedad*, (41), 2002.

América Latina y se tienen enormes problemas para hablar desde la historia nacional⁹⁶. La reflexión general sobre la sociedad deja de tener una teoría crítica de la sociedad en su conjunto que sea a la vez desciframiento de sus tendencias y proyección de la sociedad deseable. Entra en crisis, así, lo que antes se asumía como la función intelectual de éstas. La sociedad aparece fragmentada en diversas esferas, pues ya no parece haber una, un poder central, que ordene al conjunto de la sociedad o que determine a las otras esferas, con lo que cada crítica aparece como parcial, permitiendo solamente cambios graduales y mínimos⁹⁷. Ello lleva a que en las ciencias sociales se trueque una comprensión global de la realidad por un interés predominante en reducidas temáticas particulares⁹⁸.

Tras su instalación, los grados de avance diferenciados de los neoliberalismos locales acarrearán, más allá de lo plenamente intelectual, una importante consecuencia política vinculada a la escisión entre lo social y lo político: la naturalización del orden social. La alianza entre las élites políticas e intelectuales de las “nuevas democracias”, herederas de la orientación excluyente de la etapa dictatorial, y de las élites económicas fortalecidas al alero de las presiones internacionales, instalan como principio la valoración por sí misma de las formas institucionales, relegando el proceso social a una perspectiva profesionalizante y tecnocrática de la política, de la economía y, por cierto, del conjunto de las ciencias sociales y humanidades. En ese curso, se impone el desplazamiento de las fuerzas sociales subalternas de la política, desestimándose la integración que antes predominó, en su forma mesocrática y proletaria. En su lugar, gana espacio un grupo social tecnocrático que, asumiéndose por encima de los intereses sociales, se ve a sí mismo como portador de una racionalidad eficiente y segura⁹⁹.

El pragmatismo político y la eficiencia ganan espacio entre los actores y contenidos que pavimentan el camino a las “nuevas democracias” de mediados de los años ochenta y

⁹⁶ Rojo, G. “El intelectual y sus opciones en la América Latina hoy”. *Casa de las Américas*, (270), enero-marzo de 2013, pp. 113-120.

⁹⁷ *Ibid.*

⁹⁸ Garretón, M. A. *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina*. Santiago: Lom Ediciones, 2014.

⁹⁹ Zerán, F. “Enzo Faletto rompe tres décadas de silencio...”, *Op. Cit.*

comienzos de los noventa. La intelectualidad tecnocrática —que excede a los economistas neoliberales y permea a las ciencias sociales en conjunto, a la vez que excluye a las humanidades— se hace parte de los consensos internos capaces de sustentar la hegemonía neoliberal, oscureciendo, con su auge y proyección en el Estado, el clima intelectual posterior. Dominio que, si bien se fragua en su relevancia para el manejo económico de la crisis de los años ochenta y en la valoración de su alta cualificación, saber técnico y orientación hacia lo racional¹⁰⁰, sólo es posible en ausencia de las tradicionales presiones corporativas de los actores nacional-populares¹⁰¹. De tal suerte, tratándose de una variante intelectual cuyo mundo de referencia es el poder ya constituido, logra imprimirle una nueva identidad cultural al orden social neoliberal, que deja al pensamiento crítico con escasas posibilidades de cuestionar la existencia de tal poder¹⁰².

Este dominio intelectual se manifiesta en diversos ámbitos. En la economía, el campo de interés se reduce a los equilibrios inflacionarios, la administración y la gestión de negocios, mientras se estrecha el espacio para el análisis de tipo histórico-estructural, tan relevante en el siglo pasado. Los problemas del desarrollo son intercambiados por soluciones de política de corto plazo, preocupados por atraer la inversión extranjera y los préstamos de los organismos multilaterales. De este modo, el valor de los “expertos”¹⁰³ no reposa en la comprensión de la realidad, sino en el combate de las anomalías que impiden integrar a los países a los modos “normales” de funcionamiento de la única economía posible: la neoliberal¹⁰⁴. Ello deriva en que, por acción u omisión, se consienta el predominio de un

¹⁰⁰ O’Donnell, G. *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós, 1972.

¹⁰¹ Boccoardo, G. “Tecnocracias en América Latina (1980-2000)”. En Fielbaum, A., Hamel, R., y López, A. *El poder de la cultura. Espacios y discursos en América Latina*. Santiago: Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2014, pp. 77-101.

¹⁰² Zerán, F. “Enzo Faletto rompe tres décadas de silencio...”, *Op. Cit.*

¹⁰³ Heredia, M. *Cuando los economistas alcanzaron el poder*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015.

¹⁰⁴ En el caso específico de América Latina, la preeminencia de esta tecnocracia económica neoliberal es el resultado de la derrota política de un “estructuralismo cepalino”, predominante desde la década 1950, que no logró sobreponerse a la radicalidad de la “crisis de la deuda” de los años ochenta. Esto comportó para los economistas “estructuralistas” la pérdida de su lugar de privilegio no por el mayor grado de verdad de la propuesta “monetarista”, sino porque los términos de la discusión económica terminaron siendo definidos por estos últimos, a propósito de la inmovilidad que acusaban los primeros. Véase Caviedes, S. *Op. Cit.*

irracionalismo de mercado que termina aumentando los grados de dependencia económica, al dejar todo en manos de un supuesto automatismo que, no obstante, sigue siendo controlado por los principales intereses empresariales, aun débiles frente a los vaivenes de la economía global.

En el análisis de lo político, la discusión transicional proyecta un limitado espacio para la acción colectiva en los marcos normativo-institucionales que establece la nueva relación entre Estado, economía y sociedad que acarrea un signo de exclusión en las “nuevas democracias”. Por ello no es raro que se asuma la necesidad de “institucionalizar” el conflicto político, con el fin de mantener la gobernabilidad. Ello separa lo social y lo político, redefiniendo la política en torno a una variante que aleja a las fuerzas sociales de la arena del conflicto de clases, sin siquiera vincularlas a expresiones partidarias. Los movimientos sociales pasan a constituir apenas “grupos de presión”, mientras los intereses organizados y en conflicto son reducidos como “corporativismo” y el conflicto pasa a ser entendido apenas como “conflicto político”, enmarcado en una gobernabilidad cuyo propósito es una nunca reconocida dominación social, que reduce el poder al detentado por las élites¹⁰⁵.

Al reducirse la política a métodos de construcción de consensos procedimentales, se vacía la representación político-electoral de significados sustantivos en materia de representación de intereses. La política se autonomiza de lo social y se convierte en el escenario del voluntarismo: predomina el deseo de llegar a acuerdos, sin importar la naturaleza e implicancias sociales que conllevan. Ello construye una forma de ver la política que viabiliza la buena fama que alcanza el pragmatismo. Las “nuevas democracias” se colocan en un mundo en el que el mercado se transforma en un mecanismo de autorregulación de la vida social. A partir de ello, la política ya no es acción producida, sino que se identifica con métodos de gestión, perdiendo su sentido¹⁰⁶. La adopción de la lógica del mercado

¹⁰⁵ Guido, R., y Fernández, O. “El juicio al sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina”. *Revista Mexicana de Sociología*, 51 (4), octubre-diciembre de 1989, pp. 45-76.

¹⁰⁶ Zerán, F. “Enzo Faletto rompe tres décadas de silencio...”, *Op. Cit.*

reformula los criterios con que se desarrolla la actividad política, transfiriéndose al espacio político la competitividad, la flexibilidad y productividad¹⁰⁷.

En esa misma línea, además, la desestructuración general lleva a los actores que asumen las tareas intelectuales de la política a alejarse cada vez más, en sus temas y preocupaciones, de la figura del intelectual. La sociedad queda atrás. Y, más bien, lo que se produce es el ascenso de unas tecnocracias que operan como ejecutoras de objetivos definidos de antemano por el poder existente. Así pues, el divorcio de la política con la sociedad aparta a los intelectuales de estas tareas, pues el giro neoliberal niega a la intelectualidad un soporte social sobre el cual construir y proyectar su pensamiento.

Pero, además, la desestructuración conlleva la irrupción de una forma particular de pensar la política, cuyo corolario es la separación entre lucha teórica y lucha política. Una separación que, siendo falsa, permea sobre todo en los sectores sociales subalternos, en virtud del debilitamiento que experimentan las estructuras que históricamente expresaron y representaron sus intereses, horadando su capacidad para mirar la realidad desde una perspectiva propia y no funcional a otros grupos.

En definitiva, entendiendo que los procesos de producción intelectual no son ajenos a la hegemonía neoliberal establecida en América Latina, es la separación entre lo social y lo político el marco sobre el cual tal proceso se realiza. Ahora bien, esta escisión, en el caso de la intelectualidad considerada un actor más dentro del proceso social y político latinoamericano, se constituye al alero de dos procesos íntimamente relacionados, aunque diferentes. Por un lado, uno de tipo ideológico, relativo a la crisis del pensamiento regional, resultado de la desestructuración social y económica y de la derrota política de las alternativas intelectuales al neoliberalismo —iniciada con la etapa autoritaria, pero consolidada con el tipo de salida que funda a las “nuevas democracias” y el giro ideológico que conlleva una “nueva izquierda” alineada con el neoliberalismo—, que condicionan las orientaciones, temáticas y análisis a desarrollar.

¹⁰⁷ Stolowicz, B. *A contracorriente de la hegemonía conservadora*. México D.F.: Espacio Crítico-UAM-Xochimilco-Editorial Itaca, 2012.

Por otro, un proceso de tipo social y político, relativo al papel que les cabe a las propias intelectualidades locales en la sociogénesis del neoliberalismo regional y en su consolidación en la historia reciente, en tanto actores, primero empujando las reformas de ajuste estructural neoliberal y luego reproduciendo las bases sustantivas del nuevo pensamiento dominante, ese que naturaliza el orden heredado y fortalece la perspectiva tecnocrática. Dicho de otro modo, cómo la intelectualidad latinoamericana, producto del giro intelectual que antecede al giro neoliberal efectivo de los años noventa, contribuye en la construcción de las capacidades hegemónicas del neoliberalismo y también en su realización posterior, con éxito disímil, en varios países de la región¹⁰⁸.

Entonces, dilucidar el carácter actual y la especificidad de los procesos hegemónicos bajo el contexto neoliberal remite nuevamente al problema del poder. No siendo los procesos de producción de conocimiento al respecto ajenos a los grados de realización de dicha hegemonía. La capacidad hegemónica del neoliberalismo, como experiencia de refundación capitalista, debe primar a la hora de plantearse las carencias en su escrutinio. Y es que la cuestión del poder en América Latina resulta históricamente atravesada y definida por esa peculiar dialéctica entre los procesos internos y externos, dado el carácter dependiente del desarrollo del capitalismo en la región¹⁰⁹.

El llamado ciclo neoliberal, en fin, requiere ser analizado en una doble perspectiva: la de los cambios concretos que introduce y la del modo en que cambia la propia forma de verlo. En la historia de las últimas dos décadas en particular, las consecuencias políticas e intelectuales antes apuntadas, en su relación con el proceso político que se abre en el siglo XXI, definen las bases intelectuales de las nuevas ideologías sobre el cambio social que proliferan hasta el presente. Asimismo, marcan el curso que, desde el punto de vista político e ideológico, adoptan los gobiernos de signo progresista.

¹⁰⁸ Para ahondar en este problema general y la especificidad de las experiencias argentina y chilena, Véase Caviades, S. *Op. Cit.*

¹⁰⁹ Cardoso, F. y Faletto, E. *Dependencia y desarrollo en América Latina...*, *Op. Cit.*

1.4.Posneoliberalismo y hegemonía neoliberal

En términos generales, el tipo de vinculación predominante que se hace entre el derrotero de los gobiernos del ciclo progresista y la transición a nuevos modelos de sociedad y de desarrollo se sintetiza, en el debate político y académico del siglo XXI, como un marco que, más allá de las especificidades de cada país, supone la prioridad de la política social por sobre el ajuste fiscal; de la integración regional por sobre la bilateralidad bajo dominio estadounidense; y de un Estado inductor del crecimiento económico y de la redistribución de la renta por sobre un “Estado mínimo” que dé centralidad del mercado¹¹⁰. Este es lo que, *grosso modo*, es incluido en la poco clarificadora categoría de “posneoliberalismo”, ampliamente usada de todas maneras.

Ahora bien, más allá de la denominación, el modo por el cual estas políticas características del ciclo progresista llegan a ser elaboradas ideológicamente como *respuestas* al neoliberalismo radica en la tensión entre el discurso político progresista y el contexto neoliberal que pervive, más allá del voluntarismo que decreta su fin abrupto. En efecto, el curso histórico reciente permite avanzar una línea interpretativa basada en el desenvolvimiento de dos procesos paralelos, ocurridos entre fines de los años noventa y comienzos del nuevo milenio. Por una parte, el ajuste político y técnico que los organismos multilaterales y transnacionales (FMI, Banco Mundial, BID, USAID) y el grueso del pensamiento dominante neoliberal ensayan sobre la implementación de las reformas estructurales, frente a la inestabilidad que muestran en varios países. Por otra, las variaciones en la comprensión del curso neoliberal gestadas en el seno mismo de la intelectualidad crítica regional, a partir de las expectativas de cambio que abren los sucesivos traspés económicos de fines de la década.

La convergencia de ambos procesos alimentará la emergencia de una particular interpretación política e ideológica del neoliberalismo como fenómeno, que se tornará

¹¹⁰ Aranibar, C., y Rodríguez, B. *América Latina, ¿del Neoliberalismo al Neodesarrollismo?* Buenos Aires: PNUD - Siglo XXI Editores, 2013.

dominante al punto de afectar la comprensión del curso histórico posterior en América Latina, tanto dentro como fuera de los gobiernos del ciclo progresista.

1.4.1. Crisis de las promesas del neoliberalismo y permanencia de la mirada transicional

Tras su implementación a inicios de los años noventa, la marcha de las reformas de ajuste estructural es reevaluada al finalizar el decenio, constatándose el escaso crecimiento económico generado y el deterioro que conllevan para la condición de los trabajadores, aumentada su inseguridad económica. En particular, las crisis financieras de fin de siglo que agigantan el margen para la agresión especulativa en varios países¹¹¹, desencadenan una serie de críticas a la labor de los gobiernos que las encabezan, así como al FMI, su principal respaldo internacional. Quienes las lideran son el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos y la Agencia Norteamericana para la Cooperación (USAID), bajo un cuestionamiento que no toca al programa de reformas y sus objetivos, sino que critica, de hecho, su débil ejecución y el carácter incompleto en que ello deja la transformación estructural impulsada¹¹². A ello se suma un reclamo contra las tecnocracias que, dentro y fuera de cada país, empujan la implementación de las reformas, contraponiendo como solución “más política” y una mayor intervención regulatoria del Estado. A esto se suma, por último, la promoción de políticas para solventar la “imperfección” del mercado, estableciendo un camino “intermedio” o tercera vía: “tanto mercado como sea posible, tanto Estado como sea necesario”, dirá un nuevo refrán; acompañado con programas de atención a la pobreza que aumenten el empleo¹¹³. La lógica, así, es focalizar inversiones en recursos humanos, mejorar el entorno legal y normativo de los mercados para lograr eficiencia, y racionalizar el sector público para aumentar la eficiencia del aparato fiscal, contribuyendo así a la

¹¹¹ Especialmente en Argentina y Brasil. La referencia es a las crisis mexicana (1994-1995) y asiática (1997), y a la moratoria rusa de 1998.

¹¹² Dávalos, P. *La democracia disciplinaria. El proyecto posneoliberal para América Latina*. Quito: CODEU-PUCE, 2010.

¹¹³ Stolowicz, B. *Op. Cit.*

estabilidad macroeconómica. Se trata de perfeccionar el plan inicial, vía el fortalecimiento de sus aspectos institucionales¹¹⁴.

Dicha agenda encuentra apoyo político ya en la VI Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, realizada en Santiago de Chile y Viña del Mar, en noviembre de 1996. Allí las autoridades de los países convocados reconocen por primera vez, de modo oficial, la necesidad de abordar los efectos políticos de la desigualdad y exclusión sociales, de replantearse la relación entre Estado y mercado dando mayor capacidad al primero para una intervención correctora, y de promover políticas sociales focalizadas¹¹⁵. Sin embargo, su operatividad como política recién llega al año siguiente con la asunción de Joseph Stiglitz —ex Jefe de Asesores Económicos de Bill Clinton— a la cabeza del Banco Mundial.

En efecto, bajo su conducción este organismo despliega una iniciativa técnica y política contra la “euforia por el crecimiento” que habría afectado a América Latina desde comienzos de los noventa, y que habría terminado abruptamente con la crisis mexicana de 1994. El argumento era que esta última contenía el riesgo de salida neta de capitales al no contar los países con las seguridades requeridas en los derechos de propiedad. En ese sentido, si antes se hacían reformas para atraer capitales, ahora el llamado era a hacerlas para retenerlos. En tal circunstancia los Estados eran llamados a aventurarse en un rol más importante en materia de regulación y supervisión, permitiendo así ofrecer garantías de un “sano mercado financiero”¹¹⁶.

En los estudios más importantes sobre la situación latinoamericana de estos años, el Banco Mundial sostenía, además, que, al no haber concluido aún la globalización, las posibles reacciones internacionales ante los traspiés económicos de América Latina ponían en riesgo la necesaria apertura económica global. Y es que, si el “Estado minimalista” de los años ochenta había ido demasiado lejos, a fines del siglo XX cabía dotar de mayor

¹¹⁴ Dávalos, P. *Op. Cit.*

¹¹⁵ Stolowicz, B. *Op. Cit.*

¹¹⁶ *Ibid.*

responsabilidad al aparato estatal en la tarea de evitar tales peligros, a través de un nuevo papel regulatorio¹¹⁷. En consecuencia, sin orden de continuidad, esta organización cargaba contra el ideologismo del “mercado perfecto”, para enseguida, como contrapropuesta, ofrecer un ideologismo alternativo referido a la urgencia de un cambio institucional que fortaleciera la privatización de la soberanía nacional de los países¹¹⁸. Este plan, apuntado bajo el nombre de reformas “de segunda generación”, será oficializado en 1998 en la II Cumbre de las Américas realizada en Santiago de Chile. Motivo por el cual también se le conoce como el “Consenso de Santiago”¹¹⁹.

Ahora bien, además de este ajuste en el seno del pensamiento dominante, episodios especulativos de fines de siglo también inciden en la intelectualidad crítica. Y es que, así como trastocan el plan original del desembarco neoliberal en varios países de la región, tales traspies propagan una poderosa expectativa de cambios entre los críticos del neoliberalismo. Sobre todo, por la influencia en la mirada global de la intelectualidad latinoamericana que tienen los países que se vieron más afectados: Brasil, por una parte, que vio crujir las bases del Plan Real impulsado por Cardoso; y Argentina, que, a partir de la propagación del “efecto Tequila” desde México, vio cuestionado por primera vez la iniciativa de convertibilidad cambiaria que estuvo a la base del giro económico del tándem Menem-Cavallo¹²⁰.

¹¹⁷ Él, junto a Giddens, son los ideólogos de la Tercera Vía. Su *Informe sobre el desarrollo mundial 1997: El Estado en un mundo en transformación* (1997) es un manifiesto, más tarde profundizado por los trabajos de Shahid Javed Burki y Guillermo Perry para el Banco Mundial, en los que responsabilizan a los “gobierno malos” por el síndrome de ilegalidad que no garantiza la propiedad (déficit legal, burocratismo e ineficacia judicial), por la falta de información (transparencia) y confiabilidad de la burocracia media y baja (corrupción), a la vez que critican la persistencia de la imposición de intereses creados (patrimonialismos particularistas) que se oponen al interés general y el hecho de que los políticos no garanticen sus compromisos porque los subordinan a los vaivenes de los tiempos electorales (clientelismo).

¹¹⁸ Dávalos, P. *Op. Cit.*

¹¹⁹ Guiñazú, M. “Del Consenso de Washington al Consenso de Santiago”. *Política y Gestión*, (7), 2000, pp. 79-97.

¹²⁰ De allí que no sea extraño encontrar uno de los primeros antecedentes sobre el tema de la superación del neoliberalismo ya en 1994, cuando se realiza, en la Universidad Estatal de Río de Janeiro, una de las primeras reuniones académicas y políticas dedicadas a este tema, en la forma de un seminario internacional llamado

Desde el punto de vista ideológico, iniciada por estos años la tendencia a mezclar balances sobre el ciclo neoliberal con prospectivas sobre su futuro, se estructura el modelo general de comprensión del neoliberalismo latinoamericano que predominará en adelante: aquel que equipara a este último con el paquete de reformas propugnado en el Consenso de Washington, omitiéndose así la compleja articulación entre los factores externos e internos que subyace a la realización histórica de este fenómeno, sobre todo en lo que respecta a sus dimensiones sociales y culturales. De alguna manera, la crisis general que medra las bases de sustentación del ciclo nacional-popular y que prepara el terreno para la irrupción posterior de la oleada neoliberal en los años noventa en el conjunto de la región, se opaca en la profundidad del cambio social, político y cultural que, de hecho, este mismo giro provoca. Como resultado, en algunos casos se apura un catastrofismo sin base que divisa la crisis del ciclo neoliberal en el mismo inicio de los traspies financieros de fin de siglo ya apuntados. Se confunde, de este modo, una supuesta “crisis del neoliberalismo” con la sí real crisis de las promesas neoliberales, esto es, de aquellas relacionadas con el control de la inflación y el crecimiento de los ingresos, que sí fracasan rotundamente.

¿Qué sucedió? Pues que, lejos de surgir estas conclusiones de una reflexión acorde a la expresión concreta y disímil de la instalación neoliberal a los largo y ancho del subcontinente, permanece en los medios mediante los cuales se observa su realización los códigos político-ideológicos que imperan en la emergencia de las “nuevas democracias”. En efecto, las razones esgrimidas para explicar la crisis observada remiten a los límites de un dominio neoliberal que se relaciona estrechamente con el supuesto predominio de un

justamente “Pós-neoliberalismo”. Los trabajos recogidos de esta instancia, que contó con la participación de intelectuales de varios puntos del subcontinente y europeos, fueron publicados al año siguiente en un libro que circuló localmente bajo el título “Pós-neoliberalismo. As políticas sociais e o estado democrático” (1995). En 1999, en Buenos Aires la Editorial Eudeba lanzará una versión traducida al español de este libro —enriquecida con textos de destacados intelectuales como Perry Anderson y Göran Therborn—, ahora bajo el nombre “La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social”. Este libro será relanzado en una segunda edición en el año 2003, ahora con el apoyo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) —a la postre, principal caja de resonancia del ciclo progresista en los siguientes años—, alcanzando alta difusión en la región.

“Estado mínimo” que habría permitido el “dominio ciego de las fuerzas del mercado”, evidenciando a la vez esto último el carácter fallido del neoliberalismo como proyecto. La conclusión, por lo tanto, es la de una “vuelta al Estado y la política” para transitar a un proceso de cambios que abra una etapa histórica distinta. Misma apuesta, por cierto, del pensamiento dominante propugnado por los organismos internacionales que atizan las críticas al impulso inicial dado al giro neoliberal, aunque con el objeto de completar la realización de este proceso.

A fines de los noventa, entonces, la explicación sobre la crisis de las promesas del neoliberalismo refleja la influencia del giro ideológico dado por la “nueva izquierda” y sus intelectuales hacia un progresismo neoliberal que evita todo extremismo. Y es que el regreso de la centralidad de la acción estatal era demanda para superar una etapa que no se agotaba en el diagnóstico sobre el cual se elaboraba dicha exigencia. Este diagnóstico, más bien, quedará en suspenso en los años siguientes.

Mientras tanto, el siglo XXI inicia con una paradójica convergencia entre el pensamiento dominante y el crítico respecto al significado del neoliberalismo. Convergencia que, en los marcos de la antinomia Estado versus mercado, se genera en torno a limitantes similares a las surgidas de los procesos de transición democrática: así como en el pasado el objetivo de dejar atrás el autoritarismo terminó por priorizar sólo la democratización política en desmedro de la social, la consigna de “más Estado” de fines de siglo queda en la ambigüedad de no implicar necesariamente un cambio en el carácter social de este último. Las formas de pensar erigidas durante las transiciones perviven más allá de la oposición entre dictadura y democracia, proyectándose al ciclo siguiente.

1.4.2. El posneoliberalismo como discurso de legitimación

Las reformas “de segunda generación”, en su afán por completar el giro neoliberal colisionan en varios países con la magnitud que alcanza la crisis en la región a comienzos del siglo XXI. A Argentina, como paradigma del descalabro social y político tras el *default* de fines del 2001, le acompañan las inestabilidades que experimentan Brasil y Uruguay,

pero también las que viven los países andinos que ven acrecentarse crisis políticas que hacen caer sistemáticamente a sus gobiernos.

Los ajustes neoliberales vuelven a mostrarse fracasados en estos países, motivo por el cual al interior del pensamiento dominante vuelve a configurarse un momento de crítica a la labor realizada. Así pues, tan rápido como fenece el intento “institucional” por completar el ajuste, sus propios ideólogos promueven una explicación que los exculpa: atacan nuevamente la incompletitud de su implementación, concentrando las culpas ahora en los “malos” gobiernos y en el peso decisivo del capital financiero. Stiglitz, otra vez, lidera este relato, declarando la existencia de un “malestar con la globalización” como consecuencia de la especulación financiera y de los efectos provocados por el “fin del Estado nacional”¹²¹. La globalización, a su juicio, es sinónimo de lo neoliberal, en tanto flujo internacional indiscriminado de capitales especulativos. El ajuste ideológico, entonces, es que tal situación es achacable a los “malos ejecutivos”, aunque ello no ponga en duda la credibilidad del capital en su conjunto¹²².

Esto último es relevante, pues con una premisa similar operan desde un primer momento los nuevos gobiernos progresistas, siguiendo la senda inaugurada por Chávez en Venezuela en 1998. En efecto, más allá de las diferencias nacionales, la orientación de las políticas implementadas por estos gobiernos apuntó durante más de una década a promover reformas que dieran relevancia a la intervención del Estado en la economía o ejercieran sobre ella una acción regulatoria. A priorizar la lucha contra la pobreza y la desigualdad social, sometiendo al conjunto de las políticas económicas a ese objetivo social. Asimismo, como fruto de procesos electorales libres y masivos, los nuevos gobernantes acentuaron la importancia de la democracia y el respeto de la soberanía popular y nacional, justamente en oposición a una globalización que se mostraba como inmutable. De allí que, por ejemplo, en la misma medida que en su acepción progresista el neoliberalismo, además de “Estado mínimo”, pasaba a suponer el peligro de la especulación financiera, buscaron potenciar,

¹²¹ Stiglitz, J. *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus, 2002.

¹²² Stolorowicz, B. *Op. Cit.*

como contrapartida, al capital “productivo” nacional o internacional que diera valor agregado a la riqueza natural.

La expectativa de estar viviendo un proceso de cambio en relación al ciclo neoliberal, sin embargo, dice relación con a lo menos tres procesos paralelos. En primer lugar, ella encuentra su punto de inicio en el rechazo conjunto que el año 2003 los gobernantes de Venezuela, Brasil, Argentina y Uruguay dieran al proyecto estadounidense de conformar un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Dicho rechazo constituyó un hito de soberanía nacional y popular que marca una separación respecto al escenario político y económico de los años noventa¹²³, potenciando el imaginario antiimperialista que subyace a estas experiencias históricas. En segundo lugar, se le suma el respaldo económico que supuso el ciclo al alza que experimenta el precio de los *commodities* alrededor del mundo. Finalmente, desde la segunda mitad de los años dos mil, esta sensación de cambio va a potenciarse fuertemente con la proliferación del discurso político y académico que, dentro y fuera de América Latina¹²⁴, delineó una imagen de contraste entre una región latinoamericana en la que la crisis de dominio neoliberal habría sido resuelta políticamente con su superación, y un Primer Mundo en el que el neoliberalismo habría pervivido incluso tras la crisis del año 2008. Efectivamente, en una especie de vuelta de mano histórica, la legitimidad e identidad del ciclo progresista, dentro y fuera del continente, se asentó, cultural e ideológicamente, en una supuesta excepcionalidad de la América Latina del siglo XXI, construida sobre la base de un Otro europeo devaluado.

Con todo, ¿qué es el posneoliberalismo? En lo sustantivo, a lo largo de la última década y media, se erige cómo un concepto límite para la definición académica y política de un

¹²³ Estay, J. “América Latina en las negociaciones comerciales multilaterales y hemisféricas”. En Estay, J. *La economía mundial y América Latina. Tendencias, problemas y desafíos*. Buenos Aires: CLACSO, 2005, pp. 193-220.

¹²⁴ Se trata de una elaboración producida por la intelectualidad del Norte global, que es acompañada de una apertura a las reflexiones originadas en América Latina. Véase, por ejemplo, Saint-Úpery, M. *El sueño de Bolívar. El desafío de las izquierdas latinoamericanas*. Barcelona: Paidós, 2008; y Errejón, I. y Serrano, A. (coords.). *¡Ahora es cuando, carajo! Del asalto a la transformación del Estado en Bolivia*. España: El Viejo Topo, 2011.

escenario de cambios, difuso y en construcción, que, al dotárselo de un sentido político más cercano al deseo que al análisis concreto de la realidad, deviene, por el curso adoptado por la historia -que incluyera la estrepitosa caída de varios gobiernos que empujan las reformas neoliberales de los años noventa y el ascenso de nuevos liderazgos, incluso llamativos por sus rasgos subalternos-, en una definición “en positivo” de las características esenciales de un nuevo tiempo histórico. Es decir, cómo, de evidenciarse el clásico *impasse* de los conceptos con el prefijo post, que logran solamente cualificar algo como una indeterminada época de transición, el “posneoliberalismo” pasa a asimilar y encarnar en lo que definen como posible las experiencias progresistas. Esto es, un actuar que prioriza la política social al ajuste fiscal; la integración regional y a los TLCs con Estados Unidos; y un papel del Estado como inductor del crecimiento económico y la redistribución de la renta, en vez de un “Estado mínimo” y la centralidad del mercado. El “posneoliberalismo”, producto de un proceso de construcción ideológica, pasa de ser algo indeterminado, a realizarse, de hecho, en lo obrado por los gobiernos progresistas latinoamericanos de las últimas décadas¹²⁵. Este concepto, así, importa más como discurso de legitimación *a posteriori* de lo hecho por el progresismo latinoamericano, que como categoría explicativa de un tiempo histórico determinado.

En síntesis, el discurso político que enmarca el ambiguo concepto de “posneoliberalismo”, asociado principalmente al regreso de un Estado productor y redistributivo y a la preeminencia del capital productivo sobre el capital especulativo, no necesariamente se alza en oposición a los ajustes que el propio discurso político y económico dominante realiza sobre sus interpretaciones del ciclo neoliberal entre mediados de los años noventa e inicios del siglo XXI. Más bien, lo que hay es un discurso político que, sin escapar a las premisas del neoliberalismo como programa de transformación, es producto de un proceso que dialoga tanto con los cambios políticos de las últimas dos décadas como con la trayectoria acumulada de ajustes que, en el seno del pensamiento dominante y del crítico, reformulan

¹²⁵ Véase, entre otros, Borón, A. “El pos-neoliberalismo: un proyecto en construcción”. En Sader, E. y Gentili, P. (eds.). *La trama del neoliberalismo: mercado, crisis y exclusión social*. Buenos Aires: EUDEBA-CLACSO, 2003, pp. 139-147; y Sader, E. *Refundar el Estado. Posneoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: CTA – CLACSO, 2008.

las implicancias del neoliberalismo como experiencia histórica, sin poner en entredicho su hegemonía cultural y política.

1.5.El problema: la imaginación política en el proceso latinoamericano del siglo XXI

Teniendo en cuenta lo dicho, vale la pena indagar en la tensión que se produce entre la expectativa de cambios que abre la crisis de las promesas del neoliberalismo y el ascenso de los gobiernos progresistas latinoamericanos. Y es que en esta experiencia reciente es posible encontrar esfuerzos de elaboración político-ideológica que intentan avanzar en el tratamiento de los dilemas políticos, económicos y culturales asociados a una eventual superación del orden neoliberal. Que lo intentan, además, como resultado de la formulación de un pensamiento concreto que tiene a la vista la especificidad de las experiencias nacionales y el derrotero más complejo de la región en su conjunto.

Hablar de las tareas intelectuales de la política es hablar de una dimensión ineludible de ésta última: la elaboración de idearios y de contenidos programáticos que se impulsen como legítimos y deseables, sea que éstos tengan una orientación transformadora o conservadora del orden vigente. Hablar, por otro lado, de imaginación política, implica reconocer que la política goza de una dimensión proyectual, que excede lo coyuntural, en la cual asoman debates sustantivos acerca del tipo de sociedad que se espera hacia el futuro. Respecto a esto, en los esfuerzos de elaboración político-ideológica ligados al ciclo progresista conviven, sin duda alguna, elementos proyectuales originales con otros propios de discursos de legitimación como los del apuntado “posneoliberalismo”, justamente porque aquellos no escapan al condicionamiento del doble giro intelectual y neoliberal que sacude a América Latina en la historia inmediata.

En buena medida, además, mucho de ello surge del trabajo de los intelectuales más estrechamente ligados a los gobiernos progresistas (intelectuales orgánicos, en la vieja jerga), incluso como funcionarios con los más diversos rangos, abocados a variadas áreas regidas por el interés estatal. En efecto, tratándose a menudo de dirigentes que han sido

parte fundamental en la construcción de las alianzas sociales que llevarán al poder a las fuerzas políticas que lideran sus países, vinculan su experiencia de acumulación social y política con el esfuerzo ideológico de construcción de nuevos horizontes de cambio.

Así pues, la presente investigación se enfoca en la producción ideológica de esta intelectualidad política. Concretamente indagando en los proyectos y modalidades por las que se intenta avanzar en la conformación de una alternativa a la égida neoliberal, más allá de la retórica antiimperialista y nacionalista que a menudo copa el muy reciente debate sobre esta materia. El objetivo es problematizar, por una parte, hasta qué punto los límites ideológicos que impone el programa neoliberal logran ser superados por estas experiencias, al mismo tiempo que, como consecuencia de lo anterior, se busca hacer un balance de lo ideológicamente relevante del ciclo progresista, en medio del contexto de hegemonía neoliberal imperante y del largo desarme político e intelectual que afecta a la izquierda y el progresismo latinoamericano.

Para ello se han seleccionado dos casos de investigación, cuyas obras, siendo representativas de dos experiencias nacionales muy distintas, también proveen una interpretación global de la situación latinoamericana en su conjunto. En primer lugar, Álvaro García Linera, actual Vicepresidente de Bolivia, artífice tanto de más de una década de gobierno de la alianza Movimiento al Socialismo (MAS) como de la renovación del Estado boliviano, en su variante plurinacional. En segundo lugar, Marco Aurélio Garcia, ex Asesor Especial de Asuntos Exteriores de los gobiernos de Lula Da Silva y Dilma Rousseff y miembro fundador del Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil, organizador tanto del posicionamiento de Brasil como potencia emergente, como de los intentos de integración de nuevo tipo en la región que supuso, entre otras instancias, la fundación de UNASUR.

La selección de estos casos tuvo como criterios: 1) la existencia de diversos cursos de profundización del neoliberalismo en cada país; 2) la centralidad de los temas en que se enfoca la elaboración político-ideológica, teniendo en cuenta el proceso latinoamericano

del siglo XXI en su conjunto; y 3) el tipo de vínculo respecto a las experiencias de gobierno¹²⁶.

Respecto a lo primero, si se considera la tipología de Ruiz¹²⁷, el caso boliviano puede analizarse como un “neoliberalismo revertido”, esto es, una experiencia histórica en que se retrotrae la transformación heredada a modalidades próximas a las orientaciones nacional-populares, en donde diversas fuerzas sociales se rearticulan clientelaramente en torno al Estado. Por su parte, el caso brasileño cabe en la categorización de un “neoliberalismo liberal-desarrollista”, esto es, de una modalidad que descansa en un pacto que combina reformas típicamente neoliberales con formas de protección que incorporan a fuerzas sociales de cursos de crecimiento más propios de la historia inmediata, como la industrialización tardía ligada al “milagro” económico liderado por los militares en la experiencia brasileña.

Respecto a los temas de la elaboración político-ideológica, Álvaro García Linera y Marco Aurélio García contribuyen con sus propuestas al desarrollo de dos dimensiones que son constitutivas de la especificidad de la experiencia del ciclo progresista latinoamericano: 1) la institucionalización de identidades políticas y culturales históricamente excluidas de la construcción estatal y nacional, fundamentalmente el mundo indígena; y 2) la integración regional de nuevo cuño que dio respaldo económico, político y cultural a la estabilidad del ciclo progresista por más de una década y media.

Por último, respecto al tipo de vínculo con las experiencias de gobierno, se trata de dos ideólogos cuya intervención en el campo político supone formas e implicancias disímiles.

¹²⁶ En la presente investigación, se trabaja con fuentes documentales y fuentes bibliográficas de carácter teórico y empírico, distinguiéndose entre fuentes primarias y secundarias. En el primer caso, se ha recurrido a libros, revistas académicas y de debate político, ensayos y entrevistas, con el fin de pesquisar la obra de los intelectuales analizados, en un corpus que abarca el período 2000-2015, en donde es posible vislumbrar los procesos de formación y crisis del ciclo progresista latinoamericano. Del mismo modo, se ha hecho un amplio uso de fuentes de información secundarias.

¹²⁷ Ruiz, C. *Estado, alianzas sociales y modelos de desarrollo en América Latina Hoy: Brasil, Argentina y Chile*. Santiago: Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile, 2013.

En efecto, mientras Álvaro García Linera encarna la mitad urbana y de clase media de la alianza social que sustenta el gobierno del MAS y tiene una mayor exposición como uno de los principales estrategas del gobierno de Evo Morales, Marco Aurélio García, en su múltiple inserción como académico, hombre de partido y asesor de los gobiernos del PT, opera más cerca de la figura de “un consejero del Príncipe”.

En lo que sigue, sin embargo, no se busca hacer una descripción sistemática de la obra de estos intelectuales. Por un lado, porque, como lo demuestra la creciente bibliografía al respecto, especialmente sobre el Vicepresidente boliviano, tal vacío ya viene siendo cubierto por otros investigadores de variadas disciplinas. Por otro, porque no es parte de las competencias ni intereses del autor de este informe.

Más bien, de lo que se trata es de desarrollar algunas reflexiones sociológicas en torno a la ligazón entre los procesos sociales y políticos y la construcción ideológica, en relación a una preocupación sobre el modo en que la intelectualidad despliega sus estrategias para influir socialmente. Esto, además, sobre la premisa de que, contrario al enfoque romántico de los “genios originales” y de las personalidades descollantes, el enfoque sociológico se interesa por el carácter colectivo de la escritura y de la acción de los intelectuales, en tanto grupo social¹²⁸. En torno a este interés más global, la cuestión que atañe a este esfuerzo particular es la de, por un lado, tratar cada caso escogido en particular y, por otro, abordar el asunto más general de la incidencia de los intelectuales en el proceso latinoamericano reciente y su vínculo con los discursos de superación del neoliberalismo.

La hipótesis general de trabajo, en ese sentido, es que en torno a este ciclo de gobiernos progresistas se potencia un intento por reconstruir el vínculo entre intelectualidad y sociedad¹²⁹, que es de hecho el que explica el rol como organizadores políticos de los

¹²⁸ Tarcus, H. “Una invitación a la historia intelectual. Palabras de apertura del IIº Congreso de Historia Intelectual de América Latina”. *Pléyade*, (15), 2015, pp. 9-26.

¹²⁹ La desestructuración entre intelectualidad y sociedad es un hecho social general en América Latina, habida cuenta del ascenso de las tecnocracias desde los años noventa, justamente síntoma de esta separación. Sin embargo, y como en todo orden de cosas, la profundidad de tal quiebre alcanza niveles diferentes en cada caso nacional. Para ahondar en ello, véase Caviedes, S. *Op. Cit.*

intelectuales analizados. No obstante, esto se fractura en la agudización del desanclaje entre gobiernos y movimientos sociales que afecta a las experiencias progresistas recientes fundamentalmente desde el momento en que se hacen patentes los primeros signos del agotamiento del ciclo al alza del precio de los *commodities*, con lo que quedan entredicho las alianzas sociales que los sustentan.

II

BOLIVIA Y ÁLVARO GARCIA LINERA

2.1.El desembarco neoliberal en la irresuelta crisis estatal boliviana

El derrotero del siglo XX boliviano está caracterizado por una prolongada e irresuelta crisis del Estado, que tiene sus orígenes en el agotamiento del modo de dominación oligárquico y sus variantes fallidas de resolución¹³⁰.

El Estado oligárquico, creado por la gran burguesía minera del estaño (la “rosca minera”) a comienzos de siglo, inaugura su crisis de dominación con el resultado de la Guerra del Chaco, sin que ello implique, no obstante, una crisis nacional general, al no existir correspondencia entre la sociedad civil y el Estado político boliviano (razón por la cual la guerra, entre la mayoría de la población, se experimenta como un enfrentamiento acotado a un territorio específico). Significativa como tal casi exclusivamente para las áreas vinculadas al mercado interno ligado a la exportación minera, de todos modos hiere de muerte el ciclo democrático-formal practicado por la oligarquía en las primeras tres décadas del siglo pasado, acrecentando el peso de los militares en la vida política del país y abriendo canales para la participación política de los obreros y campesinos, movilizadas por nuevos partidos políticos modernos como el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR)¹³¹.

Dicho partido es, justamente, el que lidera uno de los más importantes intentos de resolución de esta crisis: la Revolución de 1952. En efecto, la crisis de dominación oligárquica abre paso a una revolución nacional encabezada por suboficiales del Ejército, sectores del mediano y pequeño empresariado, fracciones campesinas y los obreros organizados en la Central Obrera Boliviana (COB). Tras un fraude electoral que impide el

¹³⁰ Moldiz, H. “Bolivia: crisis estatal y proceso de transformación”. En Stolowicz, B. (coord.). *Gobiernos de Izquierda en América Latina. Un balance político*. Bogotá: Ediciones Aurora, 2007, pp. 155-197.

¹³¹ Zavaleta, R. “Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)”. En González Casanova, P. *América Latina: historia de medio siglo*. México D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 2003, pp. 74-128.

triumfo del MNR, la radical protesta social proyecta a Víctor Paz Estenssoro a la Presidencia de la República, secundado por el secretario general de la COB, Juan Lechín. La alianza entre los sectores medios y las fracciones obreras más constituidas, permite al MNR impulsar una transformación que contempló la nacionalización de la minería y del petróleo, políticas de industrialización, el establecimiento de derechos sociales y una reforma agraria parcial¹³².

En el mediano plazo, esta alianza dominante resultó incapaz de sostener el desarrollo nacional y las políticas de redistribución social. Su incapacidad política para construir un orden, la dependencia extrema de Bolivia de capitales multinacionales y la masiva resistencia de las comunidades en el altiplano aymara a la modernización del agro (en particular, a la introducción de relaciones capitalistas de producción) hicieron inviable el “nacionalismo revolucionario” del MNR¹³³. En adelante, el sindicalismo campesino se aleja de la COB y apoya, a través del Pacto Militar-Campesino¹³⁴, el golpe de Estado de 1964 que reemplaza la relación entre sindicatos, partidos y el Estado por un trato directo entre el Ejército y las organizaciones de trabajadores.

Desde ese momento, el sindicalismo campesino se distancia de las luchas obreras. Mientras los sindicatos de trabajadores mineros e industriales negocian cuestiones de salarios y protección social con el Estado, las organizaciones rurales se separan como grupos autónomos agrarios en su relación con el Estado, alcanzando mayores niveles de poder social. En los años setenta, al calor de la formación de un pensamiento indígena anticolonial, se constituyen políticamente partidos de corte indigenista como el Movimiento Revolucionario Túpac Katari (MRTK). Pese a que en sus inicios obtienen escasos

¹³² Di Tella, T. *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX*. Buenos Aires: FCE, 1993. En dicha alianza predomina el peso de un Estado que, como en otras partes de América Latina en el siglo XX, “regula” la constitución de los actores sociales y, con ello, de las fuerzas políticas. En particular, de unos sectores medios de composición burocrática que ven su proyección en la proyección del Estado, a través de la urbanización y la educación, etc., así como de unos sectores obreros —y campesinos también— que no tienen un comportamiento autónomo respecto al Estado, siguiendo una lógica populista.

¹³³ Touraine, A., *Op. Cit.*

¹³⁴ Soto, C. *Historia del pacto militar campesino*. Cochabamba: Ediciones CERES, 1994.

resultados electorales y su influencia se acota al occidente boliviano¹³⁵, sientan las bases para la formación de un nuevo sindicalismo autónomo que será pilar de las luchas rurales hasta los años noventa, alcanzando la identidad indianista cada vez más peso entre los sindicatos campesinos.

Tras años de nacionalismo militar e inestabilidad política, se impone electoralmente una alianza de izquierda liderada por Hernán Siles Zuazo en 1982. Tres años después, este gobierno realiza un primer ajuste económico en Bolivia con el fin de contener la inflación —y no de quebrar al movimiento obrero, al tratarse de un gobierno heredero del partido de la Revolución de 1952—, pero la crisis social y política de la década y la hiperinflación de 1985 (alrededor de 27.000%) obligan a Siles Suazo a renunciar, quedando en evidencia la fragilidad de las instituciones políticas con que asomaba el nuevo período democrático, incapaces de absorber la gran cantidad de demandas sociales.

El mismo año 1985 asume nuevamente Paz Estenssoro y, a poco andar, impulsa la denominada “Nueva Política Económica”, un paquete de reformas monetaristas ortodoxas que significa un drástico recorte presupuestario del gasto público, tasas arancelarias uniformes y la reducción y reestructuración del sector público. Tal giro neoliberal fue posible mediante un pacto político entre el equipo de tecnócratas liderado por Gonzalo Sánchez de Lozada (ministro de Economía), los desarrollistas del gobernante partido Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y el grupo Acción Democrática (ADN) liderado por Hugo Banzer¹³⁶.

El logro de Paz Estenssoro fue proyectar este acuerdo como un pacto político que no sólo logró sortear un eventual rechazo del Congreso a las reformas, sino que dio origen a un consenso que se extendió dentro de la clase política entre hasta el año 2001. En ese sentido,

¹³⁵ Zegada, M. T. “Los nuevos contornos de la izquierda boliviana”. *Tinkazos*, 15(31), 2012, pp. 121-136.

¹³⁶ Conaghan, C. El ascenso y la caída de los neoliberales en los países de los Andes centrales. En Estrada, J. (Ed.). *Intelectuales, tecnócratas y reformas neoliberales en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2005, pp. 175-196. Esta experiencia neoliberal temprana sirve como ensayo de la intervención que luego se produce en la Rusia y Polonia post-soviéticas (Plan Sachs).

entre mediados de los ochenta y mediados de los noventa se vivió una inédita estabilidad política, en un país acostumbrado a los quiebres institucionales y golpes de Estado. La promesa de modernización mediante la inversión extranjera y el retiro del Estado, en un contexto de grave crisis económica y con el trauma de una reciente y sangrienta dictadura, permitieron una relativa autonomía del sistema político, donde el Congreso daba a luz a las mayorías que la población no entregaba en las urnas¹³⁷.

En 1993, tras ocho años de apenas controlar la estabilidad macroeconómica, Sánchez de Lozada, ahora como mandatario, apunta a un segundo paso: la transferencia de las empresas estratégicas del Estado a las transnacionales, bajo la promesa de atraer capitales multinacionales y reducir el déficit fiscal (“Plan de Todos”). Fueron privatizadas, entonces, las empresas estatales del petróleo, los ferrocarriles, los aviones y la telefonía¹³⁸. Esto acentúa la transformación neoliberal iniciada con Paz Estenssoro¹³⁹.

Una consecuencia directa de las reformas neoliberales, incluso pese a no consolidarse, fue la desarticulación de las bases sociales que sostenían a la izquierda nacionalista (al MNR y también al Movimiento de Izquierda Revolucionario, MIR), a saber, los obreros que se articulaban en la combativa COB¹⁴⁰. Por el contrario, las organizaciones populares de carácter campesino-indígena amplían su poder y la “identidad indiana” crecientemente se va constituyendo en un elemento central de su proyección. En efecto, respondiendo a un fenómeno regional, la alteración de las condiciones ideológicas y políticas que supone la

¹³⁷ Stefanoni, P. *Qué hacer con los indios, y otros traumas irresueltos de la colonialidad*. La Paz: Plural, 2010.

¹³⁸ Morales, J. A. *Ajuste macroeconómico y reformas estructurales en Bolivia, 1985-1994*. Universidad Católica Boliviana, Instituto de Investigaciones Socio Económicas, 1994.

¹³⁹¹³⁹ La crisis de los años ochenta beneficia a los sectores financieros y agroexportadores, quienes encuentran el espacio para, en alianza con el capital transnacional, proyectar su presencia directa en las estructuras de autoridad del Gobierno. Véase Tapia, L. “El Estado en condiciones de abigarramiento”. En VV.AA. *El Estado. Campo de lucha*. La Paz: CLACSO – Muela del Diablo Editores – Comuna, 2010, pp. 97-128.

¹⁴⁰ Se debilita el papel sindical y político del proletariado minero producto del neoliberalismo, que los fragmenta y los lleva a posiciones maximalistas. Pierden, además, su influencia sobre el conjunto de las clases sociales explotadas y oprimidas, terminando, en muchos casos, en posiciones gremialistas y salarialistas. Véase Moldiz, H. “Bolivia: crisis estatal y proceso de transformación...”, *Op. Cit.*

irrupción del neoliberalismo, alienta a las resistencias sociales a buscar estrategias distintas a las tradiciones de izquierda. Es que, como consecuencia de la conversión neoliberal de las viejas fuerzas políticas nacionalistas y socialdemócratas, los movimientos sociales quedan aisladamente encarando los ajustes monetaristas¹⁴¹.

En el caso boliviano, sin embargo, las fuerzas campesino-indígenas no sólo logran evitar la embestida neoliberal, sino que, a la larga, se fortalecen en los sucesivos enfrentamientos con el Estado, sobre todo a partir de las revueltas en la provincia cochabambina del Chapare¹⁴². En 1995, y como resultado de un largo proceso de acumulación forjado en las luchas rurales y el enfrentamiento a las reformas neoliberales en las décadas anteriores, las fuerzas campesino-indígenas se constituyen políticamente en la Asamblea para la Soberanía de los Pueblos (ASP). Estas comienzan las primeras disputas electorales que decantan en triunfos en los municipios de Cochabamba¹⁴³, y luego, en 1997, consiguen cuatro diputaciones a nivel nacional, entre ellas la del propio Morales. En 1999, se constituyen como el Movimiento al Socialismo-Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (MAS-ISPS).

Durante la administración Banzer-Quiroga (1997-2002)¹⁴⁴ se intenta recuperar el tranco de las reformas monetaristas, minado por la “crisis asiática” y por la escasa legitimidad interna. El año 2000 se elevan los impuestos y en Cochabamba se intenta privatizar el agua potable para entregarla a una multinacional. Las fuerzas populares le declaran al Gobierno la “Guerra del Agua”, que concluye con la expulsión de una empresa transnacional que administraba el servicio. Le siguieron las movilizaciones rurales que interrumpieron las carreteras en La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, para protestar contra la erradicación

¹⁴¹ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

¹⁴² Región en que crece como líder sindical Evo Morales. Véase Do Alto, H. “Un partido campesino en el poder. Una mirada sociológica del MAS boliviano”. *Nueva Sociedad*, (234), 2011, julio-agosto, pp. 95-111.

¹⁴³ Las organizaciones sindicales agrarias se benefician de las reformas políticas de los años noventa. En el marco de la descentralización administrativa que emprendió el gobierno de Sánchez de Lozada, los sindicatos rurales comienzan a renegociar su relación con el mundo político, pues la Ley de Participación Popular de 1994 les permite elegir, por primera vez, a sus autoridades en el nivel municipal.

¹⁴⁴ Banzer debe dimitir por motivos de salud en 2001, quedando en su lugar el vicepresidente Jorge Quiroga.

forzosa de coca y el intento de instalar una base militar estadounidense. El gobierno de Quiroga enfrentó esta crisis a través de un aumento de los impuestos, particularmente a los hidrocarburos, lo que inició protestas de transportistas y pequeños campesinos que comerciaban sus productos en las principales ciudades¹⁴⁵.

En 2002, el MAS se presenta por primera vez a las elecciones para la Presidencia de la República, ubicándose en segundo lugar con la dupla Morales y Peredo (20,9%), detrás de una coalición de derecha (liderada por el renovado MNR) que volvió a colocar como Presidente a Sánchez de Lozada, junto a Carlos Mesa en la Vicepresidencia (22,5%). Pese a lo estrecho de los resultados, el proyecto masista sólo era fuerte en la Bolivia occidental y, particularmente, en las zonas rurales (lo que únicamente le permitía tener presencia en el Parlamento y en los gobiernos locales). No obstante, para llegar al Palacio Quemado, el MAS tenía que ampliar sus bases sociales en las ciudades o bien establecer alianzas con sus fracciones más constituidas.

Pese a que neoliberales y nacionalistas renovados contienen el ascenso electoral del MAS, el Estado boliviano entró en su crisis más álgida a inicios del siglo XXI. En el segundo gobierno de Sánchez de Lozada (2002-2003) se consolida una fuerte oposición de fuerzas subalternas (urbanas, campesinas e indígenas), en la que participa activamente el MAS. Sin embargo, el Gobierno continuó con sus planes de privatización e internacionalización de la economía e intentó exportar gas natural a los Estados Unidos vía un puerto chileno. Tal expropiación de un recurso protegido para abastecer al mercado interno desata una inédita convergencia campesino-indígena, obrera, vecinal y de las propias capas medias cuentapropistas, que termina en las revueltas de octubre de 2003 en la ciudad de El Alto. La “alianza plebeya” se impone en la “Guerra del Gas” y obliga al Presidente —de magros anclajes sociales dados los extremos grados de imposición externa a que responde su

¹⁴⁵ Ceceña, A. *La guerra por el agua y por la vida. Cochabamba: una experiencia de construcción comunitaria frente al neoliberalismo y al Banco Mundial*. Coordinadora de Defensa del Agua y de la Vida, 2004.

intentiona neoliberal (incluido el débil empresariado nacional)— a renunciar y a escapar del país, vista su incapacidad para contener la resistencia popular a esta transformación¹⁴⁶.

La formación de esta inédita alianza había puesto en entredicho la hegemonía del Estado en una doble dimensión: primero, agudizaba la incapacidad del modelo neoliberal en su versión más ortodoxa de producir crecimiento y lograr legitimidad social; y, segundo, el agotamiento de un Estado excluyente, racista, antinacional y antipopular que imperó, durante prácticamente toda la historia republicana del país¹⁴⁷. Es decir, como en otras experiencias latinoamericanas, las distintas alianzas dominantes reprodujeron diferentes formas de exclusión social y lograron yuxtaponer diversos modos de producción en un mismo tiempo histórico.

Pese a que el MAS no encabeza directamente las protestas sociales del año 2003, sobre todo en la ciudad, fue capaz de incorporar los elementos centrales de la “Agenda de Octubre”. Ella reclamaba un retorno a una variante de desarrollo más nacional, estatal y popular, que redistribuyera socialmente e incluyera en forma inédita las reivindicaciones de reconocimiento e integración de las distintas etnias originarias. El mandato de la propuesta popular era claro e implicaba, ya con Carlos Mesa como gobernante, la recuperación del control estatal de los hidrocarburos, la convocatoria a una Asamblea Constituyente que permitiera una “refundación” del Estado boliviano y el juicio político a Sánchez de Lozada¹⁴⁸. Al mismo tiempo, se cuestionaba la legitimidad del experimento neoliberal impulsado en ese país producto de las catastróficas consecuencias sociales y económicas que había generado.

¹⁴⁶ Ruiz, C. (2013), *Op. Cit.*

¹⁴⁷ Moldiz, H. “Bolivia: crisis estatal y proceso de transformación...”, *Op. Cit.*

¹⁴⁸ La Agenda de Octubre alinea a los actores del movimiento plurinacional en torno a una estrategia común: apostar por la vía electoral (debilitando la opción de la lucha armada) y colocar el discurso antineoliberal por sobre el anticapitalista, favoreciendo un programa centrado en el rechazo a las políticas de privatización y a la injerencia externa. Además, sienta las bases programáticas del Pacto de Unidad (2004), plataforma política garante del proceso constituyente y del cumplimiento de los objetivos del primer gobierno masista. Véase Cáceres, F. *Las bases de sustentación del Estado plurinacional de Bolivia: El indianismo y la recomposición de lo nacional-popular*. Memoria de Título en Sociología, Universidad de Chile, 2016.

Con todo, en el desembarco del MAS y del sindicalismo campesino-indígena en el gobierno es clave la inclusión de demandas y liderazgos capaces de expresar fuerzas urbanas cuentapropistas históricamente recelosas del mundo rural. En efecto, la emergencia y desarrollo de una capa de intermediarios que regulan las relaciones entre el campo y la ciudad es un aspecto clave para entender la reconfiguración social en Bolivia. Se trata de grupos de comerciantes, y en algunos casos también transportistas, en gran medida de carácter informal, conocidos como la “burguesía chola”¹⁴⁹. Este sector construye su trayectoria laboral comenzando en trabajos no calificados hasta especializarse en el comercio de electrodomésticos, producción de bienes (muebles y textiles) y la prestación de servicios. Asume, en general, una posición semi-campesina, constituido por trabajadores por cuenta propia, basado en redes de cooperación y compadrazgos que emergen al margen de las políticas del Estado, y con una elevada dosis de distinción social y ostentación de estatus¹⁵⁰.

Otro sector que aumenta su peso relativo en la estructura social del país es el nuevo grupo de funcionarios públicos surgido al alero de las reformas de descentralización estatal de comienzos de los noventa. Dichas reformas propician la multiplicación de pequeños núcleos de burocracia municipal cubiertos por grupos subalternos, y con una base clientelar local asociada a proyectos y asignaciones de recursos. A diferencia de la burocracia anterior, de tez blanca o mestiza, este sector se identifica desde una base cultural india o chola¹⁵¹.

Ambos grupos conforman una nueva capa de sectores medios urbanos que, no obstante, transitan un camino distinto al ascenso social tradicional, construyendo un camino donde la discriminación y exclusión de ciertos ámbitos sociales e institucionales los hace buscar formas alternativas de manifestar su propio status. Este sector es la base urbana más importante para el movimiento liderado por el MAS, en tanto representa un grupo que puja

¹⁴⁹ *Ibid.*

¹⁵⁰ Stefanoni, P. *Qué hacer con los indios...*, *Op. Cit.*

¹⁵¹ Cáceres, F., *Op. Cit.*

por resarcirse de las dinámicas de exclusión que limitan su movilidad social, buscando transformar estructuras que tradicionalmente habían garantizado el acceso sólo a un tipo de economía y a un grupo restringido de la población. En consecuencia, su inclusión en la “alianza plebeya” implica que el MAS no sólo exprese las demandas de reconocimiento e integración de los pueblos originarios excluidos, de una reforma agraria efectiva y el respeto a la propiedad comunitaria, sino que también deba impulsar un intenso programa de nacionalización, estatización y fomento a la producción nacional, así como también un discurso antiimperialista, prácticas de democratización y un relato socialista que exprese también a la izquierda de las principales ciudades del país¹⁵².

En ese sentido, en el año 2005, la dupla Morales-García Linera alcanza el 54,3% de los votos a nivel nacional, así como una amplia mayoría parlamentaria integrada, por un lado, por campesinos e indígenas y, por otra, por intelectuales y exmilitantes de la izquierda boliviana, “invitados” por el propio Morales con el propósito de afianzar la credibilidad del MAS ante el electorado urbano y los grupos medios independientes¹⁵³.

En definitiva, las bases de sustentación social del MAS no pueden asimilarse a los sectores más bajos de la sociedad boliviana, pues los movimientos cooperativos, pequeños y medianos propietarios y comunidades representan, en general, a unidades sociales intermedias, que no corresponden ni al clásico sindicalismo de la COB (aun cuando en ocasiones revistan la forma sindicato, como en el caso de los coccaleros) ni a una condición de masa inorgánica tan apreciable en las reacciones antineoliberales en otras experiencias regionales. Siendo mucho más articulados, su proyección política se torna desbordante cuando alcanza a cristalizar una alianza en el MAS con los sectores medios urbanos y, de allí, se hace gobierno tras la figura de Evo Morales, impulsando también tanto un freno como un empeño de reversión de muchas de las transformaciones neoliberales que antes, lograron avanzar¹⁵⁴. Ello deviene, por cierto, base social de sustentación más sólida que en

¹⁵² Boccardo, G. “Bolivia y el Movimiento al Socialismo: ¿crisis de la alianza plebeya?”. *Cuadernos de Coyuntura*, (12), 2016, pp. 45-54.

¹⁵³ Do Alto, H., *Op. Cit.*

¹⁵⁴ Ruiz, C. (2013), *Op. Cit.*

otras experiencias similares¹⁵⁵. Pero al mismo tiempo, debido a ese carácter social intermedio, en una sociedad con una base popular distintivamente extensa, le toca enfrentar un reticente reclamo popular que luego escala a desafíos abiertos y al riesgo de manipulación por minorías que se oponen al carácter nacional-popular que, explícitamente, demandan sus líderes para una transformación más moderada que lo que sugieren los ideologismos en que se suele encapsular a esta experiencia¹⁵⁶.

2.2. Los intelectuales en la Bolivia reciente y el debate estratégico del Movimiento al Socialismo

Los intelectuales históricamente han sido un actor fundamental en el contexto boliviano, rebasando su carácter de productores de ideas. Ello porque, constituyéndose la actividad intelectual en privativa de los grupos acomodados, en una sociedad marcada por la pobreza y desigualdad social, su influencia sobre la esfera del poder se ha tornado un hecho recurrente¹⁵⁷. Hundiendo sus raíces en la época colonial, que tuvo a los “Doctores de Charcas” como principales impulsores de la constitución de la República según la historia oficial, su doble tarea de moralización y construcción política se extiende en el siglo XIX

¹⁵⁵ Por ejemplo, el caso venezolano, donde las bases de sustentación de Chávez se encuentran en un mundo popular de reciente ascenso a la vida política, signado por la pobreza y una inorgánica condición de masa en las condiciones definidas por el sistema político basado en el “Acuerdo de Punto Fijo” de 1958, que mantenía al viejo movimiento sindical apegado clientelariamente a los controles políticos de la renta petrolera. Véase Boccardo, G. y Caviedes, S. “La Venezuela bolivariana: crisis de una experiencia cardinal para la izquierda latinoamericana”. *Cuadernos de Coyuntura*, (18), 2017, pp. 33-40.

¹⁵⁶ A modo de ejemplo, la nacionalización de los recursos naturales que lleva adelante el gobierno de Evo Morales se afirma en un discurso político radical y, a la vez, en una puesta en marcha económicamente racional. Tanto así que las empresas transnacionales quedan con utilidades netas relevantes, y sólo una empresa transnacional se retira del país después de la nacionalización, lo que significó pasar de US\$300 millones a US\$2.000 millones para el Estado boliviano. Dicho ingreso permite llevar adelante el programa para superar la crisis en medio de la cual asume su mandato. Véase Gibert, J. “El rol de los intelectuales y el proceso de cambio político boliviano, 2000-2009”. En Leyton, J.C. (ed.). *Bolivia hoy: ¿una democracia poscolonial o anticolonial?* Santiago: CLACSO – Ediciones Escaparate, 2017, pp. 193-237.

¹⁵⁷ Romero, S. *El nacimiento del intelectual en Bolivia*. La Paz: Caraspas, 2009.

como un debate entre liberales y conservadores en el que se aborda el devenir histórico del país con sensibilidad disímil respecto al problema del mestizo y del indio¹⁵⁸.

Los traumas bélicos de la etapa republicana, la Guerra del Pacífico (1879-1883) y la del Chaco (1932-1935), son, sin embargo, los sucesos que marcan el derrotero seguido por el campo de ideas boliviano en el siglo XX, entronizando su principal dilema estructurante: la formación de un Estado nacional. En torno a dicho dilema se alienta una vorágine de producción intelectual que, en sucesivas oleadas, da lugar a su producto ideológico más importante: el nacionalismo revolucionario¹⁵⁹. Este último identifica a la “rosca minero-feudal” enquistada en el Estado como causante de los grandes males que azotan a la nación, derivándose con ello la necesidad de extirpar la oligarquía conformada por los grandes empresarios mineros y su séquito de secuaces políticos que han controlado el poder¹⁶⁰.

Alcanzando esta denuncia su realización en la forma partido previa a la Revolución de 1952, el ascenso del MNR supuso el advenimiento al poder de los desheredados de la oligarquía, por lo que su presencia en el Estado genera nuevas contradicciones y profundiza otras, particularmente las referidas a la situación del indio¹⁶¹. Tal complejidad se refleja en la aparición, en los márgenes del escenario político oficial, del indianismo, pensamiento producido por Fausto Reinaga, quien, a partir de la denuncia de la coexistencia de “dos Bolivias”, una europea y otra india, cuestiona el armazón ideológico del proceder de las clases dominantes. Identificándola como la artífice de una nueva forma de colonización, en cuyas manos se busca la desaparición del indio, reactualiza así el problema del indio como uno de autodeterminación nacional de los pueblos originarios¹⁶². Pero el indianismo fue contrariado por el indigenismo, una ideología más cercana a las clases dominantes y cuyos intelectuales indígenas, contrarios a la tesis de la revolución india, llevaron adelante un trabajo particularmente importante en el seno del sindicalismo campesino.

¹⁵⁸ *Ibid.*

¹⁵⁹ Ichuta, C. “La revolución de los intelectuales en Bolivia”. Ponencia Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).

¹⁶⁰ Romero, S. *Op Cit.*

¹⁶¹ Ichuta, C. *Op. Cit.*

¹⁶² Reinaga, F. *Tesis india*. Cuarta edición. La Paz: Mirada salvaje, 2010 [1970].

El nacionalismo revolucionario catapultó a sus intelectuales hasta las esferas estatales, ocurriendo así, en la medida que esta intelectualidad, independientemente de su origen o de su carácter de clase, continuaba mostrando sus tendencias oligárquicas y aristocráticas, una especie de mantenimiento en la periferia de la política del indianismo y del indigenismo. Posteriormente, en la época de la dictadura militar fueron propagándose los ideales democráticos, aunque ello no supuso el debilitamiento de las ideas que fueron desarrollándose en la periferia del escenario político boliviano¹⁶³.

En los años de la dictadura militar, y siguiendo el mismo patrón intelectual que en otros contextos regionales azotados por el autoritarismo, se propaga un particular interés por los ideales de la democracia, aunque esta vez en condiciones de exclusión del poder estatal y sin que ello afecte el fortalecimiento de las ideas indianistas que se avanzaban en la periferia del campo político. Los espacios de producción y reproducción idóneos para la intelectualidad, buena parte de la cual experimentaba la persecución política, fueron los refugios ofrecidos por los organismos internacionales, ONG's, fundaciones y espacios universitarios¹⁶⁴.

En los años ochenta, la transición a la democracia y el desembarco de las políticas neoliberales no cambian tal situación de lejanía de la gestión política. Sin embargo, pasa a predominar entre la intelectualidad boliviana una tendencia a criticar las políticas de los gobiernos del “Régimen de la Democracia Pactada”¹⁶⁵, pero sin cuestionar a sus élites ni a la estructura del Estado que lo soporta, pues el período neoliberal los requiere a menudo como sus asesores. Así pues, en la década siguiente, dicho panorama se desarrolla al alero de los temas de la democratización política y la descentralización, así como de investigaciones orientadas al estudio del campesinado como clase política y de la transformación política del Estado y del mundo urbano, que parecen sobrepasar al sistema de partidos.

¹⁶³ Ichuta, C. *Op. Cit.*

¹⁶⁴ Gibert, J. *Op. Cit.*

¹⁶⁵ Calderón, F. y Gamarra, E. *Crisis y reforma de los partidos en Bolivia*. La Paz: PNUD, 2005.

A fines de siglo, los costos sociales derivados del giro neoliberal profundizan las condiciones de marginación de sectores históricamente excluidos como los indígenas y las franjas urbanas desplazadas del proyecto de desarrollo nacional. Un deterioro que, como corolario, supone también la crisis de la propia intelectualidad dominante en la etapa anterior a la crisis política que se desata entre los años 2000 y 2005. Frente a dicha decadencia, los viejos intelectuales de la izquierda boliviana —anarquista, trotskista y comunista, y que históricamente se situó en conflicto político con los sectores indigenistas debido principalmente a que el discurso clasista de los primeros no tomaba en cuenta la identidad india¹⁶⁶— se muestran incapaces de reaccionar, mientras las tecnocracias neoliberales apenas logran teorizar en favor de una mayor regulación estatal para sortear la crisis. A punto de desatarse esta última, este vacío ideológico va siendo llenado, paulatinamente, por nuevos grupos político-intelectuales que exhiben, empero, una actitud más crítica hacia el carácter del Estado, el régimen dominante y la clase política ligada a los grupos excluyentes¹⁶⁷.

Entre esta nueva intelectualidad sobresale el Grupo Comuna, que, desde 1999, aglutina conjuntos de intelectuales que vienen de la universidad, de los centros de poblado de la provincia mayor de San Andrés, y que une también a intelectuales no ligados a los centros del pensamiento académico formal. Conformado por figuras como Álvaro García Linera, la mexicana Raquel Gutiérrez, Luis Tapia y Raúl Prada¹⁶⁸, dicho grupo juega un papel fundamental en los hechos políticos de comienzos del siglo XXI, ya que, reflexionando sobre la crisis, considera el momento como adecuado para el cambio, convencido de la viabilidad y probabilidad de éxito político de los movimientos sociales que se despliegan.

En su dimensión ideológica, sin embargo, y contra los ideologismos generalmente difundidos, esta apuesta de cambio aboga menos por una revolución que por una crítica al

¹⁶⁶ Cáceres, F. *Op. Cit.*

¹⁶⁷ Ichuta, C. *Op. Cit.*

¹⁶⁸ Pese a la debilidad de las universidades en los años noventa, varios intelectuales ligados al proceso político reciente en Bolivia han sido o son parte de la carrera de Sociología de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA). Véase Gibert, J. *Op. Cit.*

orden económico, social y cultural impuesto por una minoría de origen europeo y blanca reproducida a lo largo de la historia boliviana. Del mismo modo, en su dimensión social y política, dicha apuesta reconoce sus posibilidades de realización en la proyección de unos movimientos sociales caracterizados, a diferencia de antaño, por su tendencia a articular las tradiciones sindicales y campesino-indígenas. Pero, sobre todo, al interior de estos grupos, en la fuerza que demuestra el movimiento cocalero cochabambino, que, a la postre, impone su sello indianista al instrumento político que emerge como convergencia de estos movimientos, en medio del deterioro social y político ya anotado: el Movimiento al Socialismo (MAS).

En particular, no es posible entender el proyecto intelectual del MAS y sus definiciones estratégicas si es que no se toma nota de los cursos de cambio político e ideológico que se viven en la Bolivia de los años noventa, en paralelo al fortalecimiento de los cocaleros sobre otros grupos organizados. En efecto, el primero dice relación con el hecho de que la fuerza de este movimiento se basa en la creciente pérdida de importancia de otros movimientos sociales, como el minero y sindical, golpeados por las políticas de ajuste, así como también con que las zonas del Chapare recogen olas de migrantes que son atraídas por el aumento de la producción y la importancia del cultivo de coca en la economía nacional. Esta es una migración con un importante componente político, en tanto se trata, en buena medida, de trabajadores sindicalizados con formación política trotskista o katarista, un discurso ideológico y experiencia de lucha. Ello determina que la base social cocalera se ligue fuertemente a la izquierda nacional (o al sector de izquierda del MNR).

Por otro lado, y en vista de la disgregación en que se encuentran los militantes de la izquierda boliviana tras la derrota del bloque popular representado por la Unión Democrática y Popular en 1985 y el desmantelamiento del Estado de 1952¹⁶⁹, la gravitación

¹⁶⁹ Los sectores de la izquierda tradicional se baten, después de 1985, entre una lógica de consenso y alianza con el sector hegemónico que transitó hacia el neoliberalismo (aferrado al discurso del multiculturalismo) o una de disidencia que, no obstante, origina partidos sin representación en el sistema político formal. Ahora bien, la deslegitimación del modelo neoliberal y de los gobiernos que lo sustentan inhabilita políticamente a los partidos y dirigentes de la izquierda tradicional que habían pactado con el ala derecha del MNR y apoyado

del movimiento cocalero como actor de alcance nacional se construye sobre el rechazo al discurso más radical de algunas comunidades indígena-campesinas del altiplano, que alientan la autodeterminación indígena a partir de un nacionalismo aymara que defiende la lucha armada como forma de contribuir a la insurrección comunitaria. Por el contrario, los cocaleros, desde el giro neoliberal de los ochenta, resultan los principales referentes de la movilización y el conflicto social, con un discurso eminentemente antiimperialista y antineoliberalismo, pero alejado de la estrategia guerrillera. En tal circunstancia, dicha posición se fortalece en los años noventa, en virtud de la opción adoptada por varios ex guerrilleros respecto a cambiar su modo de intervención y comenzar a formar parte de organizaciones y sindicatos indígena-campesinos, o inclusive generar reflexión y debate desde los centros de estudios ligados a ellos. La apuesta por el crecimiento y la disputa por el poder tienden en estos años a concentrarse en las movilizaciones y el camino electoral¹⁷⁰.

En ese marco, aglutinamientos como el Grupo Comuna se inscriben entre los sectores de la izquierda que, desde los noventa, se articulan en torno a roles más académicos e intelectuales, asesorando a organizaciones campesinas y generando una revisión de las estrategias políticas del sector en un esfuerzo por lograr un acercamiento teórico con el indianismo¹⁷¹. Esta convergencia entre la izquierda y las organizaciones indígena-campesinas y cocaleras genera un avance electoral particular, en la medida que, mientras la izquierda se hace fuerte en los sectores rurales del trópico por medio de los cocaleros, éstos últimos logran acercarse a las ciudades y disputar el voto de las capas medias. En paralelo, se produce una búsqueda entre los sindicatos indígena-campesinos del oriente y del altiplano por vías de convergencia hacia formas de representación propias ante la crisis de representatividad del sistema político. Surge, así, la estrategia de la autorrepresentación para evitar la mediación y la cooptación política que históricamente habían debido enfrentar las organizaciones ligadas al campo¹⁷².

la reestructuración neoliberal (como el MIR). Esto también ocurre con los kataristas que ingresan al gobierno del MNR en 1993. Véase Cáceres, F. *Op. Cit.*

¹⁷⁰ La proyección cocalera se erigió sobre el argumento de que la hoja de coca es una planta sagrada de las poblaciones de origen quechua y aymara del altiplano, siendo su cultivo y consumo un bien patrimonial.

¹⁷¹ Ichuta, C. *Op. Cit.*

¹⁷² Cáceres, F. *Op. Cit.*

En fin, es en torno a tales consideraciones que se proyecta la figura de García Linera, como parte de un Grupo Comuna que apuesta por las ideas de autorrepresentación y autogobierno relacionadas con un pretendido “marxismo autónomo” que rechaza el vanguardismo y el burocratismo partidista, promoviendo la autonomía organizacional de los movimientos sociales, la acción directa y el rechazo a la intermediación estatal¹⁷³. De pasado guerrillero y de indianista radical, así como sin adscripción a ningún partido de izquierda tradicional¹⁷⁴, García Linera, entonces, encarna la evolución política e ideológica que pone al centro de los movimientos de resistencia al neoliberalismo a los cocaleros y al MAS como principal instrumento de la oposición política¹⁷⁵.

Proyectándose desde su posición de figura en los medios de comunicación, en un rol de analista político respaldado en sus credenciales de profesor de la UMSA y asesor de organizaciones indígena-campesinas, García Linera asume una especie de rol “bisagra”, como “traductor” de las propuestas políticas del mundo indígena hacia los sectores mesocráticos¹⁷⁶. Esto, que será fundamental para que en el año 2005 Evo Morales lo convoque para acompañarlo en el binomio presidencial por considerarlo un puente entre los campesinos e indígenas y las clases medias urbanas reacias a votar por un campesino iletrado, supone el arribo, a la alianza social masista, tanto de los sectores mesocráticos más ilustrados como de aquellos de más reciente formación, ligados al empleo informal y cuentapropista, que actúan como intermediarios entre el campo y la ciudad tras las transformaciones neoliberales. En particular, la ya anotada fracción mesocrática excluida de los mecanismos de ascenso social por su condición étnico-lingüística, ligada al colonialismo interno imperante en el país.

¹⁷³ *Ibid.*

¹⁷⁴ Biografía, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, S/F, S/P.

¹⁷⁵ Su integración, empero, es tardía: en 1995, cuando se crea el MAS-IPSP, García Linera está encarcelado por participar en la organización armada Ejército Guerrillero Tupak Katari (EGTK), que fundara en 1984.

¹⁷⁶ *Ibid.*

Ahora bien, el tránsito del MAS de instrumento político de marcada identidad indígena a alianza social más amplia que integra también sectores mestizos y urbanos, no debe entenderse como mera agregación circunstancial con fines electorales. En realidad, subyace a esta decisión estratégica un efecto ideológico determinante para los fines del ciclo político iniciado por Morales en el 2006: la “cuestión nacional” queda al centro de su programa.

En efecto, un asunto clave en el debate interno del MAS desde sus comienzos en el poder fue la construcción de un sector de clase media pujante, en tanto portador de un proyecto de cultura nacional¹⁷⁷. La llegada del neoliberalismo no resolvió la histórica incompletitud de este elemento en la historia boliviana¹⁷⁸, limitada a sectores específicos de la sociedad en diferentes etapas, e incluso es probable que, en buena medida, su instalación y posterior crisis pudieran explicarse en parte por ello¹⁷⁹. El neoliberalismo nunca terminó de cuajar un proyecto de Estado y menos de nación, no sólo porque no lo consideró prioritario, sino porque, de hecho, era incapaz de hacerlo, debido a las premisas monetaristas y de la apertura externa. Es por ello por lo que la interculturalidad y su expresión en términos del dilema entre cultura occidental y cultura originaria indígena es una de las claves del ciclo de Morales. Del mismo modo lo es la disputa entre centralismo y regionalismo.

En ese sentido, la importancia de García Linera para esta experiencia de gobierno radica en incorporar una concepción estratégica referida a la preferencia por ampliar antes que sustituir el bloque histórico en el poder, haciendo posible la inclusión de actores sociales que excedan no solamente a las organizaciones indígena-campesinas, sino también a las capas medias urbanas. Concretamente, en la posibilidad de extender tal articulación nacional y popular inclusive hasta sectores del empresariado boliviano que, en línea con las nacionalizaciones y moderados cambios económicos que impulsa el Gobierno, adopte una estrategia de crecimiento “nacional”.

¹⁷⁷ Moldiz, H. “Bolivia: crisis estatal y proceso de transformación...”, *Op. Cit.*

¹⁷⁸ Zavaleta, R. “Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971) ...”, *Op. Cit.*

¹⁷⁹ Moldiz, H. “Bolivia: crisis estatal y proceso de transformación...”, *Op. Cit.*

En definitiva, consecuencia de una específica evolución política e ideológica que se acelera en los años noventa, en Bolivia la *intelligentsia* emergente, que tiene a uno de sus principales exponentes en la figura de Álvaro García Linera, juega un rol central en el proceso político de cambios que se impulsa desde el año 2006, aunque por una lectura de la realidad sobre ideas que no son necesariamente radicales, pero que sí generan cambios significativos respecto al ciclo neoliberal anterior y, más aún, en los imaginarios referidos a este país.

2.3.Nación, Estado y comunidad: el vicepresidente Álvaro García Linera

La concepción estratégica que García Linera incorpora al proceso político encabezado por Evo Morales y el MAS se delinea en sus análisis sobre la formación social boliviana y los desafíos que la alianza social masista encuentra en su camino a transformar el Estado. Así, al menos desde el año 2000, la crisis de los sujetos sociales y políticos que dominan el siglo XX boliviano y los rasgos del proyecto alternativo de Estado y nación son visibles en su obra académica y política. Una que articula el indianismo y una particular perspectiva marxista que, además de relevar el rol indígena, se orienta fuertemente hacia la cuestión nacional, siguiendo intereses adquiridos en sus años de formación en México y de colaboración en Bolivia con el campesinado aymara.

La síntesis presentada periodiza su obra privilegiando un diálogo con los dilemas que enfrenta su intervención en el campo político antes que su trayectoria personal, por más que ambas se imbriquen. De este modo, y sin dejar de hacer referencia a su obra temprana de los años ochenta y noventa, el análisis se enfoca en el período que abarca desde la crisis política boliviana de comienzos del siglo XXI y hasta la actualidad, es decir, en su momento de mayor cercanía con el poder efectivo en tanto ideólogo. Por ello, diferente a otras periodizaciones¹⁸⁰, no es un criterio predominante el que sus contextos de producción

¹⁸⁰ Véanse las de Stefanoni, P. “Álvaro García Linera: pensando Bolivia entre dos siglos”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015, pp. 9-26; y Torres, T. *Comunidad y Estado en Álvaro García Linera. Un análisis a través de sus lugares de enunciación (1988-2017)*. Santiago: Ariadna Ediciones, 2018.

intelectual varíen en estos años, siendo primero la universidad y luego el Estado en su calidad de Vicepresidente de la República. Esto, pues los principales conceptos de su obra no varían de modo significativo, aun cuando sí lo hagan los énfasis con que se los aborda¹⁸¹.

2.3.1. La muerte del siglo XX boliviano y el surgimiento de un nuevo sujeto¹⁸²

A inicios de los años 2000, y desde su posición como docente de la carrera de Sociología en la UMSA y miembro del Grupo Comuna, García Linera polemiza con el campo intelectual boliviano y desarrolla investigaciones centradas en “la condición obrera” y en desentrañar la nueva morfología de la formación social boliviana, una vez que el neoliberalismo deviene hegemónico. En torno a ellas bosqueja el paso de lo viejo a lo nuevo en la sociedad, ligando la “muerte de la condición obrera” del siglo XX, típicamente ligada a la industria minera nacional en el caso boliviano, con el ascenso de movimientos sociales de nuevo cuño que, contra la privatización de los recursos comunes, portan las bases sociales, políticas e ideológicas de un proyecto de desarrollo nacional distinto al heredado de la Revolución de 1952, cuya derrota se concretara definitivamente con el giro neoliberal de los años ochenta.

Para García Linera, el intento de construcción nacional boliviana durante la mayor parte del siglo XX es, ideológicamente, producto del nacionalismo revolucionario y, socialmente, del

¹⁸¹ Torres, T. *Op. Cit.*

¹⁸² Gran parte de los textos de Álvaro García Linera que se citan en este apartado son parte de la colección, editada por CLACSO y Siglo XXI Editores, *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Para no caer en confusiones de ningún tipo, hemos optado por realizar las citas tanto con la fecha de dicha compilación (2015) como con la fecha original de publicación de los artículos o partes de libros referidos. Dichas fechas se encuentran entre paréntesis cuadrados. Aun así, la numeración de las páginas corresponde a la antología mencionada. Cabe consignar que para las obras en que García Linera es el único autor, se omite su nombre al comienzo.

actuar del movimiento obrero de la minería del estaño¹⁸³. Este proletariado, perteneciente al sector más dinámico de la economía, se reconoce, como ningún otro sujeto político, en la forma estatal surgida de 1952, pues en ella produce su unidad e identidad como clase, su épica y sus canales de ascenso social y bienestar. Dichas conquistas tienen el sello de la certidumbre vital que proveen la institucionalización del ascenso laboral vía antigüedad y el contrato indefinido, edificados sobre la base de una autoconfianza productiva y técnica sobre el trabajo propio que sustenta la poderosa subjetividad que moviliza a los mineros bolivianos como principal grupo de interés en torno al Estado revolucionario¹⁸⁴.

Desde los años ochenta, sin embargo, el giro neoliberal desestructura esta fuerza. Los ajustes económicos, que suponen el abandono productivo de los centros mineros y el cierre de sus operaciones (especialmente la empresa estatal Corporación Minera de Bolivia), para dar paso a la apertura comercial, la internacionalización del capital y la privatización de las empresas estatales, producen una brecha en la identidad obrera minera. Ella es reforzada, políticamente, con la estigmatización de su acción, acusada de antidemocrática y corporativa por los sectores que promueven tales cambios¹⁸⁵.

Con todo, y más allá de este marco general, lo enfatizado en los análisis de comienzos de siglo por parte de García Linera es cómo tal transformación implica el ocaso de una fuente de modernidad y de nación en la Bolivia reciente. En particular, liga tal disolución a la crisis de la *forma sindicato*, fundamental para la acción colectiva del obrero minero. En efecto, la mediación de los sindicatos habría solventado, a lo menos en parte, y aunque de forma clientelar, necesidades de bienestar social y de reconocimiento nacional no

¹⁸³ Sigue, así, el marco de referencia establecido por René Zavaleta, principal intelectual de la tradición del marxismo heterodoxo en Bolivia. Véase Zavaleta, R. *Lo nacional popular en Bolivia*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2003.

¹⁸⁴ “Los ciclos históricos de la formación de la condición obrera minera en Bolivia (1825-1999)”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2000], pp. 151-162.

¹⁸⁵ “La muerte de la condición obrera del siglo XX”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2000], pp. 162-192.

satisfechas por un Estado postrevolucionario incompleto, tal como históricamente ocurre en la historia republicana del país. De tal suerte, la crisis del sindicato provocada por las transformaciones neoliberales, según García Linera, es también la de una forma de nación y de acceso a la modernidad edificada en el siglo XX, esto es, de una forma de ciudadanía política y social producida desde el Estado:

“El excedente minero había creado la Corporación Boliviana de Fomento y sus más de treinta empresas productivas; eran las divisas mineras gestionadas por el Estado las que permitieron la comunicación expedita al oriente, las que lograron la universalización de la educación estatal gratuita, las que expandieron el comercio interno, las que aseguraban los salarios de los burócratas, de los maestros, oficiales y oficinistas. Era la minería la que permitía creer al migrante en la posibilidad de un ascenso social programable a largo plazo, articulando un imaginario colectivo de unidad social verificable y deseable. Igualmente, eran los mineros, apoyados en fabriles, los que habían apostado infatigablemente por la democracia como opción de intervención en los asuntos comunes, eran los fundadores de un sentido real de ciudadanía sumamente democratizadora a través de la figura del sindicato que se expandió hasta el último rincón de la geografía estatal. En fin, si algo existía de nación y de Estado en Bolivia, era por los mineros de las grandes empresas nacionalizadas, por su trabajo y sus deseos”¹⁸⁶

El fin del ciclo del estaño en la minería boliviana, por ello, no es sólo el fin de la minería estatal sino también de un tipo de mediación entre Estado y sociedad. Y ello es así porque, a diferencia de antaño, en el siglo XXI la certidumbre vital del obrero ha entrado en crisis a raíz de la polivancia y desjerarquización de actividad, impidiéndole completar el traspaso de conocimientos acumulados que le daban estabilidad como sujeto social y político. En ese sentido, cuando, llegados los años 2000, García Linera constata la declinación del peso específico del que gozara la Central Obrera Boliviana en la política nacional del siglo XX, sostiene que ello significa que “asistimos (sic) a la disolución de la única y duradera estructura de unificación nacional con efecto estatal que produjeron las clases trabajadoras”¹⁸⁷.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 166

¹⁸⁷ “Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política en Bolivia”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2001], p. 294

Sin embargo, aduciendo la perspectiva marxista de su análisis, García Linera reconoce en esta misma crisis del pasado las bases del surgimiento futuro de un nuevo sujeto social y político. Uno más heterogéneo en términos sociales y culturales que el movimiento obrero minero, y, sobre todo, más autónomo que aquél. Y es que, respecto a esto último, pese a retratar su importancia en el proceso de construcción nacional del siglo XX, critica la escasa autonomía de clase de sus organizaciones, señalando que ella sólo le habría permitido constituirse en un movimiento reivindicativo, mas no estratégico. Su lucha, así, se abría orientado permanentemente hacia la búsqueda de su integración al Estado, comportándose antes como “querellante”, en la lucha por el excedente, que como soberano¹⁸⁸.

Este sujeto, que reconoce entre los movimientos sociales que encabezan la resistencia contra el neoliberalismo y que, en términos políticos, ya a esa altura ha fungido en la emergencia del MAS, se presenta en la forma de una *multitud* distinta a la tradicional forma sindicato. En efecto, si esta última estaba signada por la estabilidad laboral y la acumulación histórica de experiencias de clase, la forma multitud está anclada a la flexibilidad laboral y, ante todo, a la articulación de varias clases, identidades y demandas, respondiendo a una conducción política no definida en una clase o grupo. A dicha organicidad social García Linera le atribuye una apetencia no sólo vinculada a la construcción de un nuevo Estado, sino que cualidades referidas a un tipo de conducción diferente de éste, ahora de orden más soberano¹⁸⁹.

Ahora bien, tal proposición deriva de una tesis más general sobre la “desproletarización” y “reproletarización” del país, por efecto de la imposición del modelo neoliberal, que desarrolla el Grupo Comuna al que se vincula García Linera. En efecto, sobre la base de tal argumento este grupo plantea la ausencia de un sujeto revolucionario en la sociedad boliviana. De ahí que su atención se concentre principalmente en reflexionar acerca de la composición social de los movimientos sociales, que para ellos es plebeya e indígena,

¹⁸⁸ “La muerte de la condición obrera del siglo XX...”. *Op. Cit.*

¹⁸⁹ “Del Estado aparente al Estado integral”. En *Miradas. Nuevo texto constitucional*. La Paz: Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral - Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia – UMSA, 2010, p. 13.

puesto que su lucha se ancla en los saberes colectivos del mundo indígena que se oponen a los valores liberales de la individuación de la sociedad¹⁹⁰. Pero, además, porque se trata de un bloque social conformado por sectores históricamente excluidos que buscan su autorrepresentación, la modificación de las relaciones económicas y la transformación de la coalición social con capacidad de controlar el Estado, así como romper su carácter subordinado.

Por ello, la noción de multitud, en tanto articulación de lo disímil, se liga estrechamente a una comprensión específica sobre lo indígena. Esto último es entendido como una comunidad cultural diferenciada y como proyecto político, es decir, como un nuevo horizonte portador de aspiraciones incluyentes. Al ser de este modo, lo indígena les daría a los movimientos sociales un mayor poder de interpelación hacia el Estado, en tanto supondría la irrupción de una base bloqueada y marginada del proceso de modernización opuesta, además, a los viejos movimientos obreros que portaban el ideario del mestizaje¹⁹¹. En ese sentido, a diferencia de la izquierda tradicional, estos intelectuales no muestran una preocupación por la superación de la desigualdad intrínsecamente ligada a la cuestión del indio en la sociedad boliviana, sino por la desconfianza en los partidos, en tanto abogan por el establecimiento de mecanismos de representación, participación y responsabilidad social¹⁹².

De este modo, y contra las nociones de un indianismo radical, la apuesta de García Linera y esta intelectualidad ataca la cuestión indígena más en sus consecuencias que en sus causas¹⁹³. De allí que apuesten por la tesis de la “descolonización del Estado”. Dicha propuesta sostiene que los saberes indígenas, sus formas organizativas, sus prácticas culturales y su autonomía territorial deben ser reconocidos por el Estado y sus propias

¹⁹⁰ Ichuta, C. *Op. Cit.*

¹⁹¹ García Linera, A., Gutiérrez, R., Prada, R., y Tapia, L. *Pluriverso. Teoría política boliviana*. La Paz: Muela del Diablo, 2001.

¹⁹² Arnson, C., y Perales, J. (eds.). *The “New Left” and Democratic Governance in Latin America*. Washington: Woodrow Wilson International Center for Scholars, 2007.

¹⁹³ Barre, M. *Ideología indigenista y movimientos indios*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1983.

instituciones deben ser ocupadas por indígenas¹⁹⁴. El indigenismo, de este modo, es convertido en un horizonte político amplio con potencial factor rupturista del bloque social dominante, haciendo a estos intelectuales neoindigenistas más receptivos entre los organismos menos afines al indianismo y practicantes del indigenismo de antaño formados en pos de la defensa de los derechos humanos y el asesoramiento jurídico y económico de las poblaciones marginadas¹⁹⁵. Asimismo, en un contexto en el cual los partidos de izquierda ya no son visibles, toda vez que han girado ideológicamente o han sido reducidos a la marginalidad, esos intelectuales, encabezados por García Linera, proyectan al indígena como un sujeto capaz de ocupar el lugar del sujeto revolucionario, en un país socialmente diverso. Siendo lo indígena asociado a la lucha de los movimientos sociales, es en tal movimiento que el indigenismo abraza al antineoliberalismo, al antinorteamericanismo, al nacionalismo y a los problemas de la etnicidad a través de lo cual es proyectada la crítica al colonialismo interno¹⁹⁶.

Asociado a esta visualización de la segregación colonial histórica en la sociedad boliviana, García Linera sitúa en ello la posibilidad de emergencia de una nueva forma de construcción nacional:

“Las naciones son fronteras sociales, territoriales y culturales que existen previamente en las cabezas de los con-nacionales y que tienen la fuerza de objetivarse en estructuras materiales e institucionales. En ese sentido, las naciones son comunidades políticas en las que sus componentes, los que se asumen de la nación, se reconocen por adelantado en una institucionalidad a la que conciben como propia y dentro de la cual integran sus luchas

¹⁹⁴ Pero también está a la base de las críticas que a esta apuesta se le han hecho. Es que, como señala Mamani, no es claro lo que se entiende por descolonización del Gobierno. En efecto, para unos es el hecho simbólico de una retórica del poder en los actos públicos y un despliegue de imágenes indígenas para, sin embargo, no permitir que los indios tomen las decisiones centrales en el Poder Ejecutivo. Para otros, la descolonización es la incorporación de lo indígena en el Estado como una forma de reivindicación de sus derechos sociales o económicos. Por último, para un tercer grupo, ella es la presencia explícita del Presidente indígena Evo Morales. Véase Mamani, P. “¿Descolonización real o falsa descolonización en Bolivia? Corrientes de pensamiento”. *Bolivian Studies Journal*, (21), 2015, pp. 25-38.

¹⁹⁵ Ichuta, C. *Op. Cit.*

¹⁹⁶ Gutiérrez, R. *Los ritmos del Pachakuti: movilización y levantamiento indígena-popular en Bolivia*. Puebla: Sísifo/Bajo Tierra/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2009.

sociales, sus competencias y mentalidades. Precisamente la formulación de estas fronteras simbólicas en el imaginario colectivo, a partir de la visualización y politización de las fronteras reales de la segregación colonial ya existente, pareciera ser la primera de una serie de tareas nacionalitarias del actual movimiento social indígena que, por ello, simultáneamente se presenta como un movimiento de construcción nacional indígena”¹⁹⁷

El Grupo Comuna justifica la lucha de los movimientos sociales de acuerdo al argumento de que ellos llegan a constituir un otro “campo político” que escapa al control del Estado, e incluso es más fuerte que él. De ahí que ese otro campo, de carácter fragmentado, se presente bajo el concepto de *multitud*. En base a tal concepto, interpretan la época como una “situación revolucionaria”, entendida como un período de creciente activación política de sectores sociales otrora apáticos, que desafían abiertamente a la autoridad, reclaman derechos y lanzan peticiones colectivas vía movilizaciones que apelan a hacerse con el control del Estado. Sin embargo, al ser el Estado incapaz de neutralizar tales aspiraciones, se permite la polarización y fragmentación del país en coaliciones o bloques poseedores de propuestas, discursos, liderazgos y programas antagónicos que dan lugar a ciclos de protestas, oleadas de movilizaciones, repliegues, retrocesos y estabilidades efímeras en las que se ve la debilidad de los gobernantes¹⁹⁸.

De tal suerte, a diferencia de una verdadera revolución donde es posible la destrucción del aparato del Estado, para estos intelectuales hay una creciente incorporación de sectores sociales en la deliberación y decisión política mediante sus organizaciones de base sindical, comunal, vecinal o gremial; la situación es revolucionaria, así, porque los movimientos indígena-plebeyos muestran un impulso hacia los cambios graduales por la vía institucional electoral, a la cabeza de la candidatura presidencial de Morales, cuyo primer momento es el año 2002; y por la vía insurreccional de transformación revolucionaria del Estado, a través de la articulación de un bloque social electoral cuyo polo indígena-plebeyo debe consolidar una hegemonía.

En razón de lo anterior, y siendo fundamental la “forma partido” en su consideración, junto a la división de poderes, en la medida que los primeros no logran convertirse en espacios de

¹⁹⁷ “Sindicato, multitud y comunidad...”, *Op. Cit.*, pp. 327-328.

¹⁹⁸ García Linera, A., Prada, R., y Tapia, L. *Memorias de octubre*. La Paz: Muela del Diablo, 2004.

mediación política y de canalización de las demandas sociales, al ser redes familiares y empresariales que habían convertido al Estado en un bien patrimonial, pero también en la medida en que la forma sindicato en su expresión obrera ha entrado en crisis, se justifica el impulso de la sociedad a crear o retomar, al margen de estas otras opciones, otras formas de mediación y representación política, basadas en la deliberación directa, el asambleísmo, el cabildeo y la acción corporativa, haciendo renacer así la forma *comunidad*.

Esta última, que García Linera atribuye a la constitución política de las comunidades de los pueblos originarios, se liga a comienzos del siglo XXI a la mencionada forma multitud en virtud de las relaciones horizontales que muestran los miembros de los movimientos sociales de resistencia al neoliberalismo, sus decisiones asamblearias y vocerías¹⁹⁹. Tal asociación, no obstante, se remonta a los trabajos teóricos más complejos que García Linera concibe en sus años de encarcelamiento en los noventa, cuando, en la búsqueda por vincular marxismo e indianismo, intenta demostrar cómo las lógicas del valor de cambio, es decir, la fetichización de las relaciones sociales, adoptan centralidad en las interacciones humanas, lo que conlleva la reificación de aparatos como el Estado que pasan a ser meras apariencias que ocultan la dominación de clase bajo el discurso del bien común. En ese sentido, desde su teorización, la forma comunidad es pensada como la alternativa que tienen los pueblos bolivianos para hacer frente a las lógicas del capitalismo, expandiendo las cualidades del valor de uso, propias del comunitarismo y en contraposición a la modernización del capital, para expandir la materialidad misma de las relaciones humanas, desfetichizándolas²⁰⁰.

Por lo anterior, en la primera mitad de los años 2000, en sus trabajos académicos y políticos se caracteriza a las formas comunitarias como trabajo vivo (según la acepción marxista), aunque vislumbrando la insubordinación como relacionada con la capacidad disruptiva que adopte en tanto movimiento social. Es decir, considera a los movimientos sociales

¹⁹⁹ “La estructura de los movimientos sociales en Bolivia”. *Observatorio Social de América Latina*, (5), 2001, pp. 185-188.

²⁰⁰ Torres, T. *Op. Cit.*

expresión del trabajo vivo y, por consiguiente, los considera una forma que asume la comunidad en tiempos de neoliberalismo.

En definitiva, en base a sus trabajos sociológicos sobre la condición obrera y la debacle de las formas identitarias y organizativas predominantes en el siglo XX boliviano, García Linera anticipa, si bien no un proyecto político como tal, la centralidad en el escenario político del país de un nuevo sujeto social y político. Del mismo modo, entronca a él la potencialidad de dar vida a un proyecto de construcción nacional distinto, ligado a la articulación de aspiraciones incluyentes, en cuyo centro están las motivaciones indígenas de acceso al control del Estado.

En el marco del campo de las ideas bolivianas, por cierto, tal interpretación funge como parte del relato de justificación sobre el cual franjas intelectuales como el Grupo Comuna optan por sumarse al esfuerzo liderado por el MAS. Un discurso que se construye sobre la base de disputar el sentido histórico y las raíces de los movimientos sociales que lideran la resistencia contra el neoliberalismo en crisis a comienzos de los años 2000.

2.3.2. Crisis estatal, plurinacionalidad y el “evismo” como proyecto

Tal como disputa en su interpretación los rasgos del sujeto antineoliberal en la Bolivia de comienzos del siglo XXI, García Linera propone una reflexión sobre el sentido de la crisis política que azota al país por la misma época. Lo hace, en particular, evaluando la crisis estatal a partir de los conceptos de Estado y comunidad, que ya venía desarrollando en su obra de los años noventa, aunque ahora con énfasis diferentes.

En aquella década, marcada por el fin de su etapa guerrillera y posterior encarcelamiento, este intelectual considera al Estado como negación de la identidad indígena en tanto mera abstracción de la sociedad y, así, representación de una minoría económica y racial específica en Bolivia. La comunidad, por el contrario, y a partir de sus ya mencionados trabajos sobre la forma valor y la forma comunidad, es designada como la potencia que puede subvertir tal situación histórica de exclusión estatal. Ahora bien, a comienzos de los

2000, reformula estos conceptos en relación con la pregunta por cómo institucionalizar la contestación subalterna iniciada con la “Guerra del agua”, de modo que ella perdure y no acabe diluyéndose en una explosión inorgánica de malestar. Su apuesta, así, apunta a abordar el asunto de la afirmación nacional como parte de la constitución política de las comunidades indígena-plebeyas.

En efecto, desde esta época sostiene que la realización de un Estado boliviano en cuanto tal sólo es posible en tanto en él predomine el componente indígena, que es central y mayoritario en la sociedad. Su modalidad, como se señaló más arriba, es la reproducción de las formas comunitarias de producción, pues ellas, desde su formulación, supondrían la negación de la forma valor, oponiéndose dos sociabilidades diferenciadas y antagónicas²⁰¹. A ello, además, vincula la idea de nación. Y es que la afirmación nacional indígena necesariamente debe negar el Estado capitalista boliviano, de bases oligárquicas, que ha dominado en toda la historia republicana del país. No hay Estado sin nación, por tanto, y es la nación la que determina el carácter social del Estado: sólo si se produce una afirmación nacional indígena se puede cambiar esto último²⁰².

Respecto a la situación política, para García Linera la crisis estatal de comienzos del siglo XXI en Bolivia es la crisis coyuntural del Estado neoliberal, pero también la del Estado colonial oligárquico, fraguada en la larga duración de la declinación paulatina de la autoridad general sobre la población boliviana, en términos económicos, políticos y culturales²⁰³. Es, dicho de otro modo, el punto de llegada del deterioro más largo y profundo que experimenta un Estado que no ha logrado completar la tarea de su legitimación y reconocimiento ante la mayoría de la población que integra al territorio

²⁰¹ *Ibid.*

²⁰² “Autonomía indígena y Estado multinacional. Estado plurinacional y multicivilizatorio: una propuesta democrática y pluralista para la extinción de la exclusión de las naciones indias”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2004], p. 231, pie de página 276.

²⁰³ “La lucha por el poder en Bolivia”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2005], pp. 350-373.

boliviano, como consecuencia de un ejercicio de acción estatal parcializado, ligado a una segregación colonial de larga data, y, así, desanclado social y culturalmente de la realidad de la mayoría de los bolivianos que no se reconocen bajo su influencia. Algo que se profundiza en sus aspectos sociales y económicos con las reformas neoliberales, al ahondarse las formas de exclusión social y política²⁰⁴.

Para García Linera, sin embargo, el sentido con el que esta crisis se resuelva es parte de una disputa política. Que tal crisis pueda resolverse con el relanzamiento de las formas de dominación oligárquicas y racistas tradicionalmente operantes o devenga en crisis final del Estado económica y racialmente excluyente depende, a su juicio, de la capacidad de los sectores subalternos de elaborar un proyecto alternativo²⁰⁵. Uno, en particular, que aliente la construcción de un Estado que incluya los intereses e identidades del mundo indígena y popular, de modo de renovar la construcción de una cultura nacional que, con el concurso de las mayorías sociales del país, sea reconocido transversalmente²⁰⁶.

Esto último supone superar el “Estado aparente” predominante en Bolivia que, desde la independencia, sirvió a las clases dominantes para, con una retórica pseudo-modernista, encubrir un Estado patrimonial y encapsulado en la coerción, como modo regular de lograr el acatamiento a las normas, y cuyos rasgos descansan en el centralismo, el monoculturalismo y la exclusión étnica, política y económica, nunca incorporando a la sociedad civil plena y a las regiones, como fuerza constitutiva de su existencia. Es decir, la superación del desencuentro entre la formación social boliviana y la formación estatal constituida desde inicios de la República²⁰⁷. Una República, por lo mismo, fundada en el marco de existencia de distintos órdenes civilizatorios o con varios tipos de sociedad, en las que existen varios modos de producción, varias formas de diferenciación social, estructuras locales de autoridad que le restan validez a la forma estatal y con concepciones diversas del

²⁰⁴ “Crisis del Estado y sublevaciones indígena-plebeyas en Bolivia”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2004], pp. 331-349.

²⁰⁵ “Crisis estatal y muchedumbre”. *Observatorio Social de América Latina*, (10), 2003, pp. 53-59.

²⁰⁶ *Ibid.*

²⁰⁷ “Autonomía indígena y Estado multinacional...”, *Op. Cit.*

mundo, sin que ninguna de ellas haya logrado una condición de predominio. En suma, un marco que “no crea las condiciones para la unidad nacional, sino más bien para la coexistencia desarticulada de toda esa diversidad que sólo aparentemente es unificada y representada por el Estado”²⁰⁸. Un escenario en el que los indígenas, excluidos con criterio señorial por las clases dominantes, que construyen prestigio, poder, riqueza y relacionamiento social a partir del color de piel y del apellido, ven al Estado como enemigo de sus intereses, en tanto se les niega ser parte de la comunidad nacional²⁰⁹. Por el contrario, Estado y nación:

tratan sobre la gestión del bien común, sólo que el primero es un hecho institucionalizado desde arriba que trabaja produciendo la ilusión de una comunidad política hacia abajo (Marx); la nación, en cambio, existe desde el momento en que se imagina una comunidad política desde abajo y se trabaja para crear una institucionalidad que condense hacia arriba esa apetencia política. En las sociedades modernas, cuando sólo funciona la ‘comunidad ilusoria’ (Estado), estamos ante los autoritarismos y los procesos trancos de nacionalización, como los de Bolivia. Cuando la ‘comunidad ilusoria’ resulta la explicitación institucionalizada de la ‘comunidad imaginada’ (la nación), estamos ante los procesos de formación de legitimidad política y nacionalización exitosa”²¹⁰

Así pues, para García Linera un nuevo proyecto nacional de refundación del Estado boliviano debe recoger la coexistencia de varios modos de producción, tiempos históricos, sistemas políticos y comunidades histórico-culturales (quechua, aymara y boliviana). Que no haya ocurrido esto antes, de hecho, a su juicio, explica los déficits de la democracia representativa en el país: el liberalismo no funciona en un país donde predominan las formas organizativas indígenas porque los indígenas no se rigen por la igualdad liberal²¹¹. En vez de eso, el fundamento del nuevo Estado debe jugarse en la conformación de un amplio pacto social que haga convivir la pluralidad de la abigarrada sociedad boliviana. En tal trasfondo se sitúa el concepto de plurinacionalidad, en tanto proyecto de nación y, a la vez, fundamento ideológico de justificación para la realización política de dicho pacto social heterogéneo, cuya especificidad es que éste sea encabezado por liderazgos indígenas

²⁰⁸ Tapia, L. *La producción del conocimiento local: historia y política en la obra de René Zavaleta*. La Paz: Editorial la Muela del Diablo, 2002, p. 196.

²⁰⁹ Moldiz, H. “Bolivia: crisis estatal y proceso de transformación...”. *Op. Cit.*

²¹⁰ “Autonomía indígena y Estado multinacional...”, pp. 224-225.

²¹¹ *Ibid.*

como los que guían la irrupción del MAS en tanto instrumento político de cambio. El concepto de plurinacionalidad, en ese sentido, es una salida para superar la separación entre política e indígenas producido por los años de Estado colonial.

En términos ideológicos, la idea de plurinacionalidad que defiende García Linera y que se va imponiendo en el seno del MAS remite a algo preciso, más allá de sus orígenes diversos. Efectivamente, la emergencia de este concepto, al menos en Bolivia, se remonta a la convergencia entre las nociones de nación indígena de los pueblos de las tierras bajas y altas del país²¹². En el primer caso, referido a los territorios de la zona oriental (la Amazonía, los llanos orientales y el Chaco boliviano), lugar donde está contenida la mayor diversidad cultural del país, se propugna una demanda por democratizar el Estado existente, en tanto reconocimiento de dicha diversidad, pero sin exigir la transformación del Estado bajo el principio de su descolonización.

Por su parte, en el caso de las tierras altas, referidas a los territorios del Occidente boliviano, predominan las nociones del katarismo altiplánico que articula, desde las universidades, la idea de una Nación Aymara. Dicha ideología propone una doble mirada: una como clase explotada, esto es, como campesinos trabajadores del agro, y, por otro lado, como nación, como una cultura que reivindica no sólo una lengua, memoria e identidad, sino también un conjunto de formas de organización del espacio social que han reproducido un conjunto de relaciones a lo largo de los siglos²¹³. En ese sentido, para este indianismo radical las naciones, más allá de la demanda cultural por reconocimiento, suponen la restitución de los territorios usurpados desde la Colonia, desde la perspectiva de la reparación histórica, y que viene a saldar dos deudas: la larga, asociada al período colonial español y el advenimiento de la República; y una corta, relacionada con la reforma agraria inconclusa llevada a cabo por el MNR después de 1952, y que propicia la profundización de la gran hacienda especialmente en el Oriente boliviano²¹⁴. La expansión de esta

²¹² Tapia, L. “La configuración de un horizonte contrahegemónico en la región andina”. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, (53), Maracaibo-Venezuela: CESA-FECS, Universidad del Zulia, 2011, pp. 119-125.

²¹³ *Ibid.*

²¹⁴ Cáceres, F. *Op. Cit.*

ideología coincide con las sublevaciones que se inician en Bolivia en el momento en el que las reformas de liberalización de la economía afectan las condiciones básicas de reproducción de las estructuras comunitarias agrarias y semiurbanas (agua y tierra)²¹⁵.

En el caso del indianismo del MAS, sin embargo, *lo nacional* boliviano se sitúa en una esfera superior a las naciones indígenas específicas. Es por ello por lo que el “evismo”, como se denomina al proyecto que acompaña la asunción de Evo Morales al gobierno en 2006, y cuya síntesis es producida justamente por el ahora vicepresidente García Linera, si bien supone un nacionalismo subordinado al proyecto indianista, lo es a un indianismo que, contra la radicalidad katarista de las fuentes, es flexible, permitiendo la articulación de grupos sociales diferentes²¹⁶. En efecto, García Linera define a Morales como presidente y, a la vez, como líder del movimiento que constituye la “nueva izquierda indígena”, esto es, aquella cuya característica distintiva es no delegar el poder, sino que autorrepresentarse. Su apuesta, así, es la constitución del “evismo” en tanto movimiento de transformación fundado en la recuperación del sindicalismo y en un liderazgo afecto al cambio. En ese sentido, siguiendo la lógica de los movimientos sociales que permiten su ascenso, el MAS aprovecha una estructura de oportunidades políticas generada por aquéllos para auxiliar la crisis del Estado republicano colonial y del modelo neoliberal²¹⁷.

Pero que aquella “nueva izquierda indígena” pueda encabezar la refundación estatal y nacional en la Bolivia del siglo XXI, aunque solamente en tanto supere los límites asociados a una ideología indianista encerrada en la Nación Aymara, son conclusiones que

²¹⁵ “Indianismo y marxismo. El desencuentro de dos razones revolucionarias”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2005], pp. 373-392.

²¹⁶ “El evismo: lo nacional popular en acción”. *Observatorio Social de América Latina*, (19), enero-abril de 2006, pp. 25-32.

²¹⁷ Así, por ejemplo, la nueva política agraria del gobierno del MAS, a través de la titulación de la tierra, marca un camino diferente a la reforma agraria del nacionalismo de 1952, ya que se da predominante bajo la modalidad de propiedad colectiva, redefiniéndola bajo un molde colectivista y comunitario. Cáceres, F. *Op. Cit.*

se derivan de una reflexión de más largo alcance de García Linera y los grupos intelectuales ligados al MAS, respecto a la viabilidad política de su proyecto de cambios.

Precisamente, en primer lugar, la necesidad de un liderazgo indígena subyace al hecho de que, históricamente, sólo las clases subalternas han reivindicado una modernidad de la participación y la adhesión voluntaria de la sociedad a instituciones compartidas²¹⁸. Únicamente ellas, bajo el fuerte componente comunitario de lo indígena que cruza las relaciones sociales en Bolivia, y no las élites empresariales ni las oligarquías, han desarrollado una mentalidad sobre lo interno, con un sentido espacial del que emerge lo nacional en el país. En su gamonalismo, por el contrario, entre las clases dominantes ha predominado un sentido patrimonialista sobre el Estado. De modo que la construcción nacional no puede ser encabezada por ellas, concentradas en la zona oriental del país, pues su mentalidad cosmopolita, de mercaderes y oligarcas, les impide asumir el problema de la integración, clave para la transformación del carácter social y cultural del Estado boliviano. Ello, sin ir más lejos, habría quedado refrendado en el fracaso de las promesas neoliberales que deviene en la crisis estatal de comienzos de los 2000.

Ahora bien, en segundo término, que tal cambio deba ser encabezado por líderes indígenas no implica que el predominio de esta identidad a la cabeza del Estado sea suficiente para superar la histórica incompletitud estatal y nacional boliviana, pues:

“Es muy difícil que el discurso liberal y de libre empresa que enarbolan las élites empresariales cruceñas cautive a una plebe andina que durante diez años le apostó a esa forma de modernidad, obteniendo únicamente una contracción de sus ingresos y sus expectativas de movilidad social. Un discurso autonomista que no venga aparejado a un tipo de post-neoliberalismo carece de posibilidades de seducir y por tanto de ser hegemónico en ‘occidente’. Pero, a su vez, el neoestatismo popular y en particular el liderazgo indígena, difícilmente habrán de cautivar a una clase media y a un empresariado ascendentes mediante el libre mercado y que, en occidente y oriente, secularmente han sido educados en la subalternidad servil de los indios (...) hay en todo esto una doble paradoja. Por una parte, el bloque social que se levanta y reivindica la pujanza de una economía moderna tiene una lectura de la territorialidad estatal no moderna, de tipo señorial, por lo que carecen de fuerza cultural y simbólica para alzarse con un liderazgo nacional, en tanto que quienes se erigen sobre la precariedad de una economía tradicional, urbano-campesina, sí leen el espacio

²¹⁸ “Del Estado aparente al Estado integral...”, *Op. Cit.*

nacionalmente, aunque carecen del sustrato material para liderar la economía pues no se construyen estados modernos desde la pequeña economía doméstico-familiar”²¹⁹

De allí el dilema que marca al gobierno y a la alianza social que lo sostiene. Pero ello, además, es que lo central en la estrategia “evista” es que, partiendo de un indianismo flexible, núcleo unificador de su lectura política, la alianza pueda abrirse a los mestizos, a los blancos o a quien sea, pero bajo la premisa de organizar un nuevo proyecto que tenga como base otra vez a la nación, aunque ya de un modo distinto respecto de la idea de nación que proponía el nacionalismo revolucionario de 1952. En específico, que ahora “el núcleo unificador de lo social y promovedor de la idea de nación sea el indio”²²⁰.

Esto es lo que lleva al MAS y al gobierno de Morales a no solamente recoger las demandas de nacionalización de los recursos naturales, dimensión constitutiva de lo nacional-popular en Bolivia como proyecto nacional de vertiente popular y campesina contra la apropiación privada del Estado²²¹, sino que a reivindicar también las diferentes formas productivas del país —la pequeña producción familiar, comunitaria, de cooperativas, entre otras—, entroncando así con un sector eminentemente urbano y comercial que demanda una redefinición del rol del Estado en la economía, asociado principalmente a la protección contra el capital extranjero.

En definitiva, encauzando la potencialidad transformadora y autónoma de los movimientos sociales, el “evismo” se presenta, en tanto proyecto ideológico, como la síntesis que justifica el acaudillamiento nacionalista que eleva al poder al MAS, en la figura de Evo Morales, uno de sus principales líderes.

²¹⁹ “La lucha por el poder en Bolivia...”, *Op. Cit.*, pp. 364-365.

²²⁰ “El evismo: lo nacional popular en acción...”, *Op. Cit.*, p. 28

²²¹ Zavaleta, R. *Lo nacional popular en Bolivia...*, *Op. Cit.*

2.3.3. El Estado en transición: consolidación de la fuerza política

Una vez en la Vicepresidencia de la República, la obra de García Linera se reorienta hacia un “descubrimiento del Estado”²²², alcanzando este último, las instituciones y el problema del socialismo una mayor importancia. Desde 2006-2007, y al calor del proceso constituyente empujado por su gobierno para renovar la Carta Magna, avanza en la caracterización de los componentes del Estado (ideas movilizadoras, correlación de fuerzas y entramado institucional), pudiendo con ello determinar la profundidad de la crisis estatal, así como también las formas de manifestación del ciclo de luchas iniciado en el año 2000 con la “Guerra del agua”²²³. Así pues, si bien impugna con estos elementos los rasgos del Estado colonial y neoliberal previa, plantea que el nuevo Estado revolucionario (plurinacional) debe completar el mismo proceso de hegemonía que combatió con antelación, construyendo sociabilidades universales.

Esto último es elaborado en torno a la polaridad entre el ya mencionado “Estado aparente” y, su contraparte, el “Estado integral”. Y es que, mientras el primero constituye la mistificación de la forma enajenada de representación de la totalidad, que se expresa tanto a nivel político como geográfico en Bolivia, el segundo tiende a representar a la totalidad de la población buscando extender su influencia a todo el territorio nacional. El Estado integral, en ese sentido, implica la transformación radical de la forma estatal anterior, sobre el entendido de que el Estado, a la vez que “comunidad ilusoria” (o sea, abstracción), es fuente de rasgos universales. En su obra, así, se pasa hacia una nueva etapa respecto al análisis de la forma estatal: de pensar su crisis a pensar su transición hacia un nuevo modelo, con el fin de abrir la puerta a la emergencia de un nuevo ciclo histórico en el contexto boliviano.

Dicho giro se inicia en medio del debate que atiza el proceso constituyente, y que enfrenta al gobierno de Evo Morales, durante largos meses, con la resistencia de los grupos de poder

²²² Svampa, M., Stefanoni, P., Ramírez, F. *Las vías de la emancipación. Conversaciones con Álvaro García Linera*. México D.F.: Ocean Sur, 2009.

²²³ Torres, T. *Op. Cit.*

de la “Medialuna” oriental boliviana (Pando, Beni, Tarija y Santa Cruz), que negocian su apoyo afecto a la promulgación de un estatuto de autonomía que los mantenga al margen del control del poder central, sobre todo en términos económicos²²⁴.

En tal circunstancia, y bajo el riesgo los dilemas que enfrentaba la Asamblea Constituyente para avanzar en su cometido, García Linera llama a los indígenas a tomar acuerdos y construir consensos amplios. De allí que referencie a la clase media y a cierto empresariado, en términos de que también se sientan considerados por una Constitución que respeta, por ejemplo, su libertad de elegir y su derecho a emprender. Ahora bien, en su obra, esto es mezclado con la idea gramsciana de hegemonía, en tanto tal amplitud permitiría, a su juicio, la conformación de un liderazgo moral e intelectual sobre el conjunto de la sociedad (“construcción hegemónica ascendente”²²⁵). Una interpretación parcial, sin embargo, pues realmente su fin es la construcción de un liderazgo mayoritario entre el mundo social y político, en torno a la figura de Morales, de tal suerte de viabilizar un proyecto político lo suficientemente incluyente como para excluir solamente a los latifundistas y al empresariado transnacional, en desacuerdo con las nacionalizaciones de los recursos naturales. En ese sentido, al tratar el asunto de la resolución de la crisis estatal, superando el “empate catastrófico” que, en medio del proceso constituyente, se produce entre el proyecto nacional del gobierno y el proyecto autonómico promovido por las élites del oriente, señala, en relación a quebrar este inmovilismo, que:

“Los puntos de bifurcación pueden ser insurreccionales, pueden ser de exhibición de fuerzas o (como hipótesis de trabajo) pueden resolverse de manera democrática. En todo caso, la idea del punto de bifurcación es la siguiente: primero, es un momento de resolución

²²⁴ Pero los desacuerdos tienen que ver con el grado de profundidad de la presencia estatal en la economía, mas no con su presencia. El gobierno de Morales apuesta por la recuperación de la propiedad estatal de los recursos naturales, principalmente no renovables, así como por la administración de los servicios. Mientras, la oposición, impulsa una liberalización de la economía en la que el Estado sólo defina reglas claras para la inversión extranjera. A la postre, la Constitución ha terminado orientando la organización de la economía en el sentido de una línea doctrinal e ideológica contraria al pensamiento neoliberal, dada por un conjunto de disposiciones que se enmarcan en el constitucionalismo social y un mayor intervencionismo estatal, negado por las medidas de ajuste estructural aplicadas desde 1985. Véase Gibert, J. *Op Cit*.

²²⁵ “Empate catastrófico y punto de bifurcación”. *Crítica y emancipación*, (1), 2008 [2007], pp. 23-33.

de la estabilización de la estructura del nuevo Estado; en segundo lugar, un punto de bifurcación inevitablemente es un momento de fuerza; y, en tercer lugar, es un momento en que la política, en verdad, deviene en la continuación de la guerra por otros medios (...) Un punto de bifurcación es, en el fondo, un hecho de fuerza en la medición práctica de las cosas. Es un hecho de liderazgo, de hegemonía en el sentido gramsciano del término, de liderazgo moral sobre el resto de la sociedad. Entonces, si los indígenas quieren consolidarse como núcleo del Estado, tienen que mostrar que son capaces de recoger y llevar adelante también los intereses de la clase media, del empresariado boliviano, y aislar a muy pocos, a unos que son irreductibles, pero quitándoles su base social. Por eso, es importante hablar con los adversarios; los indígenas estaban obligados a hablar con ellos”²²⁶

García Linera, por tanto, en esos años, define como condición para la resolución de la crisis estatal boliviana la institucionalización de una alianza social amplia. De allí que defiende “una salida pactada” a la crisis entre el bloque indígena-plebeyo emergente del occidente y el bloque oligárquico-empresarial hegemónico en el oriente. Y es que su interés, como el del Gobierno, más que en la nueva Constitución como tal estuvo puesto en la movilización social que el proceso constituyente supuso, al punto de aislar a la oposición, cuya derrota determina su repliegue indefinido²²⁷:

“En la actualidad, el gobierno está apostando a otra tercera forma de punto de bifurcación que sería una especie de resolución democrática mediante una fórmula de iteración, es decir, de aproximación sucesiva. La propuesta consiste en que se resuelva lo que es un momento de tensionamiento de fuerzas mediante varios actos democráticos. Es una de las posibilidades que se ha abierto y la que el gobierno va a intentar impulsar. La idea es que el punto de bifurcación no se resuelva ni mediante insurrección (la hipótesis de la guerra civil que siempre está latente) ni por la exhibición de las fuerzas y la derrota política moral del adversario, sino que se resuelva mediante la manifestación reiterada del soberano a partir de la reubicación de los poderes, de las fuerzas locales y regionales, y del uso de los excedentes”²²⁸

Efectivamente, y como era parte de la discusión interna del MAS en esos momentos, la diferencia entre proceso y asamblea constituyente radicaba en que, sin la primera, la segunda podría derivar en una relegitimación constitucional de las antiguas fuerzas

²²⁶ *Ibid.*, p. 28

²²⁷ La negociación entre el poder central y la “Medialuna” por los estatutos de autonomía de los departamentos orientales no pudo hacerse sin el reconocimiento y legitimación del proceso de cambio, expresados en la aceptación de la nueva Constitución. Ahora bien, la disputa no estuvo en si se debía tener o no un régimen autonómico o mayor descentralización, sino en qué atribuciones y competencias debía haber. Véase Moldiz, H. “Bolivia: crisis estatal y proceso de transformación...”, *Op. Cit.*

²²⁸ “Empate catastrófico y punto de bifurcación...”, *Op. Cit.*, p. 28.

dominantes. Ocurriendo la primera, sin embargo, se lograba una estabilidad gubernamental que permitía proyectar el inicio de un nuevo ciclo²²⁹.

Una vez lograda la imposición de una nueva Constitución, la idea de empate catastrófico que García Linera enarbolara a comienzos del proceso constituyente muta, sin que se la pueda entender ya como confrontación de dos proyectos de poder con fuerzas de movilización y liderazgos nacionales, en tanto lo que pasa a tensionar al país desde ahí es la confrontación “entre un sentido común prevaleciente como proyecto nacional general, estatal y, por otra parte, resistencias locales, con fuerzas de movilización y liderazgos estrictamente locales también”²³⁰. Es decir, el antiguo bloque dominante experimenta un repliegue regional, pasando a liderar los poderes regionales, mientras el nuevo bloque lidera el poder nacional.

En ese sentido, no es que de la nueva Constitución surjan los rasgos definitivos del Estado nacional que se pretende fundar, sino que el proceso constituyente sirve para asentar una alianza social que es lo suficientemente amplia como para dar estabilidad al gobierno. La Asamblea Constituyente es entendida como irrupción de nuevos intereses sociales en el Estado (acceso a derechos, reconocimiento y bienes públicos), pero además como “vocación de poder y vocación de conducción nacional-popular”²³¹, así como de producir una hegemonía histórica. Y esto último es importante, pues, para García Linera, si bien en la Revolución de 1952 también hubo una irrupción de intereses sociales subalternos en el Estado, la conducción de dicho proceso quedó en manos de una clase social diferente y heredera de la vieja dominación señorial. Esto último llevó a una gradual expulsión de estos grupos desde el Estado²³².

²²⁹ Moldiz, H. “Proceso constituyente”. *Contexto Latinoamericano*, (1), 2006, pp. 11-14.

²³⁰ “El Estado en transición. Bloque de poder y punto de bifurcación”. En *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Segunda edición. Buenos Aires: Siglo XXI Editores – CLACSO, 2015 [2008], p. 522.

²³¹ “Del Estado aparente al Estado integral...”, *Op. Cit.*, p. 12.

²³² *Ibid.*

Desde la perspectiva del vicepresidente, la estabilización del proceso de cambios se juega en el control de las estructuras de coerción estatal, la promoción de la inversión pública y la conformación de una burguesía nacional. Es central, así, la nacionalización de los capitales, lo que incluye una inversión extranjera controlada con criterios nacionales y la promoción interna de sectores pequeños y medianos (que son significativos en Bolivia, pues el neoliberalismo destruye la gran empresa que era estatal). Por último, es necesario un cambio en el sentido común²³³.

García Linera enfatiza en el papel que tiene el Estado en la mantención de la diversidad de la alianza de clase que sostiene al gobierno. El Estado, así, se torna expresión de la diversidad de la sociedad, y no es algo dominado por una clase o fracciones de clase²³⁴. Entendiendo por ello que el Estado no es ni una máquina de clase para oprimir a otra ni una institucionalidad por encima de los conflictos, sino que es expresión de las relaciones sociales de una sociedad, a su juicio no sólo es importante cambiar el carácter social del poder estatal, sino que los contenidos de dicho poder. Se trata de transformar al Estado desde sus propias instituciones, las cuales no son consideradas inútiles²³⁵. La democracia, en este contexto, se torna un modo de des-subalternización, como momento de las clases, de su composición material²³⁶.

En definitiva, desde su marco de análisis, el “Estado integral” boliviano tiene que ver con cómo, bajo liderazgo indígena, se logra construir un nuevo consenso social, político y cultural basado en la conciliación de intereses contradictorios (urbanos e indígenas). De lo

²³³ “El Estado en transición...”, *Op. Cit.*

²³⁴ Un elemento común a los intelectuales del Grupo Comuna es la consideración del Estado no como una instancia de dominación de clase, sino como una síntesis de la sociedad, en una especie de inclinación hegeliana de nuevo cuño. De ahí que se apunte como tarea primordial a la correspondencia entre el Estado y la sociedad, y se considere la ausencia de ello como fundamento de la crisis del primero. Véase Ichuta, F. *Op. Cit.*

²³⁵ *Ibid.*

²³⁶ “América Latina y el futuro de las políticas emancipatorias”. Conferencia y acto de clausura de la XXIII Asamblea General Ordinaria de CLACSO, Cochabamba, Bolivia. *Crítica y emancipación*, (3), 2010 [2009], pp. 293-306.

que se trata, en ese sentido, es que, por primera vez en la historia boliviana, la institucionalidad estatal y la sociedad civil, que siempre desbordó a la primera pues la mayoría de la sociedad no se reconocía en ella, logre alcanzar lo que García Linera denomina una “orgánica óptima” entre Estado y sociedad²³⁷.

De tal modo, la abolición del “Estado aparente” excede a las luchas contra el neoliberalismo, puesto que ellas son sólo un momento dentro de la larga historia del Estado patrimonialista y oligárquico en Bolivia. De hecho, el enfrentamiento al neoliberalismo puede verse como un momento de crisis que, por la profundidad y nivel de desestructuración que produce entre las clases dominantes, abre la oportunidad para el proceso de cambios que cristaliza.

2.3.4. El “socialismo comunitario” o un intento de consolidación hegemónica

No siendo la apuesta del gobierno de Evo Morales la construcción de un bloque histórico en el poder sobre la base del desplazamiento de las clases dominantes, sino que ellas asuman la ampliación por la vía de la descolonización²³⁸, para García Linera, si bien se impone legítimamente un único proyecto societal de Estado y sociedad tras el proceso constituyente, aún no existe un modelo alternativo de generación y distribución de la riqueza que esté consolidado. En ese sentido, conseguida la estabilidad política del gobierno, en virtud de un sujeto social y político profusamente delineado en su obra, se mantiene pendiente aún, al llegar la segunda década de los 2000, una indagación orientada a la construcción de una base económica permanente que permita sustentar tal transformación, encauzándose así, de un modo real y no sólo discursivo, a devenir en un proyecto con capacidades hegemónicas²³⁹.

²³⁷ “Del Estado aparente al Estado integral...”, *Op. Cit.*

²³⁸ Citado en Moldiz, H. “Bolivia: crisis estatal y proceso de transformación...”, *Op. Cit.*, p. 193.

²³⁹ Esto significa el paso de la ideología del poder al poder de la ideología o, dicho de otro modo, a la realización del poder efectivo. Véase Therborn, G. *La ideología del poder y el poder de la ideología*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 2005.

La necesidad de dicho modelo alternativo, empero, no dice relación con una falta de definiciones económicas por parte del gobierno del MAS, sino más bien con la inestabilidad que en la alianza social dominante estas provocan, y, por tanto, con la necesidad de procesarlas. En efecto, García Linera vislumbra la existencia de un estilo de desarrollo en Bolivia que es distinto al del periodo neoliberal, vinculado a la nacionalización de las empresas estatales antes privatizadas, especialmente en el área de los hidrocarburos, la minería y la agroindustria. Dicho estilo comprende “una economía plural con liderazgo estatal en los sectores estratégicos de la generación del excedente”, de una “plurinacionalidad descolonizadora que consolida una única nación estatal en la que conviven múltiples naciones culturales y pueblos”, y el “reconocimiento de múltiples formas plurales de democracia (directa, representativa, comunitaria) y de desconcentración territorial del poder a través de las autonomías”²⁴⁰.

Esto, de algún modo, sintetiza los rasgos del “Estado integral” emergente que se emplaza en Bolivia, cuya base se encuentra en el principio de plurinacionalidad, el régimen autonómico y la industrialización de los recursos naturales. Tal esquema, derrotada la oposición de las élites que habían dominado durante el período neoliberal, se constituye, a juicio del vicepresidente, en el único marco u “horizonte de época”²⁴¹ sobre el cual pueden discutirse los asuntos públicos en el país, dado el triunfo político de la coalición gobernante.

Dicha estabilidad política y económica inmediata, sin embargo, produce también sus contradicciones, aunque esta vez no relacionadas con la oposición entre bloques de poder antagónicos, sino que dentro de la propia alianza social que sostiene el proceso. Estas se expresan en dos grandes dimensiones: por un lado, las de tipo político, entre las cuales se cuentan la existente entre concentración y descentralización del poder, es decir, entre la

²⁴⁰ *Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del Proceso de Cambio*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia. Cuarta Edición, 2012 [2010], p. 10.

²⁴¹ “Un horizonte de época comunitario”. En García Linera, A. *Socialismo comunitario. Un horizonte de época*. Segunda Edición. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2015 [2014], pp. 28-33.

consolidación de un nuevo Estado legítimo y el avance de la sociedad general sobre las decisiones estatales; entre la expansión material del Estado social y la función estatal de las comunidades y sindicatos agrarios, referida a cómo la descolonización estatal y la ampliación del radio de acción del Estado comienza a hacerse cargo de las necesidades organizativas, de gestión y socialización que antes resolvía el sindicato-ayllu, quitándole poder a este último; y entre la amplitud social del proceso y la necesidad de garantizar la conducción indígena, campesina, obrera y popular del mismo. Esto último, relacionado con la incorporación de ciertos grupos capitalistas —estatales y privados— a la base social de la alianza de gobierno.

Por otro lado, también emergen contradicciones de tipo económico-social relativas al cómo el desarrollo del capitalismo boliviano en el siglo XXI genera transformaciones en las bases de sustentación social del gobierno, alentando conflictos entre sus componentes indígenas y no indígenas, rurales y urbanos. Tales cambios producen una tensión entre la consolidación institucionalizada de las demandas universales y generales del bloque en el poder y la fragmentación corporativista, sectorialista del bloque popular. Asimismo, se produce una tensión entre la necesidad y voluntad de industrializar las materias primas y mantener la base ecológica de la que provienen estas últimas. Esto último se ubica en el hecho de que, si entre 2006 y 2009 el problema es la nacionalización de los recursos naturales, desde el año 2010 se abre una nueva etapa orientada a la industrialización del conjunto de las materias primas²⁴².

Frente a estas contradicciones García Linera se aboca a elaborar el fundamento de una articulación entre las formas de producción capitalistas y comunitarias, amplia socialmente y preocupada del entorno natural, que pueda procesar las tensiones antes mencionadas. Ese es el origen de su propuesta de un “socialismo comunitario”.

¿Cómo lo hace? En primer lugar, situando históricamente los inicios de esta propuesta en las propias luchas contra el neoliberalismo, relee el período de crisis estatal sosteniendo que lo que fortalece y da sentido al enfrentamiento contra el neoliberalismo es el paso de la

²⁴² *Las tensiones creativas de la revolución...*, *Op. Cit.*

privatización de lo público estatal a la de lo público comunitario o público no estatal, definición esta última que reserva para recursos como el agua. Esta interpretación se liga, por otro lado, a la explicación que el sociólogo ofrece para destrabar la evidente tensión que se produce entre el avance de la monopolización decisional del Estado, producto de su asentamiento legítimo, y la democratización en la toma de decisiones dentro de un gobierno que se autodefine como “de los movimientos sociales”. Para García Linera, no obstante, el procesamiento de dicha tensión deviene del hecho de que “hay un momento en que los monopolios no son necesarios y el Estado actúa meramente como gestión y administración de lo público y no como monopolio de lo público”²⁴³, es decir, proviene del predominio de lo comunitario en el espacio social boliviano. De ahí que la posibilidad de un Estado no monopolizador, pero sí gestor y administrador de lo público se produzca en la vitalidad de los movimientos sociales y su fuerza comunitaria, rural y urbana, que se expande²⁴⁴. En ese sentido, su conclusión es que, si ese “pueblo” entra en la conducción del Estado e irradia un potenciamiento de lo comunitario colectivo, entonces se está en presencia de una:

“modernización del Estado que ya no es la modernización clásica de las élites, de las burguesías nacionales, sino que su tránsito es evidentemente al socialismo (...) (lo que se busca es construir) “una vía democrática a la construcción de un socialismo de raíces indígenas, que llamamos socialismo comunitario. Este socialismo comunitario, que recoge los ámbitos de la modernidad en ciencia y tecnología, pero que recoge los ámbitos de la tradición en asociatividad en gestión de lo común, es un horizonte”²⁴⁵

En ese sentido, y pese a que para García Linera es a través de la función y gestión socializada del Estado que los pueblos pueden expandir territorialmente la comunitarización del uso de lo común y la universalización de la satisfacción de las necesidades humanas²⁴⁶, el desmedro inicial al que pueden verse sometidas las formas comunitarias puede equilibrarse posteriormente al concentrarse las energías autónomas comunitarias de los sindicatos-ayllus, de modo tal que también el poder político de los

²⁴³ “La construcción del Estado”. Conferencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, 8 de abril de 2010. En VV.AA. *Tres pensamientos: conferencias organizadas por las facultades de Ciencias Sociales y de Filosofía y Letras de la UBA*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2010, p. 37.

²⁴⁴ *Las tensiones creativas de la revolución...*, *Op. Cit.*

²⁴⁵ “La construcción del Estado...”, *Op. Cit.*, p. 37.

²⁴⁶ *Las tensiones creativas de la revolución...*, *Op. Cit.*

movimientos sociales devenga en poder económico directo, sin mediación estatal, sobre el cual puedan darse nuevos ascensos revolucionarios que empujen la autodeterminación de la sociedad a peldaños más altos²⁴⁷. Dicho de otro modo, la apuesta por un “socialismo comunitario” es aquella por una forma de desarrollo que respete la convivencia entre las formas comunitarias y las formas mercantiles.

Esto se liga, además, a su idea respecto a que la industrialización de las materias primas no constituye una forma de capitalismo (ni siquiera de tipo estatal), en tanto no existe “usufructo del trabajo ajeno para la acumulación de riqueza privada”²⁴⁸. Así, a diferencia de la Bolivia heredera de la Revolución de 1952, en donde las empresas estatales fueran utilizadas para beneficiar a los grupos específicos que dominaban el Estado, en esta nueva etapa la estatización se orienta al beneficio general, mientras la redistribución de la riqueza acumulada se hace priorizando la necesidad por encima del valor de cambio, la satisfacción de necesidades por encima del lucro y la ganancia.

Es por todo ello por lo que, para García Linera, el socialismo en Bolivia —dada su condición abigarrada— debe ser necesariamente extensión de la comunidad vinculada a lo indígena. Ello implica una mixtura entre formas no capitalistas de producción con formas poscapitalistas de producción. Unas formas, estas últimas, que es posible encontrar en ciernes dentro de las primeras, aunque no plenamente desarrolladas. Por este motivo, García Linera propone el concepto de “socialismo comunitario” como expresión del

²⁴⁷ “El Estado se presenta como un proceso de regulación jerarquizada de los bienes comunes. Únicamente podemos hablar de Estado (comunidad) cuando existen bienes comunes que involucran a toda la sociedad; pero esa comunidad solo puede gestionarse y usufructuarse de manera jerarquizada, y hasta cierto punto solamente si es expropiada por unos pocos (monopolio) (...) A ello se debe la continua fascinación por el Estado que manifiestan los distintos grupos sociales y, especialmente, los proyectos emancipatorios de las clases plebeyas; en el fondo, ahí está la búsqueda de la comunidad. Pero también ahí se encuentra la continua frustración de los proyectos, mientras no sean capaces de superar lo ilusorio de esa comunidad, a saber, la monopolización de la gestión y producción de la comunidad”. Véase “El Estado y la vía democrática al socialismo”. *Nueva Sociedad*, (259), 2015, p. 150.

²⁴⁸ *Las tensiones creativas de la revolución...*, *Op. Cit.*, p. 66.

necesario diálogo entre ambas tradiciones²⁴⁹, pues “El socialismo no es una nueva civilización, no es una economía o una nueva sociedad. Es el campo de batalla entre lo nuevo y lo viejo, entre el capitalismo dominante y el comunitarismo insurgente. Es la vieja economía capitalista aún mayoritaria, gradualmente, asediada por la nueva economía comunitaria naciente”²⁵⁰.

De tal suerte, en su concepción de desarrollo, a la vez que se promueve una “economía plural” a partir del control del excedente ligado a los sectores estratégicos, se promueven otros sectores de la economía como la microempresa y la economía campesina comunitaria. Apuesta, así, a la convivencia de tres tipos de modernización: la industrial-moderna, la microempresarial artesanal urbano y la campesina comunitaria rural²⁵¹. Por su parte, la clave para que la actividad industrial no genere daño a la naturaleza es que “las fuerzas productivas comunitarias y la ética laboral agraria incorporen una mirada distinta a la lógica capitalista respecto a cómo vincularnos con la naturaleza”²⁵². Esta es la tensión que observa en el caso del “socialismo comunitario”. Y, como su premisa es que la industrialización estatal de los recursos naturales realiza la lógica del valor de uso (comunitario) y no la del valor de cambio (capitalista), García Linera no ve contradicción, a diferencia de los críticos del extractivismo, entre industrializar y cuidar el entorno natural y social²⁵³.

En definitiva, en la última etapa de su obra, el vicepresidente boliviano se dedica a imaginar las condiciones para la conformación de una base económica que permita que el proyecto político del MAS se torne hegemónico. Elabora, para ello, una interpretación de lo posneoliberal como una forma de capitalismo que contiene un conjunto de fuerzas y

²⁴⁹ Torres, T. *Op. Cit.*

²⁵⁰ “Socialismo comunitario del vivir bien”. Discurso de toma de posesión presidencial del 22 de enero de 2015. En García Linera, A. *Socialismo comunitario. Un horizonte de época*. Segunda Edición. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2015, p. 69.

²⁵¹ Torres, T. *Op. Cit.*

²⁵² *Las tensiones creativas de la revolución...*, *Op. Cit.*, p. 69.

²⁵³ *Geopolítica de la Amazonía. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2012.

estructuras sociales que con el tiempo podrían devenir poscapitalistas. De este modo, partiendo del principio de que el germen del anticapitalismo está en el propio capitalismo, sugiere aprovechar la crisis estatal de entresiglo para avanzar en la comunitarización de la producción, haciendo responsable de ello al propio Estado boliviano. De allí que, desde su visión, lo primero sea tener un Estado y un poder político lo suficientemente fuertes como para conducir este proceso de cambios. Y es que, en un siglo XXI en el que el capitalismo alcanza su expansión universal, y en el que la forma multitud predomina, basada en la flexibilidad laboral y la articulación de varias clases, identidades y demandas con una conducción no definida en una clase o grupo, “la emancipación de las clases subalternas ‘de’ y ‘en’ el capitalismo pasa necesariamente por la lucha por el poder del Estado”²⁵⁴, pues solamente aquél puede articular la diversidad de demandas que implica la heterogeneidad actual. Una acción que el poder estatal podrá llevar a cabo solamente si es que está guiado por el mundo social (popular y mesocrático, rural y urbano) y las naciones indígenas que son las que, de hecho, acompañan la policlasista alianza social del MAS:

“la “modernización” del Estado a cargo de las clases nacionales-populares, en perspectiva histórica, sólo puede realizarse como creciente disolución del Estado monopolio-coerción (el Estado-gobierno) y una creciente expansión y democratización del Estado-gestión y del Estado-decisión en la sociedad civil y de la sociedad civil en el Estado. ¿Acaso, en el horizonte, eso no es la producción democrática del socialismo, entendido como radicalización y socialización de la democracia en todos los terrenos de la vida, incluido la economía? (...) Cuando el *Estado integral* lo realizan las clases sociales laboriosas y autoorganizadas de la sociedad civil es el tránsito largo pero posible a una naturaleza social del Estado al que los clásicos del marxismo le llamaron socialismo”²⁵⁵

Ahora bien, dicho horizonte debe enfrentar, dialécticamente, las transformaciones que el propio proceso de cambios genera en las bases de sustentación del gobierno de Evo Morales. Sobre todo, porque el supuesto —nunca nombrado— del “socialismo comunitario” propuesto por García Linera, y de la penetración indígena y comunitaria en la conducción estatal y de la economía boliviana, es que entre los nuevos grupos de poder no predominarán las formas mercantiles capitalistas por sobre las tradiciones comunitarias

²⁵⁴ “Nueve tesis sobre el capitalismo y la comunidad universal”. En García Linera, A. *Socialismo comunitario. Un horizonte de época*. Segunda Edición. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2015 [2013], p. 14.

²⁵⁵ “Del Estado aparente al Estado integral...”, *Op. Cit.*, p. 16 (énfasis originales).

indígenas. Una idea que, sin embargo, se mostrará débil en lo sucesivo, en tanto origen de las fracturas más importantes en la alianza social masista durante el segundo lustro de los años 2010, sobre todo a partir del cambio en las condiciones económicas internacionales y, como efecto de ello, de la contracción económica que pone en aprietos la solvencia de las demandas de todos los sectores sociales integrados a la alianza dominante.

2.4.Crisis de la “alianza plebeya” y tensiones ideológicas

En el derrotero de su análisis, García Linera delinea, desde los años 2000, la crisis del siglo XX boliviano y los rasgos de un proyecto alternativo de Estado y nación. En el caso del primero, la crisis de “larga duración” del Estado oligárquico boliviano, y particularmente de su versión neoliberal de comienzos del siglo XXI, implica la defensa de una alternativa estatal que reconozca y llegue a la gran mayoría de la población, fundamentalmente de identidad indígena, logrando una amplitud social y territorial. Por su parte, respecto a la nación, la “muerte de la condición obrera”, que no es sino el declive de la forma nacional y de modernidad que instaura el Estado revolucionario y nacionalista de 1952, debe dar paso a una alternativa comunitaria, autónoma y heterogénea en términos sociales y políticos. En fin, el trasfondo de la obra de García Linera es, de hecho, la realización definitiva del Estado nacional boliviano, redefinido culturalmente mediante la integración de las etnias originarias. Es prácticamente un movimiento de liberación nacional, dada la larga irresolución de la crisis del Estado y del desarrollo bolivianos.

En ello, el concepto de plurinacionalidad, tal como lo desarrolla García Linera, juega el papel de ligar Estado y nación, históricamente diferenciados. Mientras, la capacidad de convocatoria del “evismo”, en tanto su componente social es esencialmente indígena, apunta, incluso más que al fin de la sociedad neoliberal, al término de la sociedad colonial y del oligarquismo sólo parcialmente superado en Bolivia.

Tras poco más de una década en el poder, la propuesta teórica de García Linera y el MAS, sin embargo, tenderá a contradecirse con la deriva práctica que adopta la construcción estatal y nacional en Bolivia, sobre todo al desmejorarse las condiciones políticas y

económicas internas y externas que rodearon al proyecto masista desde su llegada al poder en el año 2005. Y es que, la premisa básica de que la sociedad construya al Estado (tensión decisiva en la propuesta de García Linera), cede, en razón del ahondamiento de las formas clientelares de relación entre Estado y sociedad, a la preeminencia de una “producción” estatal de la sociedad, siguiendo el clásico patrón de la Bolivia y América Latina del siglo pasado.

Pero, además, la heterogeneidad de la alianza social masista, acrecentada por el propio proceso de modernización e integración impulsado bajo el ciclo de Morales, comienza a mostrar señales de agotamiento, sobre todo en sus bases sindicales, de origen indígena y campesino, que arriesgan su proyección en el tiempo como sujeto. Se trata de pugnas que, sin embargo, cuentan aun con mecanismos para su procesamiento, debido al carácter intermedio de las unidades sociales que constituyen dicha alianza (movimientos cooperativos, pequeños y medianos propietarios, comunidades), que difiere de la condición de masa inorgánica de otras experiencias, como, por ejemplo, la venezolana.

De todos modos, mientras en lo económico se consolida una matriz desarrollista-extractivista y en lo cultural se avanza en el reconocimiento de las etnias originarias, los elementos socialistas del proceso pierden fuerza como preocupación política, aun cuando nunca se haya avanzado decididamente en dicha dirección. Y es que, pese a constituirse en un discurso de resistencia cultural ante la globalización neoliberal y occidental, la defensa de la propiedad comunitaria, base de la apuesta socialista de García Linera, tiene altas complicaciones para resistir la expansión mercantil de los medianos productores rurales, sobre todo al expandirse el cultivo de soja en la última década y media²⁵⁶.

De tal suerte, más que avanzarse hacia la construcción del “socialismo comunitario”, el “evismo”, como proyecto, apuesta por la consolidación de un capitalismo nacional y popular con rasgos de integración cultural indígena. Una apuesta coherente para un “evismo” que, si bien revierte los avances más ortodoxos de dos décadas de neoliberalismo en Bolivia, no se le enfrenta directamente, en tanto más bien lo que hay es la adopción de

²⁵⁶ Boccoardo, G. “Bolivia y el Movimiento al Socialismo...”, *Op. Cit.*

un discurso político posneoliberal más consecuencia de las asociaciones que se hacen entre la caracterización de los movimientos sociales indígenas y la crisis estatal, que por principio.

Por otro lado, en vista del carácter social intermedio sobre el que se sostiene el proyecto político masista, en el contexto de una sociedad con una base popular extensa, el gobierno del tándem Morales-García Linera debe enfrentar un creciente reclamo subalterno, que, eventualmente, podría escalar a un desafío abierto. Ahora bien, dada la ya mencionada inexistencia de una visión nacional de conjunto, la posibilidad de la derecha santacruceña, fracciones del empresariado e incluso del imperialismo estadounidense para devenir en oposición, depende del potencial resquebrajamiento de la “alianza plebeya” y de la base orgánica del proyecto masista, pues tales sectores se han mostrado incapaces de hacerlo por sí solos. Por ello, en la resolución de tal conflicto se juega la consolidación o el ocaso del MAS como proyecto nacional y popular, ya sea que se concilien los intereses de su heterogénea alianza o se incline por privilegiar a alguno de los grupos en particular.

Lo anterior se relaciona, a nivel ideológico, con el grado en que el proyecto de construcción nacional se va despojando de su carácter descolonizante. Es decir, tratándose de un intento por construir un nuevo Estado nacional (lo que pone al MAS y a intelectuales como García Linera en la línea de los herederos de la tradición modernizante boliviana, siempre ligada a grupos sociales distintos a la oligarquía), tambalea, paulatinamente —y en ello se centran las críticas de los sectores indígenas más radicales—, en lo referido a cuánto de esa “nación de naciones” se expresa concretamente en socialización del poder efectivo con los grupos indígenas, más allá de lo discursivo. Algo similar ocurre con los grupos intermedios no indígenas que apoyan el proyecto, en donde la tensión tiene que ver con los efectos que producen procesos de enriquecimiento y urbanización desiguales.

En definitiva, sin que puedan precisarse diferencias tan nítidas entre grupos, la forma que adopta este dilema en cuanto a la fractura de la alianza de clases a nivel ideológico, refiere a la tensión entre un nacionalismo más o menos descolonizador, pero también a cuánto de ese proyecto nacional se mantiene en pie en la medida que cambian los intereses de las

frangas intermedias socialmente que lo sustentan, y que pueden tender a comportamientos imitativos hacia las formas burguesas y oligárquicas.

III

BRASIL Y MARCO AURÉLIO GARCIA

3.1.El atemperado giro neoliberal en la historia reciente brasileña

Hasta mediados del siglo pasado, Brasil estuvo dominada por oligarquías regionales que ejercieron un gran poder social sobre una extensa masa de trabajadores rurales anclados al latifundio de origen colonial. En las ciudades, por su parte, se constituía un reducido grupo de empresarios industriales (Sao Paulo) y comerciales (Río de Janeiro), así como de franjas medias de pequeños propietarios y empleados, obreros de la industria orientada al mercado interno y trabajadores informales, mayoritariamente de origen esclavo²⁵⁷.

A partir del segundo gobierno de Getúlio Vargas (1951-1954) y del de Juscelino Kubitschek (1956-1961) se abre, sin embargo, un nuevo ciclo de transformaciones, que forja esta vez una alianza integrada por empresarios nacionales, capitales extranjeros, una incipiente burocracia estatal y obreros industriales sindicalizados²⁵⁸. Mediante el “compromiso” del Estado, ella promueve una industrialización nacional que sustituye parcialmente las importaciones, pero donde parte de la expansión industrial depende de la consolidación del latifundio exportador, cuya base siguen siendo trabajadores rurales explotados bajo formas precapitalistas²⁵⁹. La política de redistribución y las leyes de protección laboral alcanzan solamente para la burocracia estatal y obreros industriales, sin que pueda extenderse a grupos marginales o a la mayoría de los trabajadores rurales. Esto último, por la tenaz resistencia de las oligarquías regionales a la reforma agraria del Presidente Joao Goulart (1961-1964), en cuyo mandato, siguiendo un curso anticipado en

²⁵⁷ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, Op. Cit.

²⁵⁸ Se expresa en la alianza entre el Partido Social Democrático de Kubitschek, integrado por élites regionales rurales y urbanas liberales, y el Partido del Trabajo Brasileño de Goulart, apoyado en los sindicatos y sectores medios urbanos. Ambos formados por iniciativa de Vargas.

²⁵⁹ Fernandes, F. *Estrutura de classes e subdesenvolvimento*. Río de Janeiro: Zahar, 1968.

otras partes de la región, busca extender la legislación laboral urbana al campo y garantizar la expropiación de tierras²⁶⁰.

Desde inicios de los sesenta, la fuga masiva de capitales multinacionales deja en evidencia que, pese a que la industrialización sustitutiva ha incorporado parcialmente a Brasil a los mercados globales, también ha terminado acrecentando la dependencia del país respecto a las potencias industrializadas²⁶¹. Ello deriva por esos años en un estancamiento económico que acelera la polarización política de la frágil alianza forjada una década antes, produciéndose la articulación entre élites industriales y las oligarquías que mantenían un gran poderío rural, mientras tanto, en las ciudades, se radicalizan las protestas de grupos medios y obreros, llegando incluso algunas de sus fracciones a convertirse en guerrillas.

En 1964, el general Castelo Branco lidera un golpe militar que derroca a Goulart, iniciándose una dictadura que instala en América Latina una tendencia refundacional repetida en otros países en los años venideros²⁶². El agotamiento del “Estado de Compromiso” y de la alianza forjada bajo el populismo “varguista” llevan a los gobiernos militares (1964-1985) a intentar nuevos pactos con el gran capital nacional y extranjero, otros modos de industrialización más intensivo, y abrir posibilidades de ascenso a nuevas tecnocracias en la dirección estatal²⁶³. En efecto, vía autoritaria se profundiza una industrialización nacional y menos popular, restringiéndose las pretensiones distributivas del empresariado tradicional y de los obreros sindicalizados, a la vez que se inicia una agresiva expansión de la industria estatal y privada intensiva en capital, permitiéndose, además, mayor flujo de capitales multinacionales²⁶⁴.

²⁶⁰ Camargo, A. “La federación sometida: nacionalismo desarrollista e inestabilidad democrática”. En Carmagnani, M. *Federalismos latinoamericanos. México/Brasil/Argentina*. México D.F.: FCE, 1993.

²⁶¹ Cardoso, F., y Faletto, E. “Post scriptum...”, *Op. Cit.*

²⁶² Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

²⁶³ O'Donnell, G. “Reflexiones sobre las tendencias de cambio...”, *Op. Cit.*

²⁶⁴ Atria, R., y Ruiz, C. “Política y transformación social en América Latina: descentración de la acción estatal e ilusión tecnocrática”. *Ponencia presentada para el Congreso Mundial de Ciencia Política*. Santiago, 2009.

En general, en la fórmula militar para alcanzar el desarrollo se fortalece la acción estatal, a la que se atribuye un papel protector de las fuerzas sociales en gestación: grandes empresarios nacionales, burocracias estatales y, en menor medida, obreros industriales calificados. El Estado financia y lidera, a través de endeudamiento público, las inversiones consideradas estratégicas para el desarrollo y la soberanía nacional, subsidiando, además, las inversiones privadas. Dicha variante de desarrollo “dependiente-asociada”²⁶⁵, en que se liga el empresariado nacional con firmas multinacionales, mientras la acción estatal es dirigida a intervenir en el proceso de industrialización y en la sociedad en general, produce la expansión de “burguesías estatales”²⁶⁶ y una extensa burocracia, que permiten a la nueva alianza sostener el crecimiento y mantener el control social por alrededor de dos décadas.

Una de las consecuencias de tal industrialización protegida de la competencia externa es la alteración de la fisonomía y condiciones de organización de la clase trabajadora. Efectivamente, a partir de este cambio, la expansión de los obreros industriales pasa a sustentarse en la industria intensiva en capital, mientras la industria tradicional absorbe, en su mayoría, a la migración rural expulsada por la mecanización del agro²⁶⁷. Ello acrecienta las diferencias entre los obreros del sector moderno y del tradicional, en el ámbito de sus condiciones de vida y capacidad de representar intereses corporativos en el proceso político.

A contramano de las tendencias regionales, en Brasil, en la década de 1970, el trabajo industrial calificado se expande, generándose condiciones para la organización de un nuevo sindicalismo brasileño²⁶⁸. Uno que crece, fundamentalmente, en los grandes complejos

²⁶⁵ Cardoso, F., y Faletto, E. “Post Scriptum...”, *Op. Cit.*

²⁶⁶ Cardoso, F. y Magnani, G. “Las contradicciones del desarrollo asociado”. *Desarrollo Económico*, 14(53), 1974, pp. 3-32.

²⁶⁷ Esta transformación del agro configura dos movimientos campesinos de relevancia: el Movimiento de los Sin Tierra (MST) y la Confederación Nacional de Trabajadores Agrícolas (CONTAG). Sin embargo, el poder de la oligarquía primero y de la agroindustria después, les dificulta tensionar la alianza dominante y devenir en fuerza política nacional como lo hacen los obreros industriales mediante el PT.

²⁶⁸ Antunes, R. “La nueva morfología del trabajo en Brasil: reestructuración y precariedad”. *Nueva Sociedad*, (232), 2011, pp. 103-118.

industriales del ABC paulista, donde emerge un tipo de obrero muy diferente al tradicional trabajador de la industria “varguista”, ya debilitada luego de la disolución de la Central General de Trabajadores en 1964. Por el contrario, los nuevos sindicatos, si bien reprimidos por la dictadura, se sitúan necesarios en el sostenimiento del nuevo patrón de desarrollo brasileño, siendo así vinculados a esta nueva industrialización que, como contracara, excluye a parte importante de las fuerzas populares tradicionales.

Este “nuevo sindicalismo”, que irrumpe por primera vez en 1968, en las huelgas que estallan en los centros industriales de Osasco (Minas Gerais) y Contagem (São Paulo), se distingue del sindicalismo tradicional por su novedoso carácter clasista y autónomo del Estado, en respuesta a la orientación autoritaria y antisindical del régimen militar. Tras cerca de una década de continuas pero aisladas huelgas, dicho sindicalismo se transforma en un relevante actor nacional en la lucha contra la dictadura, en tanto se fortalece su posición como resultado de la propia consolidación de la industrialización y de la lógica oligopólica de la empresa, que les permite negociar con menor dificultad sus reivindicaciones. Respecto a esto último, el gran empresariado (estatal o privado) traslada los costos de la presión sindical a los consumidores, abriendo de este modo un conflicto inflacionario con el gobierno de turno. Al mismo tiempo, dicho conflicto genera condiciones de negociación imposibles de replicar por los trabajadores de la industria tradicional, cuyos empleadores están sometidos al rigor de la competencia²⁶⁹. En tal circunstancia, el auge industrial del denominado “milagro económico” brasileño cobija una nueva clase obrera que, dada su centralidad en el proceso productivo, se integra desde una posición de fuerza, aunque manteniendo una condición subalterna.

Es este sindicalismo, forjado en la industrialización tardía brasileña, el que irrumpe en las huelgas de los años setenta, en especial en el ABC paulista, volviéndose más relevante a medida que el patrón de desarrollo se agota. Y es que tales huelgas, antes encerradas en las fábricas, se tornan, paulatinamente, movimientos de oposición sindical a la dictadura²⁷⁰,

²⁶⁹ Do Valle, N. “Cambios sociales y estratificación en el Brasil contemporáneo (1945-1999)”. *Series Política Social, CEPAL*, (89), 2004.

²⁷⁰ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

alentándose la irrupción de una nueva generación de dirigentes, entre ellos, la figura del presidente del sindicato de obreros metalúrgicos de São Paulo, Luiz Inácio “Lula” da Silva, quien se proyecta políticamente tras la irrupción del Movimiento por la Reposición Salarial de 1977. Un movimiento que, tras el quiebre con el sindicalismo tradicional, anticipa lo que será la formación del Partido de los Trabajadores (PT)²⁷¹ dos años después, así como la conformación de la Central Única de Trabajadores (CUT) hacia 1983.

Ahora bien, antes de eso, en 1979, el cuarto presidente militar del régimen, Ernesto Geisel, inicia una apertura que determina el fin del bipartidismo forzado. En las elecciones generales de 1982, el opositor partido Movimiento Democrático Brasileiro (PMDB) fuerza un pacto con la oficialista Alianza Renovadora Nacional (ARENA), a la vez que se acelera dicho proceso de apertura a raíz de la espiral inflacionaria, el pago de la deuda externa, el aumento del desempleo y la pobreza que trae consigo la crisis de los ochenta. En efecto, la incapacidad de la dictadura para resolver tal coyuntura²⁷² tensiona a la alianza que había impulsado el “milagro económico” brasileño, al punto de que algunos empresarios nacionales, una fracción considerable de las franjas medias y la mayoría de la clase obrera protestan exigiendo el inicio de la democratización²⁷³.

En 1985, una parcial apertura política desemboca en la elección indirecta de representantes civiles en el Gobierno, articulándose, además, una Asamblea Nacional Constituyente que, a la postre, deviene en la aprobación de la Constitución de 1988. Ella defiende los monopolios estatales, amplía las restricciones al capital extranjero en favor del local, crea la “empresa brasileña de capital nacional” y preserva privilegios para la “burguesía estatal” y empleados públicos²⁷⁴. Esto proyecta la relación entre las fuerzas sociales forjadas al calor de la industrialización autoritaria.

²⁷¹ Integrada por nuevos sindicalistas, movimientos *favelados*, intelectuales, grupos feministas y de la Teología de la Liberación. Véase Harnecker, M. *El sueño era posible: Los orígenes del Partido de los Trabajadores en Brasil*. Santiago: Lom Ediciones, 1994.

²⁷² Pese a la estabilización alcanzada por el Plan Cruzado en 1986, las tasas de crecimiento fueron bajas y el desempleo disminuyó levemente. En cambio, las tasas de inflación y el déficit público se mantuvieron altos.

²⁷³ Di Tella, T. *Historia de los partidos políticos...*, *Op. Cit.*

²⁷⁴ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

A fines de la década, en las primeras elecciones presidenciales directas en casi treinta años, se impone estrechamente el empresario Fernando Collor de Mello (1990-1992) sobre Lula da Silva, representante del PT. Su gobierno inicia un radical giro neoliberal que abre la economía a los mercados globales, privatiza empresas y monopolios estatales, liberaliza la política industrial y de comercio exterior, reduce aranceles aduaneros y elimina barreras no tarifarias a las importaciones²⁷⁵. Del mismo modo, participa en la creación del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), bajo presión de un sector productivo local que busca alternativas de integración regional. Por otro lado, para estabilizar la moneda, se congelan precios y se confisca temporalmente parte del patrimonio financiero de grupos medios y empresariales, amenazando la seguridad jurídica de la propiedad. Todo ello desata el reclamo de la clase política, los sectores productivos y financieros locales, la “burguesía estatal” y los empleados públicos, de las organizaciones de asalariados bancarios y sindicatos obreros industriales liderados por la CUT y de las propias Fuerzas Armadas, que ven afectados sus intereses por este cambio al patrón de acumulación, que desmantela el “Estado empresario”.

En 1992, tras un escándalo de corrupción y la protesta de las fuerzas afectadas por el giro neoliberal, Collor de Mello dimite. El control del Gobierno, tras ello, pasa a manos de Itamar Franco (1992-1994), quien debe enfrentar una difícil coyuntura política y económica. Dos años después, su ministro de Hacienda, Fernando Henrique Cardoso, articula el Plan Real con los sectores que impulsan la liberalización de la economía, así como con aquellos que defienden el desarrollismo promulgado en la Constitución de 1988. Dicho plan, así, además de estabilizar la moneda y reducir la inflación, sienta las bases para una nueva alianza en torno a una especie de “neoliberalismo atemperado” y para la reconstrucción del Estado, catapultando al ministro a la Presidencia de la República²⁷⁶.

²⁷⁵ Sallum Jr., B. “Metamorfoses do Estado brasileiro no final do século XX”. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 18(52), 2003, pp. 35-55.

²⁷⁶ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

En los gobiernos de Cardoso (1995-2003), Brasil experimenta un proceso de recuperación económica y de control de la inflación gradual, de expansión del empleo formal y del bienestar social perdido a lo largo de los años ochenta. Sin embargo, aquello es logrado a costa de importantes reformas al patrón de desarrollo, que implican la liberalización “moderada” de la economía (en relación a la impulsada por Collor) y la transferencia al sector privado de gran parte de las funciones empresariales del Estado, ampliándose, no obstante, el papel regulador de éste último y de sus políticas sociales. Pese a ello, por el tamaño que alcanza producto del curso de industrialización previo, el empresariado brasileño logra apropiarse de una parte significativa de las empresas privatizadas.

En su primer mandato, extendido hasta 1998, Cardoso intenta equilibrar las finanzas públicas mediante la reducción de los incentivos directos a las empresas privadas (que debilita también los beneficios a los que accede la clase obrera industrial) y de los privilegios a los empleados públicos. Asimismo, busca acelerar la integración nacional a la economía global, en tanto el carácter constitucional que alcanzan los derechos universales le permite al gobierno del Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) debilitar el corporativismo estatal. El éxito económico y social alcanzado en los primeros años genera el apoyo del gran empresariado nacional (en condiciones de competir en los mercados internacionales), del capital financiero y de la industrial multinacional, pero también de ciertas franjas medias (incluida como parte de la burocracia pública) y de un nuevo sindicalismo de resultados. En dicho contexto, el ideario socialista enarbolado por el PT y la CUT los deja a merced de acusaciones de mera defensa de “privilegios corporativos”²⁷⁷, reforzando el poder del Presidente y, así, su opción de profundizar las reformas. En ese sentido, es con el Plan Real de Cardoso que el liberalismo económico entra sistemáticamente en las políticas de Estado, legitimándose entre la élite política y entre vastos sectores medios y populares²⁷⁸.

²⁷⁷ *Ibid.*

²⁷⁸ Sallum Jr. B. “La especificidad del gobierno de Lula. Hegemonía liberal, desarrollismo y populismo”. *Nueva Sociedad*, (217), 2008, pp. 155-171.

Diferente al éxito inicial, Cardoso en su segundo mandato enfrenta un turbulento escenario económico internacional. La crisis de 1997-98 y la devaluación de la moneda en 1999 desatan la desconfianza de los capitales financieros sobre la capacidad del gobierno para mantener la estabilidad monetaria, reduciendo el margen de acción gubernamental. De tal suerte, y pese a que la espiral inflacionaria no retorna y la economía comienza su recuperación, el gobierno de Cardoso pierde capacidad para aprobar leyes y definir políticas específicas, abriendo espacio para la proyección de Lula, quien defiende una línea más redistributiva, aunque adscribe al marco general de las reformas implementadas desde 1994.

Esto último es resultado de más de una década de transformaciones económicas y sociales, que producen cambios importantes en las organizaciones de trabajadores y en la propia conducción del PT. Así pues, mientras la CUT asume una postura defensiva, producto de las reformas y la debilidad de las condiciones generales del trabajo, las dirigencias del PT abandonan un programa e ideario propiamente socialistas. De este modo, se pasa a enfatizar en la radicalización de los aspectos redistributivos y desarrollistas de la política de Cardoso²⁷⁹, pero conservando sus aspectos positivos. Tal giro obedece a la posibilidad de tensionar la alianza dominante, acrecentando el peso de los grupos medios y obreros que, surgidos del “milagro económico” autoritario, habían visto diezmado su poder en la década de 1990. Dicho de otro modo, el PT pasa a aceptar el marco general de la nueva política económica a cambio de una mayor integración de las fuerzas sociales que representa.

Lo anterior se traduce en que, para la elección presidencial del año 2002 (el cuarto intento de Lula), el PT se alía con el Partido Liberal, incorporando a un empresario textil y senador de tales filas como candidato a la Vicepresidencia, adelantándose con ello una reformulación de la alianza dominante²⁸⁰. De este modo, y previsiblemente a partir de lo

²⁷⁹ *Ibid.*

²⁸⁰ En la “Carta ao Povo brasileiro”, el PT asume una serie de compromisos con la estabilidad del marco económico (respeto a los contratos y obligaciones, defensa de las exportaciones y estabilidad monetaria y fiscal) que buscan tranquilizar a los mercados financieros. Ello termina por disolver las preocupaciones de las élites empresariales y desarma el discurso de sus contrincantes.

hasta aquí expuesto, el triunfo del PT en segunda vuelta no supone un vuelco al estilo de desarrollo impulsado desde los años noventa. Más bien, dicha victoria da cuenta del agotamiento de la coalición gobernante tras una década en el poder, así como de los cambios ideológicos que dentro del propio PT se habían venido entronizando. Expresa, además, la necesidad de ampliar la alianza dominante y ajustar la orientación de la acción estatal y del propio modelo de desarrollo. Es así como, durante dicha campaña presidencial, todos los candidatos abogan por una mayor protección estatal de los más pobres y de los sectores productivos nacionales, sin que se cuestione el papel del capital financiero multinacional ni la doctrina de ajuste macroeconómico a la que había debido someterse Brasil en esos años²⁸¹.

3.2.El crisol intelectual tras la conformación del Partido de los Trabajadores

La formulación de un pensamiento propio en Brasil acompaña todos los procesos de movilización social que se suceden desde inicios del siglo pasado. Siendo su núcleo básico la “cuestión nacional”, dada la profunda fragmentación de su sociedad y la peculiar trayectoria por la cual el país se libera del control lusitano en el siglo XIX, en torno a tales problemáticas ha sido recurrente la tendencia a articular transformación y conservación²⁸².

Siendo el trabajo de Euclides da Cunha, al asomar el siglo XX, el que abre una reflexión respecto a la transición desde la sociedad imperial esclavócrata al Brasil republicano, no es sino desde comienzos de la década de 1920 que se alienta más decididamente la elaboración de un pensamiento nacional, contribuyendo a ello hitos diversos como la conmemoración del Centenario de la Independencia, la realización de la Semana de Arte Moderna, la fundación del Partido Comunista brasileño y el nacimiento del Movimiento Tenentista²⁸³. Socialmente, dicha apertura se fragua en el surgimiento de una sociedad civil

²⁸¹ Sader, E. *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. São Paulo: Boitempo Editorial, 2009.

²⁸² Garcia, M.A. “Articular transformação e conservação”. *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, (54), 2001, pp. 115-118.

²⁸³ Konder, F. “Saber combinar o específico e o universal”. *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, (54), 2001, pp. 97-101.

con mayores grados de autonomía, producto del proceso de modernización iniciado en el país, lo que fractura la dependencia del favor personal (y, así, la cooptación), a la que habitualmente había estado sometido el desarrollo de la intelectualidad local²⁸⁴.

A la cabeza de dicho redescubrimiento de Brasil están Gilberto Freyre, Sérgio Buarque de Holanda y Caio Prado Jr., fundadores de un pensamiento social que, en la línea de la Revolución de 1930 que da la bienvenida al “Brasil moderno”, deja atrás los análisis naturalistas que enfatizan el peso del medio natural y de la raza, llamando la atención sobre la importancia de los factores históricos y sociales en la formación de la sociedad brasileña²⁸⁵. En ese sentido, mientras Freyre, influenciado por la antropología cultural estadounidense, llama la atención sobre la importancia de la cultura negra, Holanda lo hace respecto de la dificultad de establecer la democracia en un ambiente en el cual prevalecen las relaciones primarias; por su parte, Prado Jr. a partir de sus *Evolução política do Brasil y Formação do Brasil contemporâneo: colonia*, deja abierto el camino para las explicaciones sobre Brasil enfocadas en la estructura de clases²⁸⁶.

Estas reflexiones pioneras, en el período anterior al golpe de Estado de 1964, son profundizadas por una nueva generación de intelectuales, cuyo énfasis estuvo puesto en los límites del desarrollo brasileño (y, en particular, de su capitalismo). Dentro de dicha generación destacan las figuras de Celso Furtado y Raymundo Faoro, así como también la labor mancomunada llevada adelante por el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB, creado en 1955 por Kubitschek) y la escuela sociológica de São Paulo, de la que, en sucesivas etapas, despuntarán figuras de gran prestigio como Florestan Fernandes, Fernando Henrique Cardoso, Francisco Weffort u Octavio Ianni, entre otros. La redemocratización que vive el país desde 1945 alienta el interés por reinterpretar la historia y realidad nacionales, en condiciones en las que tanto los sectores de clase obrera impulsados por el “varguismo” y las capas medias urbanas impulsan el surgimiento de una

²⁸⁴ Coutinho, N. “Os intelectuais e a organização da cultura”. En Coutinho, N. *Cultura e sociedade no Brasil. Ensaios sobre ideias e formas*. São Paulo: Expressão Popular, 2011, pp. 13-33.

²⁸⁵ Ricupero, B. “Caio Prado Jr. como intérprete do Brasil”. *Sinais Sociais*, 7(19), 2012, pp. 14-39.

²⁸⁶ Cardoso, F. “Livros que inventaram o Brasil”. *Novos Estudos CEBRAP*, (37), 1993, pp. 21-35.

red de organizaciones culturales que, al alero del clima de activación que experimenta la sociedad civil, empuja a la mayoría de los intelectuales a reconocerse en posiciones más progresistas²⁸⁷.

Por lo anterior, el golpe militar significó la crisis de sus condiciones de producción cultural y de reproducción social, alentando la persecución política aquella conocida diáspora que vino a engrosar de intelectualidad brasileña varios campos culturales de América Latina. Entre las primeras medidas del nuevo régimen autoritario estuvo el cierre de los principales institutos democráticos de organización cultural de la época: los Centros Populares de Cultura, el ISEB y el Comando de los Trabajadores Intelectuales, al mismo tiempo en que eran intervenidas las universidades. Todo el esfuerzo de la “política cultural” de la dictadura, en ese sentido, se vuelca en fortalecer las corrientes elitistas y/o escapistas en el plano cultural. Dicho objetivo se buscó vía la represión y censura a los intelectuales que defendieran una orientación cultural nacional-popular, y a través del retroceso de la autonomía lograda por la sociedad civil surgida en las principales ciudades del país²⁸⁸.

De modo paradójico, sin embargo, el mismo proyecto de modernización nacional y antipopular impulsado por la dictadura brasileña desde los años sesenta, da el impulso para la diferenciación social que, a la postre, devino en el surgimiento de un mercado de fuerza de trabajo intelectual que vino a alterar la situación de los productores culturales. En particular, inició el tránsito desde la aún no acabada dependencia del favor personal a una institucionalización creciente de la actividad intelectual. Así pues, el viejo intelectual elitista, prestigiado por poseer cultura, pasa a convertirse cada vez más en un trabajador asalariado. Y, con ello, a experimentar la necesidad de organizarse, como cualquier otro grupo social, para luchar por sus intereses específicos, entre los cuales se sitúan tanto la mejora en sus condiciones de trabajo como su autonomía en cuanto creador. Se crean, de este modo, condiciones para que los intelectuales comprendan desde adentro, como una exigencia de su propia supervivencia, la necesidad de la construcción de una sociedad

²⁸⁷ Coutinho, C. *Op. Cit.*

²⁸⁸ *Ibid.*

democrática. Ello, en el contexto de una sociedad civil que se reactiva y reorganiza, al alero de la apertura política que, obligadamente, empuja el régimen de los militares²⁸⁹.

Es así como sobre este escenario de cambios que se consolida el anclaje de la intelectualidad dentro del naciente proyecto que da origen al PT. En específico, porque los grupos de izquierda radical y moderada, que se recuperan de la devastadora derrota de la década de los setenta, buscan con ansiedad aliados contra el autoritarismo. De este modo, cuando surge el PT, ligado a un movimiento social emergente, encuentra gran respaldo entre los miembros de la intelectualidad de izquierda. Luego de un largo período de autoritarismo, el interés por participar en la política crece en una sociedad mucho más rica, con una clase media más numerosa y expandida²⁹⁰.

Tal apoyo es logrado, además, porque el PT, en términos de su composición social, antes que un “partido de la clase obrera” es concebido, desde un inicio, como un partido de asalariados con fuerte peso del sector obrero industrial más moderno y con liderazgo de sindicalistas, pero también, sobre todo tras 1981, de intelectuales de clase media. Tal heterogeneidad es inédita en la historia política brasileña y es la que le posibilita, al ser un partido de asalariados sin una ideología socialista rígida, ampliar sus bases de reclutamiento y sus posibilidades de integración en la sociedad brasileña, contra la herencia de otros partidos de izquierda que adoptaran al marxismo como ideología oficial²⁹¹.

Los intelectuales que participan de la fundación del PT, o que ingresan en él en sus comienzos²⁹², son mayoritariamente refractarios al dogmatismo de la izquierda tradicional y críticos de la degeneración teórica y práctica de los partidos autoproclamados revolucionarios durante el siglo XX. La gran mayoría, además, ha participado intensamente de la lucha contra las ideologías conservadoras y antipopulares del llamado “pensamiento

²⁸⁹ *Ibid.*

²⁹⁰ Harnecker, M. *Op. Cit.*

²⁹¹ Rodrigues, L. M. *Partidos e sindicatos: escritos de sociologia política*. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2009.

²⁹² Entre otros, Mário Pedrosa, Sérgio Buarque de Holanda, Paulo Freire, Marilena Chauí, Antônio Candido, Lélia Abramo, Hélio Pellegrino.

reaccionario” que se proclama en el período militar, desmitificando el autoritarismo de la vida brasileña y afirmando valores políticos y morales alternativos. En sus obras, por último, suelen enfrentarse al marxismo mecanicista hasta allí imperante en la izquierda, produciendo, por el contrario, descripciones críticas sobre la realidad social brasileña y su radicalidad estructural, asentándose con ello las bases para una nueva mirada socialista sobre el país. En definitiva, su presencia colabora de modo decisivo para que el PT adquiriera su singular fisionomía ideológica y organizativa, sin que necesariamente los miembros de dicha intelectualidad asuman puestos de poder en el partido (aunque algunos llegan a ser respetados dirigentes) o participen directamente en la elaboración de los documentos constitutivos (aun cuando algunos hayan co-redactado su programa y manifiesto fundacional)²⁹³.

Desde un comienzo, la intelectualidad ligada al PT reivindica para el partido el derecho a estructurarse libremente, en rebeldía a la Ley Orgánica de los Partidos Políticos, impuesta por el régimen militar. Asimismo, reclama la invención de su identidad orgánica, evitando la reproducción de formatos partidarios ya fallidos en la tradición política brasileña o extranjera. La originalidad del proceso de conformación del PT se alimenta de la pluralidad de fuentes filosóficas e ideológicas de las que se nutre el partido, que dialoga con diversas concepciones de mundo²⁹⁴. Pero, además, está dada por la convicción de encontrar respuestas propias para los problemas brasileños, sin importar modelos políticos e intelectuales foráneos; la mezcla de lenguajes y estilos que se reúnen; un singular movimentismo; y el interés por conjugar democracia representativa y democracia directa, lo social y lo institucional, sumando a las clásicas reivindicaciones económicas la afirmación de nuevos derechos relativos a la raza, el género y la sexualidad²⁹⁵.

Es como parte de este extendido crisol, sobre el que anida la formación del PT, que se ubica la figura de Marco Aurélio Garcia. Profesor en el Departamento de Historia de la

²⁹³ Dulci, L. “Os intelectuais e a criação do PT”. En Aguiar, F. (org.). *Antônio Candido: pensamento e militância*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo, 1999.

²⁹⁴ Entre ellas, el cristianismo social, marxismos varios, socialismos, democratismos radicales.

²⁹⁵ Dulci, L. *Op. Cit.*

Universidad Estadual de Campinas a comienzos de los años ochenta, ya desde antes de su vuelta a Brasil en 1979, tras vivir un exilio político como ex dirigente estudiantil —que lo llevó a Chile y luego a Francia, y que lo ligó al MIR chileno y a la organización de su resistencia clandestina desde el extranjero tras el golpe de Pinochet—, estuvo abocado a la formación del PT, en un proyecto signado por los estrechos vínculos entre democracia y revolución y una concepción de partido amplio, distinto a las culturas convencionales de la izquierda latinoamericana y fruto del largo repliegue de las luchas de izquierda en Brasil²⁹⁶.

Desde allí, y como uno de los principales organizadores del partido desde su fundación, su contribución política e intelectual va a comenzar a asociarse —fundamentalmente desde 1990 cuando es elegido secretario de Relaciones Internacionales del PT en paralelo al nacimiento del Foro de São Paulo— con la política exterior, con la que estuvo involucrado por cerca de 30 años, contando sus períodos como asesor internacional de los presidentes Lula da Silva y Dilma Rousseff, y que lo ocupa hasta su muerte en 2017²⁹⁷.

Pero, además, como coordinador de los programas de gobierno de los propios Lula —en las campañas presidenciales de 1994, 1998 y 2006— y Dilma²⁹⁸ producirá una obra de intelectual orgánico, orientada tanto a fortalecer el ideario como la práctica política del PT, con éxito disímil. Lo primero, referido al socialismo democrático o “petista” que, bajo su pretensión de originalidad, sitúa como sello ideológico distintivo respecto a las opciones socialistas del siglo XX, particularmente la socialdemocracia y el comunismo. Lo segundo, relacionado con su apuesta por una arquitectura de integración Sur-Sur de Brasil con el resto del mundo, y especialmente con Sudamérica.

²⁹⁶ Pablo, Red Charquicán. “Honor. En memoria de Marco Aurélio Garcia, ex mirista de Chile, fundador del PT y asesor de Lula y Dilma”. *Resumen Latinoamericano*, 25 de julio de 2017.

²⁹⁷ Pinheiro, P. “Competência, ação, erudição e *savoir faire*”. En Garcia, M.A. *A opção sul-americana: reflexões sobre política externa (2003-2016) / textos selecionados de Marco Aurélio Garcia*; Bruno Gaspar, Rose Spina (org.). São Paulo: Fundação Perseu Abramo: IMAG, 2018, pp. 9-13.

²⁹⁸ *Ibid.*

3.3. Integración regional, soberanía y desarrollo nacional: el asesor Marco Aurélio Garcia²⁹⁹

3.3.1. Del “socialismo petista” a la inflexión “liberal-desarrollista”

Vista la incapacidad mostrada por el PT para intervenir en el proceso constituyente que deriva en la carta magna de 1988³⁰⁰, pero con el aliciente del apoyo alcanzado por Lula en su primer intento presidencial un año después, a inicios de los noventa se inicia al interior del partido un proceso de reorganización ideológica que apuesta por definir las bases de un nuevo y original ideario político, que consolide su identidad y proyecto. Y es que, para Marco Aurélio Garcia, si bien la “década perdida” de los años ochenta en materia económica fue una “década ganada” en Brasil en términos políticos, por el alto grado de movilización social de los sectores populares, no hubo un desarrollo ideológico a la par de dicho movimiento, dada la ausencia de un paradigma ideológico a la base del nacimiento del PT. Así pues, no se formuló ni una “otra idea de nación” ni un análisis acabado sobre las transformaciones del mundo³⁰¹.

Es en función de este diagnóstico que, en dicho proceso de reorganización, Garcia contribuye con la formulación de un balance político de las experiencias socialistas que entran en crisis tras 1989, la socialdemocracia y el comunismo, a la luz de dos principios

²⁹⁹ Se siguen los mismos criterios usados para la sección anterior al momento de citar la mayoría de los textos de Marco Aurélio Garcia. En este caso, usando la colección, editada por la Fundação Perseu Abramo y el Instituto Marco Aurélio Garcia (IMAG) en el año 2018, *A opção sul-americana: reflexões sobre política externa (2003-2016) / textos selecionados de Marco Aurélio Garcia*.

³⁰⁰ En esta incapacidad son importantes las tendencias basistas que dominaron en el PT en sus primeros años, que entran en el debate sobre el salto del partido desde lo social a lo político que se produce en los ochenta, bajo posturas que sostenían la intervención en lo institucional sólo frustraría las aspiraciones populares que convergían en su origen. Garcia fue crítico de tales posturas. Véase, por ejemplo, “A transição e a constituinte”. *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, 1(4), marzo de 1985, pp. 16-20.

³⁰¹ “25 anos depois, o PT revisitado”. *Teoria e debate*, (61), marzo de 2005.

que recorren la conformación del PT: la democracia y la centralidad de la clase obrera (o su componente obrero-popular)³⁰².

Respecto a lo primero, la democracia siempre representó el máximo debate de la concepción partidaria petista. Fruto de las luchas contra el autoritarismo, en sus lineamientos ella es propugnada como medio y fin de la clase trabajadora y las masas populares³⁰³, mostrándose un entendimiento amplio de la democratización como un hecho social y político. Por ello, para Garcia, el PT no se corresponde ni con el ideario socialdemócrata ni con el comunista soviético (como proponen como falsa dicotomía sus críticos), sino que supone una construcción histórico-concreta distinta, el “socialismo petista”³⁰⁴, que encabeza la tercera generación de partidos de izquierda en América Latina, tras los partidos comunistas cuya referencia fuera la Revolución Rusa y la izquierda revolucionaria que encontrara la suya en la Revolución Cubana³⁰⁵. Una alternativa que, no partiendo de “leyes científicas” del desarrollo capitalista, como las que compartían como supuesto reformistas y revolucionarios del siglo XX, ni de “necesidades históricas” que impulsen al proletariado en una dirección específica, hace su ingreso a la etapa post-comunista y post-socialdemócrata como una nueva izquierda cuyas bases ideológicas se encuentran en un marxismo heterodoxo y un socialismo democrático, consciente de la especificidad latinoamericana y brasileña³⁰⁶.

Respecto a la situación de los trabajadores, desde su cargo de secretario de Relaciones Internacionales del PT, propone un diagnóstico sobre el desembarco neoliberal en Brasil en el que destaca los perjuicios que traen aparejada la desindustrialización del Tercer Mundo y su descapitalización, en virtud del cobro de la deuda externa y la degradación creciente de los términos de intercambio. Cuestiona con ello que se margine al Tercer Mundo del sistema productivo y de las esferas mundiales de consumo, restando competitividad a

³⁰² “Carta a América Latina en sus 500 años desde San Pablo”. *Nueva Sociedad*, (120), julio-agosto de 1992, pp. 134-141.

³⁰³ Harnecker, M. *Op. Cit.*

³⁰⁴ “Terceira via: A socialdemocracia e o PT”. *Teoria e debate*, (12), noviembre de 1990.

³⁰⁵ “25 anos depois, o PT revisitado...”. *Op. Cit.*

³⁰⁶ “Terceira via...”, *Op. Cit.*

países como Brasil, México o Argentina, que pasan a asumir papeles secundarios en el nuevo orden mundial que emerge. Un rol secundario que, además, retrotrae, dentro de tales países, y especialmente en el contexto brasileño, las conquistas sociales de los trabajadores³⁰⁷. En un apunte que recuerda que la base social del PT descansa justamente en uno de los tipos de trabajadores más sensibles a la forma en que Brasil se inserte en el mundo.

Planteadas estas ideas generales a principios de los años noventa, sólo a fines de la década García ajusta su exposición, ahora desde su rol de coordinador del programa presidencial de la dupla Lula/Brizola que compite en 1998. Distingue, así, tres niveles de avance del programa petista: en lo social, apuntando a una tercera vía entre el viejo nacional-desarrollismo y el neoliberalismo, que no excluya al mercado, la producción o la ciudadanía; el nivel de lo democrático, ligado a la necesidad de realizar reformas políticas, cambios institucionales y en materia de defensa de los Derechos Humanos, a la vez que promover una mayor participación popular; por último, en lo nacional, reduciendo la dependencia brasileña de la economía internacional, y retornando a un Estado que formule políticas industrial, agrícola y de ciencia y tecnología³⁰⁸.

Tales apuestas programáticas alcanzan el nivel del ideario o proyecto político a comienzos de los años 2000, a partir del debate que, al interior del PT, y en pos de la siguiente elección presidencial a realizarse en 2002, se produce en torno a la cuestión del “socialismo en el siglo XXI”. Una discusión en la que García retoma su balance político de las experiencias socialistas del siglo pasado, pero reorientado a la luz de un análisis de las mutaciones experimentadas por el capitalismo y, sobre todo, de la crisis de las promesas del neoliberalismo que ya se manifiesta en Brasil desde mediados de los noventa. En ese sentido, sostiene que la lucha por el socialismo envuelve en muchos países, incluyendo el caso brasileño, una curiosa relación con el capitalismo *realmente existente*. En particular, porque, si los pactos de la burguesía y el proletariado en el siglo XX eran nacionales, la

³⁰⁷ “Hora de reflexão: O PT e a ‘nova ordem’”. *Teoria e debate*, (18), mayo de 1992.

³⁰⁸ De Azevedo, R. “‘Caos social versus ciclo virtuoso’. Entrevista com Marco Aurélio Garcia, coordenador do Programa de Governo da chapa Lula/Brizola”. *Teoria e debate*, (38), septiembre de 1998.

internacionalización actual acaba con ello, del mismo modo que transforma profundamente el mundo del trabajo conocido. La construcción nacional, así, sobre todo en la periferia del capitalismo, sigue siendo un proyecto inconcluso, determinado por la histórica dominación imperialista y, ahora más, por los meandros de una globalización neoliberal que se impone³⁰⁹.

De tal suerte, un programa de transformaciones centrado en reformas económicas de cuño redistributivista, que exija una reorientación importante del modelo de desarrollo, asociadas a un proceso de radicalización de la democracia y de defensa de la soberanía nacional con la correspondiente asignación de un nuevo lugar para Brasil en el mundo, es una tarea que no puede hacerse sin articular internacionalismo y nación, en un avance paulatino (y a veces sólo parcial) de las conquistas sociales. Vale decir, el “socialismo del siglo XXI” puede tener poco que ver con el socialismo como tal y hasta parecerse mucho más a un proyecto de fortalecimiento del capitalismo brasileño. Sin embargo —y aquí su propuesta—, tales reformas, “consolidando abstractamente el capitalismo en Brasil, lo desestabilizan concretamente, siempre y cuando los cambios sean resultado de una intensa movilización social”. Dicho de otro modo, para Garcia es posible la apertura de “un proceso continuado de transformaciones en el que las conquistas parciales preparen nuevas conquistas y señalen las opciones para que las reformas profundas dejen el terreno de las posibilidades para transformarse en viables”³¹⁰.

En consecuencia, se trata de una propuesta que, si bien es parcial en el escenario más amplio de debate que se produce al interior del PT, ejemplifica la tendencia mostrada por la nueva izquierda latinoamericana, hacia el final del siglo XX, tras las crisis de muchos ajustes neoliberales, y sin la presencia del socialismo, a buscar compatibilizar las nuevas democracias surgidas tras la noche autoritaria con el mercado capitalista. Y, en tal intento, a renunciar al socialismo como ideal para organizar a la sociedad (pese a que

³⁰⁹ “Agenda para o socialismo no século XXI”. En García, M.A., Guimarães, J., y Pomar, V. (org.). *Socialismo no século XXI*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo, 2005 [2001], pp. 7-26.

³¹⁰ *Ibid.*, p. 26 (traducción nuestra).

discursivamente se niegue), optando por apuntalar un capitalismo más regulado, que mantiene, empero, varias reglas propias de la ideología neoliberal³¹¹.

Sin ir más lejos, es en ello en lo que descansa la inflexión “liberal-desarrollista” que sacude al PT a la llegada de Lula al gobierno en el año 2003. Un año antes, en plena campaña, el sus apoyos pasan del discurso de la “independencia de clase” al de las “alianzas necesarias”, abriendo la puerta a que se asuman compromisos con las élites políticas y se firmen acuerdos con los organismos multilaterales, pese a las viejas definiciones del partido³¹². Así, en la necesidad de ampliar la alianza dominante y de ajustar la orientación estatal y del modelo de desarrollo propiciado en los años de gobierno de Fernando Henrique Cardoso, la abrumadora victoria del PT no termina por expresar una tensión frontal entre la nueva coalición política que comanda el Estado y la alianza social que sustenta la modalidad “liberal-desarrollista”. Más bien, se inicia un nuevo ciclo de presión de los sectores medios y de la clase obrera organizada sobre la redistribución y ampliación de las políticas sociales, como contrapeso al poderío alcanzado, en los años de gobierno *tucano*, los grandes grupos empresariales nacionales y los capitales multinacionales, que, a medida que el PT acepta el nuevo ideario económico y la orientación del Estado, admiten la integración de los obreros organizados³¹³.

En tal contexto, Marco Aurélio Garcia se encuentra entre los dirigentes del PT (incluido Lula) que apuntala el giro en favor del “liberal-desarrollismo”, en la búsqueda por conciliar la ampliación de la alianza social que apoya al Presidente y la gobernabilidad sobre esta heterogeneidad. Por ello, al mismo tiempo que respalda la promesa de conservar el éxito de Cardoso —lo que lo distancia de la izquierda petista³¹⁴—, este grupo responde a las críticas

³¹¹ Ruíz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

³¹² Albuquerque, D. “As transformações do Partido dos Trabalhadores: uma análise histórico-política da fundação ao governo Lula”. Ponencia presentada em II Jornada Internacional de Políticas Públicas, Universidade Federal do Maranhão, Programa de Pós-graduação em Política Públicas, 23-26 de marzo de 2005.

³¹³ *Ibid.*

³¹⁴ En 2004, un grupo de la izquierda del PT funda el Partido Socialismo y Libertad (PSol).

que caen sobre Lula con la elaboración de un balance sobre la gestión de Cardoso, cuyo objetivo es diferenciar al gobierno del PT de su antecesor, a la vez que legitimar su rumbo.

Así pues, la idea repetida es que el PT pierde la elección de 1994 por no asignarle a la inflación el peso que merece. Algo que, de hecho, a ojos de estos observadores, implica que el Plan Real no era un plan de derecha, siéndolo, sin embargo, la forma en que se implementa: una que incurrió en una apertura comercial y financiera indiscriminada, la sobrevalorización artificial de la moneda, tasas de interés elevadísimas y la privatización de activos públicos³¹⁵. Una “herencia maldita” para los primeros gobiernos del PT que, sumada a las dificultades estructurales de la economía y sociedad brasileñas, condicionan sus decisiones en materia económica, confrontando, sobre todo al primer gobierno de Lula, a algunas “tareas de transición” que son las que lo alejarían de su programa de transformaciones (que recuerda las consideraciones de transitoriedad antes anotadas que García advertía en su propuesta socialista para el siglo XXI), aunque bajo la perspectiva de más adelante acelerarlo³¹⁶.

Pero, ¿cómo se realiza aquello? Efectivamente, la continuidad fundamental entre los gobiernos de Cardoso y de Lula se encuentra en la consideración de la estabilidad monetaria como principal objetivo. Es por ello por lo que en los dos gobiernos de este último las reformas de liberalización heredadas no se modifican, sino que se prolongan la suspensión de privilegios a las empresas nacionales, las privatizaciones y la política de concesiones, y las reglas para el equilibrio fiscal, así como la autonomía del Banco Central³¹⁷. Asimismo, y con el fin de calmar a los mercados, se eleva el superávit fiscal y se continúa el programa de reforma previsional y tributaria iniciado por el gobierno Cardoso, acarreado esto problemas en el seno del PT, cuyas bases sindicales se movilizan.

³¹⁵ “Balanço da era FHC”. *Teoria e debate*, (51), junio de 2002.

³¹⁶ De Azevedo, R. “Acelerar as transformações. Entrevista com Marco Aurélio Garcia”. *Teoria e debate*, (67), septiembre de 2006.

³¹⁷ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

Dicha continuidad se legitima, desde el punto de vista ideológico, en razón del peculiar liberalismo que penetra en los círculos políticos e intelectuales brasileños desde inicios de los noventa, alcanzando incluso a sectores medios profesionales y populares de las grandes ciudades del sur y sureste del país. Un liberalismo, no obstante, poco ortodoxo que, según Sallum Jr., se polariza entre una vertiente neoliberal, predominante en la gestión macroeconómica, y otra liberal-desarrollista, resultado del reciclaje liberal del viejo desarrollismo, que es la responsable de que se aprueben, sobre todo en el inicio del gobierno de Cardoso, medidas destinadas a reducir el impacto de la política macroeconómica sobre el sistema productivo. Esta corriente, además, contribuye a generar políticas orientadas a elevar la competitividad económica de Brasil, siempre asociada, en su escasa rigurosidad en cuanto al patrón de intervención estatal, a políticas sociales integradoras³¹⁸.

En ese sentido, manteniéndose lo central de esta modalidad de intervención durante la administración de Lula³¹⁹, el nuevo problema que surge es el de compatibilizar la mantención de la estabilidad económica con los viejos lemas del “socialismo petista”, es decir, con mayor presencia del Estado en la vida social, protección de las empresas de capital nacional, especialmente las pequeñas, mejor distribución de la renta y más protección a los trabajadores y los pobres.

Para abordarlo, desde la retórica gubernamental se enfatiza, en primer lugar, en las ventajas de la estabilidad económica para los sectores pobres y para la generación de un crecimiento duradero y sustentable, siendo reforzado este argumento con la icónica figura de un Presidente Lula íntimamente identificado con los sectores populares. Por otro lado, un segundo elemento apunta a la implementación de políticas orientadas a democratizar el acceso a los recursos y la apertura de nuevos canales de ascenso social. En efecto, es

³¹⁸ Sallum Jr. “La especificidad del gobierno de Lula...”, *Op. Cit.*

³¹⁹ Cuya regla general es que el Estado no intervenga en la actividad económica salvo como regulador o, a lo sumo, financiador. Además, apela a un discurso basado en las nociones de estabilidad, competitividad, competencia, capacitación y –en la medida en que se reconocía que el capitalismo operaba en una sociedad injusta– inclusión social por medio de derechos sociales, solidaridad y protección social. Véase *Ibid.*

aumentado el ingreso real de aquellos ciudadanos que, aunque ya incluidos, se encontraban ubicados en segmentos inferiores de la pirámide social, ampliándose la cobertura a todos los brasileños situados debajo de la línea de pobreza, ya no considerados como individuos sino como familias. Asimismo, se amplía la noción de “protección social”, reorientándose la transferencia de recursos desde familias con un ingreso inferior a la línea de pobreza y portadoras de otra característica que justifique dicho auxilio (hijos pequeños, niños en edad escolar), hacia todas aquellas ubicadas bajo la línea de pobreza, en lugar de incluir solamente a las con características especiales³²⁰.

Por tal motivo, se trata de políticas que procuran proteger no sólo a quienes se encuentran excluidos de la competencia —por edad, enfermedad o condiciones miserables de vida—, sino también a ciertos sectores mejor posicionados, como los obreros calificados y la clase media baja, que participan de la sociedad competitiva, pero en condiciones desfavorables. Sin embargo, se trata también de una expansión de la política social sustentada en una acción estatal de tipo clientelar, que refuerza la desmovilización del sindicalismo obrero, que se agudiza su debilitamiento en cada quiebre de la CUT y en la medida que sus principales dirigentes participan en el gobierno, dificultándose para los obreros la recuperación del poder social y la capacidad de presión de antaño³²¹. Como contraparte, se garantiza la gobernabilidad de la heterogénea alianza social que sustenta a los gobiernos petistas.

La particularidad de Marco Aurélio García en todo este curso de acontecimientos es proponer la síntesis política que les da forma. Así pues, en su fórmula, los primeros gobiernos del PT avanzan en la producción de un “crecimiento a través de la distribución”³²², contra la experiencia *tucana* incapaz de producir simultáneamente

³²⁰ En 2001, se implementa una red de programas de transferencias directas focalizadas (Bolsa Escuela, Bolsa Alimentación y Auxilio Gas), tomándose el nivel de ingreso como criterio para determinar las familias beneficiarias. En 2004, se crea el programa Bolsa Familia que unifica los antiguos programas de transferencia condicionada de rentas originados por el gobierno de Cardoso, ampliándose su nivel de cobertura.

³²¹ Antunes, R. *Los sentidos del trabajo: ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. Buenos Aires: Herramienta Ediciones, 2005.

³²² De Azevedo, R. *Op. Cit.*

estabilidad y crecimiento³²³. Y es que, preservada la estabilidad mediante políticas similares a las de Cardoso, y habiendo ganado Lula con ello un fuerte respaldo del mercado financiero y del empresariado, en un contexto mundial excepcional, logra recuperar el crecimiento. Más aún, las políticas orientadas a garantizar esta convergencia, sobre todo las que buscan democratizar el crédito y el incremento de los gastos en protección social, producen un efecto que monetariza localidades pobres del país y mejora regiones atrasadas, en muchos casos a altísimas tasas³²⁴:

“Vamos a necesitar un proceso de crecimiento mayor porque hay desafíos enormes, de reconstrucción de la economía, de la infraestructura, que está desfasada por tres décadas y media, y, sobre todo, un desafío para reducir el déficit social. Eso se hace con una política de crecimiento más acelerada que la que tuvimos hasta ahora (...) ese crecimiento tiene que hacerse, en gran medida, a partir de la acentuación del proceso de distribución de la renta en el país. No es más la ecuación “crecer para distribuir”, sino que es distribuir para crecer también, y persiguiendo uno de los objetivos siempre presentes en nuestro discurso, que en cierto modo se vació últimamente: la constitución de un gran mercado de bienes de consumo que tuviera capacidad de crear un círculo virtuoso de desarrollo. Las condiciones están dadas para crecer más aceleradamente, distribuir renta como factor de crecimiento, hacerlo en un marco de equilibrio macroeconómico. Vamos a continuar buscando índices de inflación bajos, reduciendo también aceleradamente la tasa de interés, lo que contribuye a la mejora de la situación fiscal”³²⁵

Con todo, la defensa de Garcia a los gobiernos petistas se basa en la coyuntural situación económica que viven los países de la región, fundamentalmente en relación al alza del precio de los *commodities*, pero no en un cambio en los principios y orientaciones de la política social y económica. En efecto, el supuesto, nunca comprobado, de la política macroeconómica neoliberal respecto a que el crecimiento tiende hacia una distribución más equitativa de la renta o, inclusive, se vincula con la reducción de los índices de pobreza y la expansión del empleo³²⁶, no deja de operar. Así, a lo sumo, Garcia, con su fórmula, destaca un logro transitorio en la economía brasileña reciente, no necesariamente atribuible a la gestión económica petista, pues se liga mucho más a la concurrencia de factores externos y

³²³ “A reconstrução da esperança”. Dossier Programa de Governo do PT. *Teoria e debate*, (65), marzo de 2006.

³²⁴ Sallum Jr. “La especificidad del gobierno de Lula...”, *Op. Cit.*

³²⁵ De Azevedo, R. *Op. Cit.*, s/n (traducción nuestra).

³²⁶ Masullo, J. *El desarrollo como discurso y el crecimiento como mito. Repensando el desarrollo, explorando el post-desarrollo*. Memoria de Título en Sociología. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2010.

al consenso político edificado por Cardoso en la década previa. Esto se constata al producirse la caída de la demanda internacional por materias primas y alimentos en la segunda década de los 2000, pues, frente a ello, el ajuste que se impulsa se enfoca fundamentalmente en resguardar los beneficios de los inversionistas, en desmedro de otros grupos sociales³²⁷.

Ahora bien, esta síntesis, que surge por primera vez al promediar la campaña presidencial de 2006, se proyecta hasta devenir, ya a la hora de los balances sobre los dos gobiernos de Lula, en el concepto de “nuevo desarrollismo”³²⁸. Dicho concepto es planteado por Garcia para describir la situación brasileña y sudamericana ante lo que parecer ser, a poco de la crisis *subprime* desencadenada en el año 2008, una mejor preparación macroeconómica del subcontinente respecto a los años noventa, en virtud de un tipo de crecimiento económico distinto, basado en la fortaleza de un creciente mercado interno de bienes de consumo y de una nación fortalecida por un nacionalismo progresista distintivamente latinoamericano:

“Este *nuevo desarrollismo* y la emergencia de un cierto nacionalismo tienen una particularidad, porque mientras en otras regiones el nacionalismo es un factor de fricción entre países, acá viene acompañado de una idea de integración. Así fue en el pasado, en varios períodos en que hubo fuertes tendencias nacionalistas en algunos países como Argentina y Brasil, donde nunca estuvo ausente la idea de una integración regional”³²⁹

³²⁷ Boccardo, G. “Crisis política en Brasil: ¿crisis en la alianza liberal-desarrollista?”. *Cuadernos de Coyuntura*, (13), pp. 46-54.

³²⁸ La noción de “nuevo desarrollismo” es propuesta originalmente por el economista brasileño Luiz Bresser-Pereira, para oponerla al “viejo desarrollismo” de los años 1950-60. En general, quienes hacen suyo este concepto comparten la necesidad de la reconstitución del rol del Estado, como esencial para la promoción de estrategias de desarrollo y articular una inserción en el sistema internacional en función de ellas. Asimismo, sostienen que el desafío actual no es la constitución de un parque de industria de base para transformar una realidad predominantemente agraria, sino generar la innovación necesaria para aumentar la calidad y la productividad. Garcia comparte esto, pero lo liga a una lectura histórica de la nación y la integración regional que la excede. Como teoría, el “nuevo desarrollismo” existe. Véase Bresser-Pereira, L. “La nueva teoría desarrollista: una síntesis”. *Journal of Economic Literature*, 14(40), enero-abril de 2017, pp. 48-66.

³²⁹ Conferencia “Un nuevo desarrollismo”. Jornada de Reflexión: *El desafío de la construcción política. El debate de la izquierda*, organizado por la Biblioteca Nacional de la República Argentina, 10 de junio de 2010. Publicado en *Revista Socialista*, Buenos Aires, 31 de octubre de 2010, s/n.

En fin, la apertura de mayores oportunidades en Brasil durante los años del PT, aunque no se efectivicen en su totalidad, produce en sus beneficiados una mayor adhesión a un orden competitivo, al sistema capitalista que lo sustenta y al Estado que lo capitanea. Así pues, se profundiza con ello la hegemonía liberal en el país, lo que se explica en tanto los fundamentos del ideario neoliberal no retroceden. De tal suerte, lo que queda a la vista es que, tras la larga transición política, las fuerzas sociales que emergen bajo el “milagro autoritario” brasileño devienen paulatinamente, y de modo conflictivo, en protagonistas de los nuevos equilibrios de la alianza dominante. En dichas medidas, la continuidad del gobierno de Lula respecto de la transformación inaugurada por Cardoso no radica exclusivamente en la mantención de la política macroeconómica y reformas de liberalización, sino en la expansión de la legitimidad social de los principios que sustentan el Plan Real, hasta hacerlos hegemónicos en la sociedad³³⁰. Esto explica, en buena medida, la altísima popularidad de Lula y el partido, pese a las estrecheces económicas que de todas maneras se avecina y a los escándalos de corrupción de altos dirigentes petistas que ya son conocidos en la primera década de los 2000. Este es, además, el capital político que hereda Dilma Rousseff en 2010, y que le permite imponerse sobre los candidatos del PSDB en los años siguientes.

3.3.2. La política exterior como articulación de soberanías: el lugar de Brasil en el mundo

En la experiencia de gobierno del PT, y en la obra de Marco Aurélio García, no es posible entender las definiciones internas en materia económica y política sin relacionarlas, de modo sistémico, con las que articulan la iniciativa respecto de la política exterior brasileña. En principio, porque, como asesor internacional, García influye en todos los gobiernos petistas. Pero, además, porque dicha influencia logra extenderse de este modo en la medida que se sustenta en una estrategia internacional de largo alcance, que se articula en torno al principio general de que no existe Estado nacional pleno sin un proyecto de desarrollo que asegure su soberanía; o, dicho de otro modo, “la cuestión nacional no es solamente el

³³⁰ Sallum Jr. “La especificidad del gobierno de Lula...”, *Op. Cit.*

problema del lugar de un país en el mundo, sino también el de la forma por la cual aquél se constituye”³³¹.

Si, en el pasado, el nacional-desarrollismo iniciado por Vargas en la década de 1930 asegura permanentemente la presencia de Brasil en el mundo, apoyado en consistentes definiciones de política externa, dicha presencia, sin embargo, siempre se encuentra limitada por los negativos factores sociales y políticos internos, y por cierta irrelevancia geopolítica. Por ello, el Brasil del siglo XXI, para consagrar las conquistas sociales y políticas internas, debe necesariamente contar con una fuerte presencia externa³³². Es así como la política exterior brasileña, desde la perspectiva de Garcia, debe formularse estrechamente ligada a los asuntos del crecimiento económico, el equilibrio fiscal y la inclusión social. Y es que, como se anotaba antes, si en su interpretación el crecimiento sostenido se relaciona con la distribución de la renta y el fortalecimiento de los mecanismos de ascenso social, estos últimos, en tanto procesos internos, condicionan a su vez los grados de vulnerabilidad externa del país³³³. Así, entonces, no hay dilema alguno entre privilegiar el mercado interno o el externo, sino más bien un curso en el que la expansión del primero, orientada hacia la disminución del déficit social, genera la respetabilidad externa para que Brasil se proyecte como potencia mundial³³⁴.

Dichas conclusiones son resultado de una reflexión de más largo aliento sobre la integración regional, iniciada a comienzos de los noventa desde su labor como secretario de Relaciones Internacionales del PT. En efecto, pensando en las consecuencias del tipo de

³³¹ “Articular transformação e conservação...”, *Op. Cit.*, p. 117 (traducción nuestra).

³³² *Ibid.*

³³³ Estas ideas son coincidentes con las de Samuel Pinheiro Guimarães, secretario general de Relaciones Exteriores hasta el año 2009 y luego Jefe de la Secretaría de Asuntos Estratégicos de la Presidencia de la República. Él, sin embargo, las focaliza en el fortalecimiento del Mercosur y la relación con la Argentina. Véase Vigevani, T. y Ramanzini, H. “Pensamento brasileiro e integração regional”. *Contexto Internacional*, 32(2), julio-diciembre de 2010, pp. 437-487.

³³⁴ “O lugar do Brasil no mundo: a política externa em um momento de transição”. En Garcia, M.A. *A opção sul-americana: reflexões sobre política externa (2003-2016) / textos selecionados de Marco Aurélio Garcia*; Bruno Gaspar, Rose Spina (org.). São Paulo: Fundação Perseu Abramo: IMAG, 2018 [2010], pp. 49-76.

integración que impone el desembarco neoliberal en la región, a causa del deterioro económico y social iniciado una década antes, destaca la reinención forzosa de América Latina como exportador de capitales en el concierto global, mientras, producto de las privatizaciones y de la retirada del Estado de la política de desarrollo, la desindustrialización creciente retrotrae las conquistas sociales de los trabajadores, en los marcos de una integración contralada por los Estados Unidos, y en la que el peso de las grandes corporaciones distorsiona las instituciones mundiales y los instrumentos de la diplomacia³³⁵.

Un balance, este último, que lo lleva a enfocarse en redefinir el objeto de la integración regional y de las supranacionalidades antes que su descarte, apoyando una línea de constitución de estas en la que no prime el desmedro a la soberanía nacional, puesto que, en un orden mundial unipolar, como el que surge después de 1991 bajo dominio estadounidense, mantienen su vigencia³³⁶. Apela, así, a un “nuevo internacionalismo” o búsqueda de una política exterior que contrabalancee el escenario mundial mediante la reconstrucción de los lazos de solidaridad entre países, pero bajo parámetros distintos a los de Estados Unidos³³⁷. Una apuesta cuya finalidad cambia tras la llegada del PT al poder en 2003, pues, pensada inicialmente para resistir al estrecho contexto global mencionado, pasa a formularse desde la hipótesis de estar viviendo la transición hacia un mundo multipolar. Uno en el que el Brasil de Lula encuentra condiciones para desempeñar un rol más activo y para contribuir a la democratización de las relaciones internacionales, en tanto construcción de un orden que refleje con más fidelidad una nueva distribución del poder, evolucionando hacia un mundo compuesto por varios polos de equilibrio con potencias medias jugando un papel clave en cada región³³⁸.

³³⁵ “Hora de reflexão...”, *Op. Cit.*

³³⁶ “O Brasil e a (In)Segurança Global”. Ponencia en seminario *O Brasil e as novas dimensões da Segurança Internacional*, Instituto de Estudos Avançados da Universidade de São Paulo, 11 de septiembre de 1998.

³³⁷ *Ibid.*

³³⁸ “A opção Sul-Americana”. *Interesse nacional*, abril-junio de 2008, pp. 22-28.

Esta propuesta de inserción internacional de Brasil se diferencia de aquella, de corte liberal, encabezada en los gobiernos de Cardoso por su canciller Celso Lafer, en la cual se promueve la realización de reformas internas tendientes a fortalecer las reglas de mercado en la economía doméstica³³⁹. Una visión que, de todos modos, marca un quiebre respecto al cierre diplomático que, en los años ochenta, negara el concepto de América Latina por considerarlo ligado a la experiencia tercermundista³⁴⁰, reflexionando sobre la región considerando la inserción de Brasil en otras arenas internacionales³⁴¹.

Sin embargo, en dicha propuesta liberal, la búsqueda de la autonomía nacional buscaba ser realizada a través de la cooperación para la creación de regímenes internacionales que mejorasen las posiciones negociadoras frente a los países más fuertes. Algo distinto a la apuesta de Lula por un proyecto nacional autónomo basado en activas políticas de desarrollo y en la conformación de alianzas con países que posean intereses semejantes, por ejemplo, en Sudamérica³⁴². Un marco estratégico —considerado así por componerse de principios de orientación válidos para el establecimiento de relaciones con cualquier régimen³⁴³— que guía una política exterior que potencia significativamente a la figura presidencial, dándole un peso en las relaciones exteriores que no formaba parte de la tradición diplomática brasileña³⁴⁴.

En Brasil, el advenimiento de la globalización y de la redemocratización en el plano regional hacen que la política externa se torne más transparente y permeable para la

³³⁹ De Souza, A. *A agenda internacional do Brasil. A política externa brasileira de FHC a Lula*. Rio de Janeiro: Elsevier: Centro Brasileiro de Relações Internacionais (CEBRI), 2009.

³⁴⁰ Luce, M. *O subimperialismo brasileiro revisitado: a política de integração regional do governo Lula (2003-2007)*. Porto Alegre: Programa de Pós-graduação em relações internacionais, Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Federal O Rio Grande do Sul, 2007.

³⁴¹ Vigevani, T. y Ramanzini, H., *Op. Cit.*

³⁴² De Souza, A., *Op. Cit.*

³⁴³ “A opção Sul-Americana...”, *Op. Cit.*

³⁴⁴ Cason, J. y T. Power, T. “Presidentialization, Pluralization, and the Rollback of Itamaraty: Explaining Change in Brazilian Foreign Policy Making from Cardoso to Lula”. Conferencia presentada en *Regional Powers in Asia, Africa, Latin America, the Near and Middle East*. Hamburgo: German Institute of Global and Area Studies, 2006.

sociedad. Los cambios operados en el escenario internacional ejercen fuerte influencia en el modo en que los políticos brasileños comienzan a pensar el lugar de su país en el mundo. En ese sentido, la pluralización que se produce del proceso decisorio y, así, la disminución de la autonomía del Ministerio de Relaciones Exteriores (Itamaraty), se sitúa tanto en la creciente presión de diversos sectores domésticos que buscan proyectar sus intereses en la agenda internacional³⁴⁵, como en el surgimiento de una “diplomacia partidaria” conducida por asesores presidenciales, cuyo actuar se produce en paralelo y con cierta independencia de la diplomacia tradicional brasileña³⁴⁶. Justamente, en esta doble conducción se enmarca el liderazgo de Marco Aurélio Garcia en la política exterior brasileña del último tiempo, quien, en tanto miembro del PT y representante de la línea política del partido, acompaña a Samuel Pinheiro Guimarães y a Celso Amorim, este último diplomático de carrera y ministro de Relaciones Exteriores de Lula, y antes de Itamar Franco.

Durante los gobiernos de Collor, del mismo Franco y de Cardoso, las percepciones dominantes sobre el rol de Brasil en el sistema internacional están fuertemente influidas por el control que sobre la política exterior tienen tecnocracias imbuidas por una gran confianza en la liberalización económico-financiera y en las instituciones internacionales, pasando con ello a dominar la agenda internacional la dimensión económica por sobre el resto. En concreto, a partir de dicho control, aumentar la competitividad de la economía se transforma en la principal arma de inserción internacional y, desde tal premisa, en la vía para el ascenso en la estructura internacional. En un marco de plena vigencia de las organizaciones y regímenes internacionales, se asume que cada país del sistema tiene oportunidad de beneficiarse si las reglas del juego son seguidas por todos, incluso por los más poderosos. De este modo, lo que debe hacer Brasil es apoyar y participar en los regímenes internacionales y criticar las distorsiones que pudiesen generarse. Aún más, desde esta perspectiva, Brasil nunca estuvo en condiciones de aspirar a ser parte del club de

³⁴⁵ Giacaglia, C. “La influencia de los actores domésticos en la política exterior brasileña durante el gobierno de Lula Da Silva”. *Confines*, (6), 2010, pp. 95-121.

³⁴⁶ De Souza, A., *Op. Cit.*

las naciones poderosas del mundo, pues sus déficits diversos lo colocan sólo como poder intermedio³⁴⁷.

Desde el ascenso de Lula, sin embargo, se produce un cambio en esta percepción, pasándose a pensar, con García a la cabeza, la lógica de las relaciones internacionales como una ‘política-estratégica’. A partir de ello, lo que se impone es una percepción que deja de ver el orden internacional como gestado sobre el consenso principista de la liberalización, para abordarse como producto de la correlación de fuerzas entre naciones, sosteniendo que el gran desafío para Brasil es romper los bloques impuestos por las potencias que moldean el orden internacional de acuerdo con sus propios intereses. El multilateralismo con Lula y García deja, por tanto, de formularse desde una postura normativa relativa a la propagación de la democracia occidental liberal visible en el surgimiento de instituciones como la OMC. En cambio, pasa a concebirse como asociada a una praxis cuyo propósito es quebrar el *statu quo* vigente, considerándose como positivo para Brasil un marco que sea funcional a los intereses de todas las naciones y no solo a los de los países más poderosos³⁴⁸, sobre la base del principio de no intervención, el respeto a la soberanía nacional y defensa de los derechos humanos³⁴⁹. El lugar de Brasil en el mundo deja de pensarse sólo desde los aspectos económicos, para articularse sobre la base de intereses políticos, sociales, culturales y económicos en la perspectiva de convertir al país en un actor global de primera línea.

Dicha proyección, por otro lado, se formula así en la medida en que pasa a tomarse en cuenta la complejidad diversa del país y, sobre todo, la heterogeneidad de la alianza social que soporta a los gobiernos petistas. Se trata de una diferencia respecto a cómo los conservadores brasileños tradicionalmente conciben el interés nacional, evocando un

³⁴⁷ Lafer, C. *A identidade internacional do Brasil e a política externa brasileira: passado, presente e futuro*. São Paulo: Perspectiva, 2004.

³⁴⁸ Cervo, A. “Brazil in the current World Order”. *Austral: Brazilian Journal of Strategy y International Relations*, 1(2), 2012, pp. 35-57.

³⁴⁹ “Las nuevas alianzas: intereses y oportunidades desde la perspectiva de Brasil”. En Wollrad, D., Maihold, G., y Mols, M. (eds.). *La agenda internacional de América Latina: entre nuevas y viejas alianzas*. Buenos Aires: Nueva Sociedad – Fundación Friedrich Ebert – Stiftung Wissenschaft und Politik, 2011, pp. 163-170.

concepto de sociedad simple, integrada sólo por el segmento de los grandes propietarios de las tierras y dueños del poder y el resto de la sociedad (esclavos, ex esclavos, trabajadores libres, inmigrantes). Por el contrario, si bien con antecedentes en la política exterior de todos los años noventa, es con los gobiernos del PT que se la estima apuntando a la realización de intereses nacionales diversificados, incluyendo a agricultores, empresarios, obreros y consumidores³⁵⁰.

Pero, además, bajo la influencia de García, en tales gobiernos la política exterior deja de asociarse, a diferencia de la etapa precedente, con una neutralidad ideológica, pasando a subrayarse su calidad de política de Estado basada en la orientación que sobre el interés nacional tiene el partido o coalición partidaria que gobierna. Es decir, la política exterior pasa a ubicarse en las definiciones estratégicas del PT y sus aliados y, por tanto, como atribuible al Gobierno en tanto dimensión del poder estatal, pero, por lo mismo, no necesariamente heredable a otros gobiernos futuros³⁵¹.

Asimismo, termina siendo en el plano de las relaciones exteriores donde los gobiernos del PT, especialmente desde el segundo mandato de Lula, reflejan en mayor medida el discurso de dicho partido³⁵². En el plano externo es donde se ejecutan políticas que permiten contrabalancear, a lo menos discursivamente, las medidas más ortodoxas llevadas a cabo en el plano interno, manteniendo así el apoyo de la estructura partidaria³⁵³. En tal sentido, entre otras, estos gobiernos apuntan a la reducción de la anarquía de los mercados financieros y de los constreñimientos externos a los países soberanos del Sur global³⁵⁴. Ahora bien, justamente por la orientación que adopta la política económica interna, tales iniciativas cuentan con el apoyo de los mercados y los despachos financieros, así como de

³⁵⁰ Cervo, A. "Política exterior e relações internacionais do Brasil: enfoque paradigmático". *Revista Brasileira de Política Internacional*, 46(2), 2003, pp. 5-25.

³⁵¹ "O lugar de Brasil no mundo...", *Op. Cit.*

³⁵² De Almeida, P. "Uma política externa engajada: a diplomacia do governo Lula". *Revista Brasileira de Política Internacional*, 47(1), 2004, pp. 162-184.

³⁵³ Giacaglia, C. *Op. Cit.*

³⁵⁴ La idea clave sobre esto es que las instituciones de Bretton Woods, particularmente el FMI y el Banco Mundial, han fracasado, ejerciendo una tutela desastrosa sobre los países más pobres y sobre el desarrollo.

un empresariado nacional y foráneo que se beneficia de la estrategia de inserción impulsada por el PT en el mercado mundial, relacionada con la mantención de negociaciones con los países desarrollados del Norte, los Estados sudamericanos y las potencias regionales emergentes (China, India y Sudáfrica). Solamente las resistencias provendrán, de modo específico, desde dentro de los otros ministerios que asoman en los asuntos internacionales (y que expresan también la heterogeneidad de la alianza petista) y de la llamada “diplomacia federativa”³⁵⁵.

En definitiva, a partir de la influencia de Marco Aurélio Garcia como asesor de los gobiernos petistas, la dimensión nacional se sitúa como el eje central para lograr una inserción externa más ventajosa, siendo buscadas desde allí las alianzas regionales. El Estado, además, deviene articulador de la diversidad social y de la inserción externa, aunque ahora no se trate del mismo nacionalismo económico de antaño, basado en el control generalizado de precios y la intervención del mercado laboral, o en el impulso a la sustitución de importaciones, pilares del antiguo régimen nacional-popular.

Más bien, en esta particular dialéctica entre la soberanía interna y externa, la cuestión de fondo encarada es cómo los países evitan quedar al arbitrio de la estrategia geopolítica de las grandes potencias, actualizándose el viejo dilema político entre decidir con voluntad propia o ser decidido por otros. La mejor política externa, así, es desarrollarse internamente, aprovechando, en el caso brasileño, tanto las condiciones que provee la magnitud del mercado interno a través de la redistribución de la renta para fomentar el consumo³⁵⁶, como los acuerdos con países también abocados a decidir por sí mismos.

³⁵⁵ Giacaglia, C. *Op. Cit.* La “diplomacia federativa” dice relación con aquella que busca la cooperación entre los entes federados para una mayor coordinación de las estrategias internacionales, tratando de evitar las contradicciones entre las acciones del Estado nacional y las iniciativas de carácter subnacional.

³⁵⁶ “O melancólico fim de século da política externa”. En Garcia, M.A. *A opção sul-americana: reflexões sobre política externa (2003-2016) / textos selecionados de Marco Aurélio Garcia*; Bruno Gaspar, Rose Spina (org.). São Paulo: Fundação Perseu Abramo: IMAG, 2018 [2001], pp. 21-27.

3.3.3. La opción sudamericana: entre integración regional de nuevo tipo y renovación del subimperialismo

Si por algo es conocido Marco Aurélio Garcia es por haber liderado la acción de Lula y el PT en América Latina³⁵⁷. Siendo fundamental la integración con el subcontinente en la estrategia de inserción internacional que impulsa la “diplomacia partidaria”, especialmente sobre la región sudamericana, sobre la que Brasil puede ejercer mayores grados de influencia, Garcia cumple un papel destacado al impulsar una serie de acuerdos entre la gran mayoría de los líderes del subcontinente, desde su posición de asesor internacional de Lula y Rousseff.

Especialmente a partir del año 2004, y una vez superados el desinterés inicial que generara el ensanche del Mercosur entre los Estados que buscaban acuerdos con países desarrollados y el entrampamiento político que suponía la pluralidad de sistemas comerciales vigentes³⁵⁸, la diplomacia brasileña, con Garcia a la cabeza, profundiza la relación con los 12 países sudamericanos (diez de los cuales tienen frontera con Brasil), incluyéndose además a México y Cuba en una serie de instrumentos de integración que se fundan³⁵⁹. El más importante, la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) —inicialmente Comunidad Sudamericana de Naciones—, permitió un avance significativo en el cumplimiento del objetivo de insertar competitivamente a Brasil en el mundo con el respaldo de la región, pues institucionaliza la fórmula según la cual Sudamérica debe unirse para participar con mayor fortaleza en un mundo multipolar que se encuentra en construcción³⁶⁰. En el año 2010, y como un esfuerzo aglutinador mayor, se le suma la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), que vino a confirmar la influencia regional del

³⁵⁷ Marreiro, F. “Muere Marco Aurélio Garcia, el hombre de Lula en Latinoamérica”. *El País*, 27 de julio de 2017.

³⁵⁸ Entre ellos, el Mercosur, el Pacto Andino, los tratados de libre comercio bilaterales. Véase “A opção Sul-Americana...”, *Op. Cit.*

³⁵⁹ “O lugar de Brasil no mundo...”, *Op. Cit.*

³⁶⁰ “A opção Sul-Americana...”, *Op. Cit.*

bloque liderado por Venezuela, Brasil y Argentina, en tanto de dicha coalición son excluidos Canadá y los Estados Unidos³⁶¹.

La UNASUR, sustentada ideológicamente en la articulación entre soberanías antes anotada, se erige —como había ocurrido con la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), fundada originalmente por Venezuela y Cuba— como un organismo alternativo al ALCA, al sistema interamericano y, en general, al capitalismo neoliberal y a la globalización. Es que, visto el ALCA más como iniciativa de anexión económica de América Latina que como proyecto de integración, se critica que los Estados Unidos no desista de las políticas proteccionistas, y que fomente una alianza desequilibrada y asimétrica en términos sociales y económicos. Para Brasil, en particular, ya en sus orígenes, en 1993, el proyecto del ALCA es visto con recelo, puesto que, dada la magnitud brasileña, sólo comparable a la de los propios estadounidenses, supone un alto riesgo de aislamiento para el país, en tanto los países más pequeños tenderán a privilegiar un pivote dentro del acuerdo más general³⁶².

Por ello, en respuesta, la diplomacia brasileña difunde en Sudamérica la propuesta de un tipo de acercamiento regional basado en la articulación entre soberanía e integración, en tanto dimensiones no contradictorias en la política exterior³⁶³. Esta “opción sudamericana”, como la bautiza el propio Garcia, parte de la reflexión respecto a que se plantea a Brasil la disyuntiva entre una inserción solitaria en el mundo o una en asociación con los países de su entorno inmediato, que son aquellos con los que comparte historia, valores y posibilidades de complementación económica³⁶⁴. A su favor, además, están la potencialidad material de la región —que incluye las mayores reservas de energía del mundo, provisión de alimentos, diversidad de minerales, agua y biodiversidad, capacidad industrial y de

³⁶¹ Otro foco de interés también es la integración en los temas de seguridad y de defensa regional, surgiendo de ello el Consejo de Defensa Suramericano y el Consejo de Combate contra el Narcotráfico. Véase “Arquitectura político-institucional de la integración”. En VV.AA. *Desarrollo e integración en América Latina*. Santiago: CEPAL - Instituto Lula – BID - CAF, 2013, pp. 35-52.

³⁶² “O melancólico fim de século da política externa...”, *Op. Cit.*

³⁶³ *Ibid.*

³⁶⁴ “A opção Sul-Americana...”, *Op. Cit.*

mercado— y aquella inmaterial, relacionada con la relativa homogeneidad de su cultura y lengua, la vigencia de la democracia y la situación general de paz que impera (y que no alcanza a desestructurar el conflicto guerrillero colombiano)³⁶⁵.

En el ámbito de las complicaciones, sin embargo, la tendencia a la “balcanización” en la región, producto de una insuficiente integración física, productiva, comercial, industrial y financiera, además de energética, es la principal de ellas. En efecto, tales déficits se relacionan con las asimetrías económicas que separan a los países, siendo su atenuación, por tanto, lo central para llevar adelante una integración regional de nuevo tipo, distinta además al modelo europeo, organizado como una unión aduanera, pero en la que las diferencias de magnitud e influencia entre los países no son abordadas³⁶⁶.

Su superación se encuentra, a juicio de Garcia, en el estímulo de mecanismos de sustitución de importaciones y en una mayor diversificación económica, basada en mayor inversión y el impulso a la complementariedad productiva. En ese marco, y en pos de acortar las brechas entre países, Brasil debe asumir un rol central en la reducción de dichas asimetrías, en virtud de una política integradora que, si bien no debe significar la disolución de los intereses nacionales de los Estados participantes, debe apostar a su conciliación³⁶⁷. Algo que, sin embargo, no puede suponer una integración regional con plena igualdad económica y social entre países que, inexorablemente, exhiben necesidades y alcances económicos, sociales y políticos diferentes³⁶⁸. Aun así, se trata de un proyecto de integración regional basado en el respeto a la soberanía nacional y la promoción del desarrollo interno, contrario a la injerencia externa y en el que Brasil se muestra dispuesto a buscar no ejercer hegemonía.

³⁶⁵ *Ibid.*

³⁶⁶ Tal situación habría quedado expresada tras la crisis económica de 2008, que profundizó la distancia entre Alemania y el resto de los países de la región europea. Véase “O lugar de Brasil no mundo...”, *Op. Cit.*

³⁶⁷ “A opção Sul-Americana...”, *Op. Cit.*

³⁶⁸ “Arquitetura político-institucional de la integración...”, *Op. Cit.*

Los hechos, sin embargo, muestran que, a lo largo del ciclo progresista latinoamericano, tales objetivos no pudieron cumplirse cabalmente. En principio, porque, contra lo propugnado, la integración no logra superar su dimensión meramente comercial, a la vez que, pese a que se impulsa como una alternativa a la integración neoliberal estadounidense, la política exterior brasileña, en los años del PT, no logra diferenciarse de los términos precedentes sobre los cuales se venía impulsando la integración brasileña en el mundo desde la época de Cardoso y los marcos del “liberal-desarrollismo” ligados al libre comercio y el neoliberalismo. Por tal motivo, si bien la política exterior del PT aumenta enormemente la colaboración regional, tanto en términos económicos como políticos, no escapa a la rehabilitación que se produce, en un escenario mundial favorable para países emergentes como Brasil, de las tendencias subimperialistas, históricamente observables en el actuar de este país-continente sobre el resto de Sudamérica.

En eje del potenciamiento de tales tendencias se relaciona, en particular, con el papel que juega la Iniciativa de Integración de Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA) en el impulso de la libre circulación de capitales, bienes y servicios brasileños a lo largo y ancho de la región, vía proyectos de infraestructura y ligados a la égida financiera. Una iniciativa apoyada por el Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), organismo clave durante los gobiernos del PT, pero que, ya desde el segundo gobierno de Cardoso, pasara de financiador de proyectos de desarrollo tecnológico e industrial (objetivo tras su creación durante el segundo período de Vargas) a promotor de las exportaciones industriales y financieras brasileñas. Un vínculo por el que el BNDES financia los megaproyectos de infraestructura de la IIRSA, a través de la exportación de servicios de ingeniería de las constructoras brasileñas, permitiendo que, con dichos recursos, el gran capital brasileño adquiera, en el curso de pocos años, importantes empresas de capital nacional y foráneo en otras partes de Sudamérica, generalmente empresas públicas privatizadas³⁶⁹.

³⁶⁹ Se hizo vía reformas legales que, además, incluyen la creación de divisiones especialmente encargadas de Sudamérica en Itamaraty, como, por ejemplo, la División Económica de América del Sur. Para ahondar en la relación entre IIRSA y BNDES, véase Luce, M. *O subimperialismo brasileiro revisitado...*, *Op. Cit.*

Con Lula, la operación de la IIRSA crece aún más, en tanto los cambios en la política exterior brasileña le imprimen un carácter más asertivo a la integración regional, haciendo de Sudamérica una prioridad. De este modo, la integración regional que impulsa Brasil, particularmente en relación a los acuerdos que adopta el petismo con el gran empresariado exportador, se concentra casi exclusivamente en la dimensión comercial y financiera, sin espacio para la realización del proyecto completo. Esto se debe a que Brasil se suma a la tendencia de exportación de capitales mediante el proceso de internacionalización de sus empresas nacionales, iniciado con la apertura comercial de los años noventa, lo que lleva al capital local, en asociación con el extranjero, a partir a la conquista de mercados y del control de factores productivos que pudiesen minimizar costos y maximizar ganancias³⁷⁰.

Así pues, Itamaraty y BNDES se concentran, cada vez más, en actuar como apoyo al desarrollo del conocimiento acerca de las oportunidades comerciales para la exportación y la inversión directa en el mercado mundial, y especialmente el sudamericano, en una tendencia que, sin explicitar, Garcia ya advierte en los años de gobierno de Rousseff, al enfatizar en que “una integración basada exclusivamente —o centralmente— en el comercio será siempre más beneficiosa para las economías de mayor tamaño y sofisticación, sean las que están fuera de la región —Estados Unidos, Unión Europea, Japón o, más recientemente, China— o las locales —Brasil, por ejemplo”³⁷¹.

En el marco del nuevo patrón exportador de especialización productiva, por tanto, abierto por el giro neoliberal a nivel mundial, las tendencias subimperialistas brasileñas se actualizan al contribuir a la desnacionalización de las economías sudamericanas, si bien ya iniciada principalmente con la privatización de las empresas estatales de la etapa nacional-desarrollista, por la vía de un masivo arribo de capital brasileño (y extranjero intermediado por aquél) en el ámbito de la captación bursátil, aun cuando el mismo Brasil mantenga su

³⁷⁰ *Ibid.*

³⁷¹ “As novas faces da integração regional”. En Garcia, M.A. *A opção sul-americana: reflexões sobre política externa (2003-2016) / textos selecionados de Marco Aurélio Garcia*; Bruno Gaspar, Rose Spina (org.). São Paulo: Fundação Perseu Abramo: IMAG, 2018 [2014], p. 138 (traducción nuestra).

economía sometida a los vaivenes del capital financiero internacional³⁷². El origen de tal derrotero se sitúa en la distinta marcha que sigue su empresariado nacional en el contexto de la crisis económica y social que experimenta la región desde los años setenta y ochenta, fortaleciéndose³⁷³. En ese sentido, aprovechando su condición de subcentro económico y político en el concierto internacional, algunas de las grandes empresas brasileñas actúan como coadyuvantes o protagonistas del proceso de desnacionalización en el continente, a partir de un proceso de aglomeración entre el Estado y un grupo de empresas intensivas en recursos naturales (agronegocio y agrocombustibles), en un proceso creciente de fusiones y adquisiciones con empresas sudamericanas³⁷⁴.

En los años recientes, por tanto, favorecido por el alza coyuntural de los precios de las materias primas que produce una reversión coyuntural de la tendencia al deterioro de los términos de intercambio en favor de las exportaciones de los países dependientes, sobre todo por la demanda de China, las tendencias subimperiales brasileñas se renuevan mediante la expansión de sus grandes empresas nacionales, que pasan a controlar el suministro de materias primas y fuentes de energía, así como mercados de destino final en otras latitudes de la región³⁷⁵.

³⁷² Luce, M. “El subimperialismo brasileño en Bolivia y América Latina”. Ponencia presentada en el *Foro: ¿Socialismo del Siglo XXI o capitalismo por otros medios?*, organizado por el Foro Boliviano de Medioambiente y Desarrollo, La Paz, 29 de octubre de 2010.

³⁷³ Ruiz, C. *La política en el neoliberalismo...*, *Op. Cit.*

³⁷⁴ En Uruguay son adquiridos diversos frigoríficos, siendo monopolizada por Brasil su industria de exportación de carne bovina; en Perú, la inversión brasileña se concentra en la minería y la siderurgia (esta último, tras adquirir el grupo Gerdau más del 70% de la empresa estatal SiderPerú); en Ecuador y Bolivia, la inversión se enfoca en los hidrocarburos, fundamentalmente, abriendo camino a Petrobras; la Argentina, por su parte, se convierte en la mayor plataforma del capital brasileño en Sudamérica, al ser transferidos sectores importantes de dicha economía, incluyendo hidrocarburos, servicios, agroindustria, entre otros. Finalmente, en el caso paraguayo, histórica referencia del subimperialismo brasileño, si bien es renovado en condiciones menos leoninas el Tratado de Itaipú (central hidroeléctrica que sostuvo la modernización autoritaria del “milagro brasileño”), se suman relaciones desiguales en lo que respecta a la exploración del potencial hídrico paraguayo y en el mercado de la soja. Para ahondar, véase Luce, M. *O subimperialismo brasileiro revisitado...*, *Op. Cit.*

³⁷⁵ Luce, M. “El subimperialismo brasileño en Bolivia y América Latina...”, *Op. Cit.*

Se trata de una renovación de las tendencias subimperialistas que, sin embargo, no debiese asimilarse al escenario descrito, en los orígenes de este concepto, por Ruy Mauro Marini, marcado por la exportación de manufacturas producto de las tendencias monopólicas desatadas tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, fundamentalmente en los años sesenta y setenta³⁷⁶, en la medida que la estabilidad de tales tendencias es sumamente frágil, dado que su base de sustentación no está en los rasgos estructurales del capitalismo dependiente actual, sino, fundamentalmente, los aspectos económicos coyunturales ya mencionados, sobre todo relativos al precios de las exportaciones de materias primas.

Sin ir más lejos, es justamente por ello que, al revertirse la tendencia favorable en los términos de intercambio, es que el carácter dependiente del capitalismo brasileño vuelve a quedar en evidencia, atizándose el divorcio entre la estructura productiva y las necesidades de las masas, provocando a su vez las tensiones diversas que, fundamentalmente desde los años de mandato de Rouseff, se observar en la alianza social que sustenta el “liberal-desarrollismo” del que participa el PT³⁷⁷. En consecuencia, tiende a privilegiarse, de modo creciente, el pago de los intereses de la deuda, a la banca nacional e internacional, por sobre la mantención y crecimiento de los servicios sociales, la mejora en el transporte o la inversión en ciencia y tecnología³⁷⁸. Es que, en tanto el proyecto de integración regional que impulsa Brasil no logra superar su débil basamento en las exportaciones y en la libre circulación del capital, los intereses que son favorecidos por aquél se reducen paulatinamente. Y es dicha integración deficiente lleva a la pérdida de interés por el desarrollo nacional como problema central, para pasar a enfocarse sólo en el crecimiento y en la aceleración de los flujos comerciales.

³⁷⁶ Marini, R. “La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo”. *Cuadernos Políticos*, (12), abril-junio de 1977, pp. 20-39.

³⁷⁷ Ruiz, C. y Boccardo, G. “¿América Latina ante una nueva encrucijada?”. En Bretoni, M., Charry, C. y Pastor, J. (Eds.). *Anuari del Conflict Social 2014*. Observatori del conflicte social, Universitat de Barcelona, pp. 765-783.

³⁷⁸ Luce, M. “El subimperialismo brasileño en Bolivia y América Latina...”, *Op. Cit.*

De tal suerte, producto de la lucha política -y no del voluntarismo de la diplomacia petista, de una traición *ex profeso* a los principios del PT o de un determinismo estructural sobre el capitalismo brasileño, como suelen caer típicamente los cultores de la tesis del subimperialismo-, la deriva del proyecto de integración regional brasileño deviene funcional a los intereses de la burguesía exportadora y financiera de dicho país³⁷⁹, marcando una situación, en relación al resto de la región sudamericana, en la cual, si bien se avanza en el no intervencionismo externo y se alienta una mejora en la situación económica de varios países, se profundiza una dependencia con la economía brasileña que redundará en que, al producirse una desaceleración de esta última, tal como se ve en la actualidad desde la segunda etapa de Rousseff y los subsiguientes gobiernos de Michel Temer y Jair Bolsonaro, ello traiga gran repercusión en otros países del subcontinente³⁸⁰.

3.4. Vaciamiento ideológico y deterioro de la alianza “petista”

A lo largo de su obra, Marco Aurélio Garcia retoma la tensión entre los factores internos y externos como base para el entendimiento y la prosperidad del desarrollo nacional brasileño. Por ello, como en el caso de García Linera para Bolivia, lo suyo es un proyecto de fortalecimiento nacional, que intenta pensar a Brasil al centro del mundo desde el potenciamiento de la región, en una respuesta contemporánea al viejo dilema existencial de la cultura política brasileña, tensionada, desde el surgimiento de la República, entre su magnitud colosal y su irrelevancia geopolítica.

Dicho proyecto —cuyo principio rector es la imposibilidad de que un país tenga una política externa fuerte sin un robusto proyecto de desarrollo nacional—, no obstante,

³⁷⁹ Al respecto, es ilustrativo lo que señalara el propio Garcia, en noviembre del 2016, en su intervención en el VII Foro del Progresismo, organizado por la Fundación Chile 21 y Fundación Friedrich Ebert en Santiago de Chile (y al que el autor pudo asistir como parte de su trabajo de campo para esta investigación). Allí planteó que una de las autocríticas dentro del PT es el fracaso de su intento por quebrar la unidad de las burguesías brasileñas —financiera y productiva—, toda vez que la burguesía productiva, al desacelerarse la economía, fue derivando sus recursos e inversiones hacia el sector especulativo de la economía.

³⁸⁰ El estancamiento actual de la economía argentina, la más conectada al capitalismo brasileño, tiene mucha relación con este escenario, incluso más allá de la calidad de la gestión económica del gobierno de Macri.

fructifica sólo parcialmente, pues, sin lograr estabilizar los cambios sociales que producen las políticas de redistribución del PT, tiende, además, a agudizar la dependencia de los países sudamericanos respecto al capital brasileño. Ello ocurre, en lo fundamental, porque la articulación entre política externa y desarrollo nacional no renuncia a elementos estructurantes de la orientación neoliberal, sobre todo en lo que respecta a los equilibrios macroeconómicos que inhiben el predominio de las razones sociales sobre las económicas en el actuar del Estado, dando lugar a una especie de desarrollismo de nuevo cuño, pero, en muchos sentidos, menos nacional y popular que antaño.

Relacionado con ello, tras dos décadas de estabilidad política y de crecimiento económico sostenido, el “milagro económico” brasileño parece agotarse. El debilitamiento de la modalidad de inserción de Brasil en el mundo, agravada por el declive del precio de las materias primas, dificulta sostener el tranco del crecimiento y las políticas redistributivas que permiten la integración de los obreros sindicalizados a la alianza dominante, y la consiguiente estabilidad social en Brasil.

En tal escenario, dada la presión creciente de los grupos empresariales nacionales y extranjeros, el gobierno de Rousseff se ve obligado a fortalecer los “contrapesos liberales” de la apuesta “liberal-desarrollista”, en perjuicio del distributivismo estatal que caracteriza el ciclo petista. Así, entonces, a medida que el clientelismo estatal se debilita, se reactivan distintas formas de protesta social, iniciándose, entre las fuerzas sociales que integran la alianza social, una disputa por la orientación del patrón de desarrollo y del papel del Estado en la sociedad.

A partir de lo anterior, en el segundo mandato de Rousseff se retorna de forma más estricta a la disciplina fiscal y a los equilibrios macroeconómicos, al tiempo que se recortan subsidios y programas sociales. Los magros resultados económicos minan el apoyo del empresariado nacional, de los capitales multinacionales y de las franjas medias tradicionales, volcándose decididamente en su contra. A medida que se estrecha la extensión de los programas sociales que controla la burocracia estatal y que beneficia a los sindicatos obreros, también estallan una serie de huelgas que se extienden por el país, en

muchos casos, desbordando el control del PT. Los escándalos de corrupción, por último, suman otro elemento de relevancia, pues se involucran, real o ficticiamente, a la Presidenta y al propio Lula, desatando un malestar contrario al PT entre las franjas sociales favorecidas por la política “liberal desarrollista”.

Dicho malestar recrudece especialmente en la denominada “nueva clase media” que, de ascenso social reciente y de condición inorgánica, al perder capacidad de ingreso y de consumo, es rápidamente movilizada contra el sistema político, al punto de convertirse en base de apoyo para el “golpe blanco” por el que se destituye a Rousseff (en la peor crisis política desde la caída de Collor en 1992) y del ascenso de Jair Bolsonaro a la Presidencia de la República, apoyado por franjas empresariales especialmente relevantes como la agropecuaria, grupos militares y las iglesias evangélicas.

Esta coyuntura política se produce en un escenario de profundo debilitamiento tanto de la clase obrera industrial como de la intelectualidad brasileña. En el primer caso, tanto por las transformaciones productivas, el debilitamiento de las condiciones del trabajo, como por los quiebres producidos en la CUT y una década de clientelismo estatal que diezma la capacidad de acción y autonomía de los sindicatos obreros. En el segundo, porque, en la incapacidad para desprenderse de las narrativas del PT y de su fuerza hegemónica, la crisis del “petismo” —e incluso, más específicamente, del “lulismo”— tiende a confundirse con la de la propia intelectualidad que lo apoyara, tras no asumirse la crítica al abandono que hace el PT de las pautas de izquierda, en tanto predilección por el asistencialismo y el incentivo del consumo contra la ciudadanía. Una situación que, en muchos casos, ha devenido en retrocesos hacia apuestas identitarias, poco efectivas políticamente.

IV

INTELECTUALIDAD Y CICLO PROGRESISTA LATINOAMERICANO: ELEMENTOS DE INTERPRETACIÓN SOCIOLÓGICA

En esta investigación se ha indagado en la dimensión ideológica del último ciclo de gobiernos progresistas en América Latina, considerando el papel desempeñado por la intelectualidad más directamente ligada a estos gobiernos en relación con las expectativas de cambio que abre la crisis de las promesas del neoliberalismo a fines de los años noventa, tanto en Bolivia como en Brasil, en tanto dos experiencias nacionales ilustrativas del proceso general. De dicho análisis pueden derivarse los siguientes elementos de interpretación sociológica que, más adelante, pueden contribuir a otros estudios histórico-concretos sobre la región.

Primero, en el ciclo de gobiernos progresistas se potencia un intento por reconstruir el vínculo entre intelectualidad y sociedad, que explica la centralidad de los intelectuales orgánicos (intelectuales y políticos a la vez) en la producción ideológica más destacada del período. En ese sentido, con avances y retrocesos, se relanza la dimensión proyectual de la política, con profundidad disímil dependiendo el caso, quebrándose la tendencia tecnocrática y anti intelectual que marcara la instalación neoliberal en la región, propia de los oscuros años noventa. La imaginación política, de este modo, es alentada en reflexiones sobre la superación del neoliberalismo, pero también sobre el colonialismo, imperialismo y otras materias clásicas del pensamiento latinoamericano, que se presentan con nuevos bríos en el siglo XXI.

No obstante, dicha apertura intelectual es acompañada, a su vez, por un abordaje de los temas de la “vieja izquierda” (pobreza, desigualdad, justicia social) que, en el ejercicio de diferenciarse de ella, en muchos casos termina cediendo a una reelaboración que renuncia a chocar de frente con el neoliberalismo. Así pues, lo que encabezan intelectuales orgánicos como los estudiados son unas fuerzas que postergan sus ideas económicas y sociales progresivas tras atajos electorales, en alianzas de vagas confluencias. De allí una vasta movilización popular que, si bien recuerda a las viejas fuerzas nacional-populares del siglo

XX, no regresa al nacionalismo económico o la estatización de empresas privatizadas, ni a la intervención del mercado del trabajo y el control generalizado de los precios, dando cuenta del peso que sobre tales experiencias ejerce el giro ideológico que impera en los procesos de democratización del subcontinente, ligados, en su mayoría, al desembarco neoliberal. Esto avala la hipótesis general que ha guiado esta investigación.

En ese sentido, y como segundo elemento a concluir, pese a los esfuerzos de intelectuales y organizadores como Álvaro García Linera y Marco Aurélio García, no hay con sus propuestas, en tales procesos políticos, capacidad de sobreponerse a la hegemonía neoliberal que recorre el mundo. En específico, no hay capacidad para revertir el fundamento del capitalismo neoliberal, esto es, la primacía de la economía sobre la política, que cambia el estatuto de esta última. Ello se debe, en primer lugar, a que, si bien dichas experiencias apuestan por una ampliación de la democracia social, quedan al debe en la profundización de la democracia política, poniendo en entredicho, de hecho, al pasar los años, la propia ofensiva nacional y popular que defienden en un inicio. Tal limitación de la democracia política se debe tanto al predominio de las formas clientelares en la construcción estatal —que reducen crecientemente la autonomía y capacidad de decisión de las propias comunidades, pueblos y culturas a las que se apunta a integrar a los beneficios del desarrollo económico—, como a la aceptación acrítica de ideologismos neoliberales fundamentales como la política social focalizada (o asistencialista), el determinismo del equilibrio fiscal sobre la política social, y la relación entre crecimiento económico y desigualdad, entre otros.

Dicha aceptación, concerniente a la ya mencionada postergación de las ideas económicas y políticas progresivas que se produce en los gobiernos del ciclo progresista, se liga estrechamente a la falsa y maniquea lectura que opusiera Estado y mercado, apenas de un modo formal, desde la década del noventa. Una que promovió un “giro del Estado” que, además de asegurar un cambio sin efectos sustantivos sobre las problemáticas estructurales que mantienen la desigualdad y la injusticia sociales en América Latina, donde tales dilemas se tornan verdaderas tragedias, tendió a fortalecer la subjetividad neoliberal anclada en la competencia, el individualismo y el gobierno de sí, especialmente en

condiciones de expansión de las formas de privatización de la vida, de demanda creciente por espacios para la realización personal y de surgimiento de nuevas contradicciones culturales. Así pues, y como a la postre lo experimentan estos propios gobiernos, el límite de una redistribución socioeconómica parcializada, que busque formar clientelas o sujetos sólo para desenvolverse en el mercado, es un cuestionamiento a la propia lógica democrática de la ciudadanía social, originada en un modelo estatal con reducidas capacidades de integración social.

En fin, la vuelta de la imaginación política y las contradicciones que sobre ella se ciernen a causa de los vaivenes del proceso económico y político, pese al esfuerzo creativo de la intelectualidad latinoamericana en el siglo XXI, constituye la especificidad político-intelectual del ciclo progresista latinoamericano.

BIBLIOGRAFÍA

A continuación, se presenta la bibliografía citada en esta investigación, distinguiendo entre fuentes de carácter primario y fuentes de carácter secundario, según sea el caso. Las primeras, además, son separadas en función de los casos estudiados.

5.1.Fuente primarias

5.1.1. Textos citados de Álvaro García Linera

García Linera, A. “La muerte de la condición obrera del siglo XX”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2000], pp. 162-192.

_____. “Los ciclos históricos de la formación de la condición obrera minera en Bolivia (1825-1999)”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2000], pp. 151-162.

_____. “Sindicato, multitud y comunidad. Movimientos sociales y formas de autonomía política en Bolivia”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2001], pp. 269-329.

_____. “La estructura de los movimientos sociales en Bolivia”. *Observatorio Social de América Latina*, (5), 2001, pp. 185-188.

_____. “Crisis estatal y muchedumbre”. *Observatorio Social de América Latina*, (10), 2003, pp. 53-59.

_____. “Autonomía indígena y Estado multinacional. Estado plurinacional y multicivilizatorio: una propuesta democrática y pluralista para la extinción de la exclusión de las naciones indias”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2004], pp. 209-268.

_____. “Crisis del Estado y sublevaciones indígena-plebeyas en Bolivia”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2004], pp. 331-349.

- _____. “La lucha por el poder en Bolivia”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2005], pp. 350-373.
- _____. “Indianismo y marxismo. El desencuentro de dos razones revolucionarias”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015 [2005], pp. 373-392.
- _____. “El evismo: lo nacional popular en acción”. *Observatorio Social de América Latina*, (19), enero-abril de 2006, pp. 25-32.
- _____. “Empate catastrófico y punto de bifurcación”. *Crítica y emancipación*, (1), 2008 [2007], pp. 23-33.
- _____. “El Estado en transición. Bloque de poder y punto de bifurcación”. En *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Segunda edición. Buenos Aires: Siglo XXI Editores – CLACSO, 2015 [2008], pp. 501-525.
- _____. “América Latina y el futuro de las políticas emancipatorias”. *Conferencia y acto de clausura de la XXIII Asamblea General Ordinaria de CLACSO*, Cochabamba, Bolivia. *Crítica y emancipación*, (3), 2010 [2009], pp. 293-306.
- _____. “Del Estado aparente al Estado integral”. En VV.AA. *Miradas. Nuevo texto constitucional*. La Paz: Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral - Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia – UMSA, 2010, pp. 11-16.
- _____. “La construcción del Estado”. Conferencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, 8 de abril de 2010. En VV.AA. *Tres pensamientos: conferencias organizadas por las facultades de Ciencias Sociales y de Filosofía y Letras de la UBA*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2010, pp. 11-39.
- _____. *Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del Proceso de Cambio*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia. Cuarta Edición, 2012 [2010].
- _____. *Geopolítica de la Amazonía. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2012.
- _____. “Nueve tesis sobre el capitalismo y la comunidad universal”. En García Linera, A. *Socialismo comunitario. Un horizonte de época*. Segunda Edición. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2015 [2013], pp. 9-17.

_____. “Un horizonte de época comunitario”. En García Linera, A. *Socialismo comunitario. Un horizonte de época*. Segunda Edición. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2015 [2014], pp. 28-33.

_____. “El Estado y la vía democrática al socialismo”. *Nueva Sociedad*, (259), 2015, pp. 143-161.

_____. “Socialismo comunitario del vivir bien”. Discurso de toma de posesión presidencial del 22 de enero de 2015. En García Linera, A. *Socialismo comunitario. Un horizonte de época*. Segunda Edición. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2015, pp. 67-72.

García Linera, A., Gutiérrez, R., Prada, R., y Tapia, L. *Pluriverso. Teoría política boliviana*. La Paz: Muela del Diablo, 2001.

García Linera, A., Prada, R., y Tapia, L. *Memorias de octubre*. La Paz: Muela del Diablo, 2004.

Svampa, M., Stefanoni, P., Ramírez, F. *Las vías de la emancipación. Conversaciones con Álvaro García Linera*. México D.F.: Ocean Sur, 2009.

5.1.2. Textos citados de Marco Aurélio Garcia

Garcia, M.A. “A transição e a constituinte”. *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, 1(4), marzo de 1985, pp. 16-20.

_____. “Terceira via: A socialdemocracia e o PT”. *Teoria e debate*, (12), noviembre de 1990.

_____. “Carta a América Latina en sus 500 años desde San Pablo”. *Nueva Sociedad*, (120), julio-agosto de 1992, pp. 134-141.

_____. “Hora de reflexão: O PT e a ‘nova ordem’”. *Teoria e debate*, (18), mayo de 1992.

_____. “O Brasil e a (In)Segurança Global”. Ponencia en seminario *O Brasil e as novas dimensões da Segurança Internacional*, Instituto de Estudos Avançados da Universidade de São Paulo, 11 de septiembre de 1998.

_____. “Articular transformação e conservação”. *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, (54), 2001, pp. 115-118.

_____. “Agenda para o socialismo no século XXI”. En García, M.A., Guimarães, J., y Pomar, V. (org.). *Socialismo no século XXI*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo, 2005 [2001], pp. 7-26.

- _____. “O melancólico fim de século da política externa”. En Garcia, M.A. *A opção sul-americana: reflexões sobre política externa (2003-2016) / textos selecionados de Marco Aurélio Garcia*; Bruno Gaspar, Rose Spina (org.). São Paulo: Fundação Perseu Abramo: IMAG, 2018 [2001], pp. 21-27.
- _____. “Balanço da era FHC”. *Teoria e debate*, (51), junio de 2002.
- _____. “25 anos depois, o PT revisitado”. *Teoria e debate*, (61), marzo de 2005.
- _____. “A reconstrução da esperança”. Dossier Programa de Governo do PT. *Teoria e debate*, (65), marzo de 2006.
- _____. “A opção Sul-Americana”. *Interesse nacional*, abril-junio de 2008, pp. 22-28.
- _____. “O lugar do Brasil no mundo: a política externa em um momento de transição”. En Garcia, M.A. *A opção sul-americana: reflexões sobre política externa (2003-2016) / textos selecionados de Marco Aurélio Garcia*; Bruno Gaspar, Rose Spina (org.). São Paulo: Fundação Perseu Abramo: IMAG, 2018 [2010], pp. 49-76.
- _____. Conferencia “Un nuevo desarrollismo”. Jornada de Reflexión: *El desafío de la construcción política. El debate de la izquierda*, organizado por la Biblioteca Nacional de la República Argentina, 10 de junio de 2010. Publicado en *Revista Socialista*, Buenos Aires, 31 de octubre de 2010.
- _____. “Las nuevas alianzas: intereses y oportunidades desde la perspectiva de Brasil”. En Wollrad, D., Maihold, G., y Mols, M. (eds.). *La agenda internacional de América Latina: entre nuevas y viejas alianzas*. Buenos Aires: Nueva Sociedad – Fundación Friedrich Ebert – Stiftung Wissenschaft und Politik, 2011, pp. 163-170.
- _____. “Arquitectura político-institucional de la integración”. En VV.AA. *Desarrollo e integración en América Latina*. Santiago: CEPAL - Instituto Lula – BID - CAF, 2013, pp. 35-52.
- _____. “As novas faces da integração regional”. En Garcia, M.A. *A opção sul-americana: reflexões sobre política externa (2003-2016) / textos selecionados de Marco Aurélio Garcia*; Bruno Gaspar, Rose Spina (org.). São Paulo: Fundação Perseu Abramo: IMAG, 2018 [2014], p. 131-142.
- De Azevedo, R. “‘Caos social versus ciclo virtuoso’. Entrevista com Marco Aurélio Garcia, coordenador do Programa de Governo da chapa Lula/Brizola”. *Teoria e debate*, (38), septiembre de 1998.
- _____. “Acelerar as transformações. Entrevista com Marco Aurélio Garcia”. *Teoria e debate*, (67), septiembre de 2006.

5.2.Fuente secundarias

- Acevedo, M. "América Latina mundializada. Geopolítica, mercados y estructuras sociales". En Acevedo, M. y Sotelo, A. (coords.). *Reestructuración económica y desarrollo en América Latina*. México D.F.: UNAM - Siglo XXI Editores, 2004.
- Álvarez-Uría, F. "Sociología y libertad: el debate entre Friedrich Hayek y Karl Mannheim sobre el estatuto del mercado en la sociedad". *Arxius de Sociologia*, (12-13), 2005, pp. 13-40.
- Albuquerque, D. "As transformações do Partido dos Trabalhadores: uma análise histórico-política da fundação ao governo Lula". Ponencia presentada em II Jornada Internacional de Políticas Públicas, Universidade Federal do Maranhão, Programa de Pós-graduação em Política Públicas, 23-26 de marzo de 2005.
- Anderson, P. "Neoliberalismo: un balance provisorio". En Sader, E. y Gentili, P. (eds.). *La trama del neoliberalismo: mercado, crisis y exclusión social*. Buenos Aires: EUDEBA-CLACSO, 2003, pp. 25-38.
- _____. "La segunda fórmula a prueba". *New Left Review* (en español), (8), 2001, pp. 5-23.
- Antunes, R. *Los sentidos del trabajo: ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. Buenos Aires: Herramienta Ediciones, 2005.
- _____. "La nueva morfología del trabajo en Brasil: reestructuración y precariedad". *Nueva Sociedad*, (232), 2011, pp. 103-118.
- Aranibar, C., y Rodríguez, B. *América Latina, ¿del Neoliberalismo al Neodesarrollismo?* Buenos Aires: PNUD - Siglo XXI Editores, 2013.
- Arnson, C., y Perales, J. (eds.). *The "New Left" and Democratic Governance in Latin America*. Washington: Woodrow Wilson International Center for Scholars, 2007.
- Atria, R., y Ruiz, C. "Política y transformación social en América Latina: descentración de la acción estatal e ilusión tecnocrática". *Ponencia presentada para el Congreso Mundial de Ciencia Política*. Santiago, 2009.
- Barre, M. *Ideología indigenista y movimientos indios*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1983.
- Baño, R., y Faletto, E. *Transformaciones sociales y económicas en América Latina*. Santiago: Cuadernos del Departamento de Sociología, Universidad de Chile, 1999.
- Biografía, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, S/F, S/P.

- Boccardo, G. "Tecnocracias en América Latina (1980-2000)". En Fielbaum, A., Hamel, R., y López, A. *El poder de la cultura. Espacios y discursos en América Latina*. Santiago: Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2014, pp. 77-101.
- _____. "Bolivia y el Movimiento al Socialismo: ¿crisis de la alianza plebeya?". *Cuadernos de Coyuntura*, (12), 2016, pp. 45-54.
- _____. "Crisis política en Brasil: ¿crisis en la alianza liberal-desarrollista?". *Cuadernos de Coyuntura*, (13), pp. 46-54.
- Boccardo, G. y Caviedes, S. "La Venezuela bolivariana: crisis de una experiencia cardinal para la izquierda latinoamericana". *Cuadernos de Coyuntura*, (18), 2017, pp. 33-40.
- Borón, A. "El pos-neoliberalismo: un proyecto en construcción". En Sader, E. y Gentili, P. (eds.). *La trama del neoliberalismo: mercado, crisis y exclusión social*. Buenos Aires: EUDEBA-CLACSO, 2003, pp. 139-147.
- Borón, A., Sader, E., y Gentili, P. *Pós-neoliberalismo. As políticas sociais e o estado democrático*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1995.
- Bourdieu, P. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, 1976.
- Bresser-Pereira, L. "La nueva teoría desarrollista: una síntesis". *Journal of Economic Literature*, 14(40), enero-abril de 2017, pp. 48-66.
- Brunner, J., y Flisfisch, A. *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*. Santiago: Ediciones UDP, 2014.
- Burki, S. y Perry, G. *Informe sobre el desarrollo mundial 1997: El Estado en un mundo en transformación*. Banco Mundial, 1997.
- Cáceres, F. *Las bases de sustentación del Estado plurinacional de Bolivia: El indianismo y la recomposición de lo nacional-popular*. Memoria de Título en Sociología, Universidad de Chile, 2016.
- Calderón, F. y Gamarra, E. *Crisis y reforma de los partidos en Bolivia*. La Paz: PNUD, 2005.
- Camargo, A. "La federación sometida: nacionalismo desarrollista e inestabilidad democrática". En Carmagnani, M. *Federalismos latinoamericanos. México/Brasil/Argentina*. México D.F.: FCE, 1993.
- Cardoso, F. "Livros que inventaram o Brasil". *Novos Estudos CEBRAP*, (37), 1993, pp. 21-35.

- Cardoso, F., y Faletto, E. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1969.
- _____. “Post scriptum a ‘Dependencia y desarrollo en América Latina’”. *Desarrollo Económico*, 17(66), julio-septiembre de 1977, pp. 273-299.
- Cardoso, F. y Magnani, G. “Las contradicciones del desarrollo asociado”. *Desarrollo Económico*, 14(53), 1974, pp. 3-32.
- Cason, J. y T. Power, T. “Presidentialization, Pluralization, and the Rollback of Itamaraty: Explaining Change in Brazilian Foreign Policy Making from Cardoso to Lula”. Conferencia presentada en *Regional Powers in Asia, Africa, Latin America, the Near and Middle East*. Hamburgo: German Institute of Global and Area Studies, 2006.
- Caviedes, S. *Neoliberalismo e intelectualidad en América Latina, 1980-2003. Argentina y Chile*. Memoria de Título en Sociología, Universidad de Chile, 2018.
- CEPAL. *América Latina y el Caribe quince años después. de la década perdida a la transformación económica, 1980-1995*. Santiago: CEPAL-FCE, 1996.
- Ceceña, A. *La guerra por el agua y por la vida. Cochabamba: una experiencia de construcción comunitaria frente al neoliberalismo y al Banco Mundial*. Coordinadora de Defensa del Agua y de la Vida, 2004.
- Cervo, A. “Política exterior e relações internacionais do Brasil: enfoque paradigmático”. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 46(2), 2003, pp. 5-25.
- _____. “Brazil in the current World Order”. *Austral: Brazilian Journal of Strategy y International Relations*, 1(2), 2012, pp. 35-57.
- Conaghan, C. El ascenso y la caída de los neoliberales en los países de los Andes centrales. En Estrada, J. (Ed.). *Intelectuales, tecnócratas y reformas neoliberales en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2005, pp. 175-196.
- Coutinho, N. “Os intelectuais e a organização da cultura”. En Coutinho, N. *Cultura e sociedade no Brasil. Ensaios sobre ideias e formas*. São Paulo: Expressão Popular, 2011, pp. 13-33.
- Dávalos, P. *La democracia disciplinaria. El proyecto posneoliberal para América Latina*. Quito: CODEU-PUCE, 2010.
- De Almeida, P. “Uma política externa engajada: a diplomacia do governo Lula”. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 47(1), 2004, pp. 162-184.
- De Souza, A. *A agenda internacional do Brasil. A política externa brasileira de FHC a Lula*. Rio de Janeiro: Elsevier: Centro Brasileiro de Relações Internacionais (CEBRI), 2009.

- Di Tella, T. *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX*. Buenos Aires: FCE, 1993.
- Do Alto, H. “Un partido campesino en el poder. Una mirada sociológica del MAS boliviano”. *Nueva Sociedad*, (234), 2011, julio-agosto, pp. 95-111.
- Do Valle, N. “Cambios sociales y estratificación en el Brasil contemporáneo (1945-1999)”. *Series Política Social, CEPAL*, (89), 2004.
- Dulci, L. “Os intelectuais e a criação do PT”. En Aguiar, F. (org.). *Antônio Candido: pensamento e militância*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo, 1999.
- Dumenil, G., y Levy, D. *The Crisis of Neoliberalism*. Cambridge: Harvard University Press, 2011.
- Errejón, I. y Serrano, A. (coords.). *¡Ahora es cuando, carajo! Del asalto a la transformación del Estado en Bolivia*. España: El Viejo Topo, 2011.
- Estay, J. “América Latina en las negociaciones comerciales multilaterales y hemisféricas”. En Estay, J. *La economía mundial y América Latina. Tendencias, problemas y desafíos*. Buenos Aires: CLACSO, 2005, pp. 193-220.
- Estrada, J. (comp.). *Intelectuales, tecnócratas y reformas neoliberales en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2005.
- Faletto, E. “La dependencia y lo nacional popular”. *Nueva Sociedad*, (40), enero-febrero de 1979, pp. 40-49.
- _____. “La especificidad del Estado en América Latina”. *Revista de la CEPAL*, (38), 1989, pp. 161-200.
- _____. “Las relaciones entre lo social y lo político”. *Revista de Sociología*, (17), 2003, pp. 23-30.
- Faletto, E., y Kirkwood, J. *Política y comportamientos sociales en América Latina*. Santiago: FLACSO-Chile, 1976.
- Fernandes, F. *Estrutura de classes e subdesenvolvimento*. Río de Janeiro: Zahar, 1968.
- Friedman, M. *Capitalismo y Libertad*. Madrid: Rialp, 1966.
- Garretón, M. A. *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina*. Santiago: Lom Ediciones, 2014.
- Giacaglia, C. “La influencia de los actores domésticos en la política exterior brasileña durante el gobierno de Lula Da Silva”. *Confines*, (6), 2010, pp. 95-121.

- Gibert, J. “El rol de los intelectuales y el proceso de cambio político boliviano, 2000-2009”. En Leyton, J.C. (ed.). *Bolivia hoy: ¿una democracia poscolonial o anticolonial?* Santiago: CLACSO – Ediciones Escaparate, 2017, pp. 193-237.
- Giddens, A. *Más allá de la izquierda y la derecha*. Madrid: Cátedra, 1994.
- _____. *The Third Way. The renewal of social democracy*. Cambridge: Polity Press, 1998.
- González Casanova, P. *La democracia en México*. México D.F.: Ediciones Era, 1969.
- Guiñazú, M. “Del Consenso de Washington al Consenso de Santiago”. *Política y Gestión*, (7), 2000, pp. 79-97.
- Gramsci, A. *La formación de los intelectuales*. México D.F.: Grijalbo, 1967.
- _____. “Apuntes y notas dispersas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales”. En *Cuadernos de la Cárcel*. México D.F.: Ediciones Era, 1999, pp. 351-382.
- Guido, R., y Fernández, O. “El juicio al sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina”. *Revista Mexicana de Sociología*, 51 (4), octubre-diciembre de 1989, pp. 45-76.
- Gutiérrez, R. *Los ritmos del Pachakuti: movilización y levantamiento indígena-popular en Bolivia*. Puebla: Sísifo/Bajo Tierra/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2009.
- Harnecker, M. *El sueño era posible: Los orígenes del Partido de los Trabajadores en Brasil*. Santiago: Lom Ediciones, 1994.
- Harvey, D. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2005.
- Hayek, F. “La competencia como proceso de descubrimiento”. *Estudios Públicos*, (50), 1993 [1968].
- _____. “El atavismo de la justicia social”. *Estudios Públicos*, (36), 1989 [1976], pp. 181-193.
- _____. *Derecho, legislación y libertad*. Madrid: Unión Editorial, 1978.
- Heredia, M. *Cuando los economistas alcanzaron el poder*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015.
- Hinkelammert, F. “La libertad académica bajo control en América Latina”. *Nueva Sociedad*, (107), mayo-junio de 1990, pp. 131-137.

- Hoevel, C. "Las contradicciones culturales del neoliberalismo". *Economía y política*, 1 (2), 2014, pp. 39-72.
- Hopenhayn, M. "Los intelectuales latinoamericanos descritos por sus (im) pares". *Estudios Públicos*, (82), 2001, pp. 203-215.
- Ichuta, C. "La revolución de los intelectuales en Bolivia". Ponencia Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).
- Konder, F. "Saber combinar o específico e o universal". *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, (54), 2001, pp. 97-101.
- Lafer, C. *A identidade internacional do Brasil e a política externa brasileira: passado, presente e futuro*. São Paulo: Perspectiva, 2004.
- Laval, C. y Dardot, P. *La nueva razón del mundo*. Barcelona: Gedisa, 2013.
- Lander, E. "El Estado en los actuales procesos de cambio en América Latina: proyectos complementarios/divergentes en sociedades heterogéneas". En VV. AA. *Más allá del desarrollo*. Buenos Aires: Abya Yala – Fundación Rosa Luxemburgo – América Libre, 2012, pp. 121-143.
- Luce, M. *O subimperialismo brasileiro revisitado: a política de integração regional do governo Lula (2003-2007)*. Porto Alegre: Programa de Pós-graduação em relações internacionais, Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Federal O Rio Grande do Sul, 2007.
- _____. "El subimperialismo brasileño en Bolivia y América Latina". Ponencia presentada en el *Foro: ¿Socialismo del Siglo XXI o capitalismo por otros medios?*, organizado por el Foro Boliviano de Medioambiente y Desarrollo, La Paz, 29 de octubre de 2010.
- Mamani, P. "¿Descolonización real o falsa descolonización en Bolivia? Corrientes de pensamiento". *Bolivian Studies Journal*, (21), 2015, pp. 25-38.
- Maira, L. "Nota preliminar sobre la influencia (creciente) del pensamiento de la nueva derecha norteamericana en América Latina". *Revista Mexicana de Sociología*, (43), 1981, pp. 1923-1943.
- Marini, R. "La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo". *Cuadernos Políticos*, (12), abril-junio de 1977, pp. 20-39.
- Marreiro, F. "Muere Marco Aurélio Garcia, el hombre de Lula en Latinoamérica". *El País*, 27 de julio de 2017.
- Marsal, J. "Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social". *Desarrollo Económico*, 6 (22-23), julio-diciembre de 1966, pp. 295-317.

- Masullo, J. *El desarrollo como discurso y el crecimiento como mito. Repensando el desarrollo, explorando el post-desarrollo*. Memoria de Título en Sociología. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2010.
- Medina Echavarría, J. *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*. Bélgica: UNESCO, 1963.
- Modonesi, M. “Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo”. En Modonesi, M. (coord.). *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*. México D.F.: FCPyS-UNAM, 2013.
- Moldiz, H. “Proceso constituyente”. *Contexto Latinoamericano*, (1), 2006, pp. 11-14.
- _____. “Bolivia: crisis estatal y proceso de transformación”. En Stolicz, B. (coord.). *Gobiernos de Izquierda en América Latina. Un balance político*. Bogotá: Ediciones Aurora, 2007, pp. 155-197.
- Morales, J. A. *Ajuste macroeconómico y reformas estructurales en Bolivia, 1985-1994*. Universidad Católica Boliviana, Instituto de Investigaciones Socio Económicas, 1994.
- O'Donnell, G. *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós, 1972.
- O'Donnell, G. “Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario”. *Revista Mexicana de Sociología*, 39 (1), enero-marzo de 1977, pp. 9-59.
- Ominami, C. *Claroscuro de los gobiernos progresistas*. Santiago: Editorial Catalonia, 2017.
- Pablo, Red Charquicán. “Honor. En memoria de Marco Aurélio Garcia, ex mirista de Chile, fundador del PT y asesor de Lula y Dilma”. *Resumen Latinoamericano*, 25 de julio de 2017.
- Pinheiro, P. “Competência, ação, erudição e *savoir faire*”. En Garcia, M.A. *A opção sul-americana: reflexões sobre política externa (2003-2016) / textos selecionados de Marco Aurélio Garcia*; Bruno Gaspar, Rose Spina (org.). São Paulo: Fundação Perseu Abramo: IMAG, 2018, pp. 9-13.
- Reinaga, F. *Tesis india*. Cuarta edición. La Paz: Mirada salvaje, 2010 [1970].
- Ricupero, B. “Caio Prado Jr. como intérprete do Brasil”. *Sinais Sociais*, 7(19), 2012, pp. 14-39.
- Rodrigues, L. M. *Partidos e sindicatos: escritos de sociologia política*. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2009.

- Rojo, G. "El intelectual y sus opciones en la América Latina hoy". *Casa de las Américas*, (270), enero-marzo de 2013, pp. 113-120.
- _____. "Sobre la crisis actual del capitalismo globalizado". *Casa de las Américas*, (282), enero-marzo de 2016, pp. 62-68.
- Romero, S. *El nacimiento del intelectual en Bolivia*. La Paz: Caraspas, 2009.
- Ruiz, C. *Estado, alianzas sociales y modelos de desarrollo en América Latina Hoy: Brasil, Argentina y Chile*. Santiago: Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile, 2013.
- _____. "Incongruencias en los usos de los idearios de libertad e igualdad". *Estudios Públicos*, (147), 2017, pp. 169-197.
- _____. *La política en el neoliberalismo. Experiencias latinoamericanas*. Santiago: Lom Ediciones, 2019.
- Ruiz, C. y Boccardo, G. "¿América Latina ante una nueva encrucijada?". En Bretoni, M., Charry, C. y Pastor, J. (Eds.). *Anuari del conflicte Social 2014*. Observatori del conflicte social, Universitat de Barcelona, pp. 765-783.
- Sader, E. *Refundar el Estado. Posneoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: CTA – CLACSO, 2008.
- _____. *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. São Paulo: Boitempo Editorial, 2009.
- Saint-Úpery, M. *El sueño de Bolívar. El desafío de las izquierdas latinoamericanas*. Barcelona: Paidós, 2008.
- Sallum Jr., B. "Metamorfoses do Estado brasileiro no final do século XX". *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 18(52), 2003, pp. 35-55.
- _____. "La especificidad del gobierno de Lula. Hegemonía liberal, desarrollismo y populismo". *Nueva Sociedad*, (217), 2008, pp. 155-171.
- Sigal, S. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Ediciones Puntosur, 1991.
- Soto, C. *Historia del pacto militar campesino*. Cochabamba: Ediciones CERES, 1994.
- Stefanoni, P. *Qué hacer con los indios, y otros traumas irresueltos de la colonialidad*. La Paz: Plural, 2010.

- _____. “Álvaro García Linera: pensando Bolivia entre dos siglos”. En García Linera, A. *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI Editores, 2015, pp. 9-26.
- Stiglitz, J. *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus, 2002.
- Stolowicz, B. *A contracorriente de la hegemonía conservadora*. México D.F.: Espacio Crítico-UAM-Xochimilco-Editorial Ítaca, 2012.
- Streck, W. “Los ciudadanos como clientes. Consideraciones sobre la nueva política de consumo”. *New Left Review* (en español), (76), 2014, pp. 23-41.
- Subercaseaux, B. “La apropiación cultural en el pensamiento y la cultura de América Latina”. *Estudios Públicos*, (30), 1988, pp. 125-135.
- Tarcus, H. “Una invitación a la historia intelectual. Palabras de apertura del IIº Congreso de Historia Intelectual de América Latina”. *Pléyade*, (15), 2015, pp. 9-26.
- Tapia, L. *La producción del conocimiento local: historia y política en la obra de René Zavaleta*. La Paz: Editorial la Muela del Diablo, 2002.
- _____. “El Estado en condiciones de abigarramiento”. En VV.AA. *El Estado. Campo de lucha*. La Paz: CLACSO – Muela del Diablo Editores – Comuna, 2010, pp. 97-128.
- _____. “La configuración de un horizonte contrahegemónico en la región andina”. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, (53), Maracaibo-Venezuela: CESA-FECS, Universidad del Zulia, 2011, pp. 119-125.
- Therborn, G. *La ideología del poder y el poder de la ideología*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 2005.
- Torres, T. *Comunidad y Estado en Álvaro García Linera. Un análisis a través de sus lugares de enunciación (1988-2017)*. Santiago: Ariadna Ediciones, 2018.
- Touraine, A. *América Latina. Política y sociedad*. Madrid: Espasa-Calpe, 1989.
- Uricoechea, F. “Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades”. *Revista Mexicana de Sociología*, 29 (4), octubre-diciembre de 1967, pp. 787-830.
- Vigevani, T. y Ramanzini, H. “Pensamento brasileiro e integração regional”. *Contexto Internacional*, 32(2), julio-diciembre de 2010, pp. 437-487.
- Villarreal, R. *La contrarrevolución monetarista. Teoría, política económica e ideología del neoliberalismo*. México D. F.: FCE, 1986.
- Weber, M. *Economía y sociedad*. México D.F.: FCE, 2008.

- Weffort, F. *Clases populares y desarrollo social*. Santiago: ILPES, 1968.
- Williams, R. *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós, 1994.
- Williamson, J. "What Washington Means by Policy Reform". En Williamson, J. (comp.). *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?* Washington: Institute of International Economics, 1990.
- Zapata, F. *Ideología y política en América Latina*. México D.F.: El Colegio de México, 1990.
- Zavaleta, R. "Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)". En González Casanova, P. *América Latina: historia de medio siglo*. México D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 2003, pp. 74-128.
- _____. *Lo nacional popular en Bolivia*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2003.
- Zegada, M. T. "Los nuevos contornos de la izquierda boliviana". *Tinkazos*, 15(31), 2012, pp. 121-136.
- Zerán, F. "Enzo Faletto rompe tres décadas de silencio: 'Necesitamos una nueva ética del comportamiento'". *Rocinante. Arte, Cultura y Sociedad*, (41), 2002.
- Zermeño, G. "El concepto intelectual en Hispanoamérica: génesis y evolución". *Historia Contemporánea*, (27), 2003, pp. 777-798.